FRAY MOCHO



"CHOLA"
SRA. PAULINA DE ELIAS BONNEMAISON
Por ZURETTI

N.° 696

UNA SENCILLA

operación debe efectuarse para obtener el

BONO





1.º

Si al romper la figurita ve su interior manchado es porque tiene premio.

2.º

Entonces es necesario cortar la tapa opuesta, que lleva la marca y...





3.º

sumergirla en agua para obtener el bono de ahorro.

Hay siempre en circulación para depositar en la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL



$ 100.000 EN BONOS DE AHORRO

en las cajas de fósforos de la

COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS LIMA, 239 BUENOS AIRES

De "PÁGINAS DE COLUMBA".

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 25 de agosto de 1925 — Núm. 696

Las naves corsarias

Por Mario Sobrero

(Ilustración de Rojas)

El mar comenzaba a teñirse de púrpura y oro, en ese instante solemne del ocaso: en el horizonte, las aguas cabrilleando, coronadas de espumas, parecían una danza de peces cuyos plateados lomos reverberaban con tonos iridiscentes.

En el cielo una sola nube color de fuego. Con las amplias velas extendidas, al compás rítmico de los largos remos rojos, las galeras de Carlos V ponían sus proas hacia Barcelona, que se divisaba en lontananza.

La nave capitana marchaba adelante, majestuosamente, al viento sus flámulas y banderas del empavesado; las otras cinco con sus quillas de corte esbelto, sus popas suntuosas, la seguían de cerca formando amplio abanico.

En el puente de mando don Pablo Almeda, el joven almirante empenachado, contemplaba en silencio la ancha extensión del mar, completamente desierta.

De pronto desde la cofa del palo mayor una voz prolongada y lenta resonó en el espacio:

—¡Naves a sotavento!

—¡Tres naves musulmanas! — gritó desde su atalaya otro centinela.

A bordo de las galeras, desde el primer teniente hasta el último hombre, todos saludaron la noticia con una especie de alarido prolongado:

—¡Los infieles!

—¡Amainad! ¡Virad de bordo!—vibró sonoramente la voz del almirante.

Un murmullo sordo se alzó desde el fondo de las galeras; el clamoreo tomó proporciones de huracán y la chusma prorrumpió en protestas rabiosas, en invectivas violentas. Los galeotes de toda la escuadrilla abandonaban los remos, sacudiendo sus cadenas, rehusándose a continuar la tremenda fatiga.

Sorprendido por el conato de rebelión, la tripulación superior permaneció un momento como atemorizada; después se arrojó con grandes imprecaciones, entre los bancos, agitando las cuerdas y los látigos.

—¡Ah, la canalla!—gritó con ira el almirante, lanzándose por la escalera con la espada en alto; pero se detuvo de pronto, volvió a subir los escalones y desde lo alto de su puente de mando gritó solemnemente a los remeros:

—¡Dividiréis la presa!

Y la promesa se repitió a lo lejos, de nave en nave, logrando dominar la rebelión.

La perspectiva del enemigo execrado, de los veloces barcos cargados de rico botín, había comunicado de pronto a toda la tripulación un sentimiento de ira, un ardor inusitado; en esa persecución desesperada parecía que la impaciencia de los galeotes animase las grandes naves, y que a su impulso gimiese el velamen y crujiesen las quillas, cortando las aguas como flechas silbadoras.

Una llama de esperanza más alentadora empezaba a brillar en las miradas atentas, a escudriñar el horizonte; las naves enemigas se agrandaban poco a poco, mostrando su arboladura ligera, sus cascos curvados, su escasa obra muerta, los hombres agrupados junto al cordaje e inmóviles a bordo.

. . . .

El encuentro fué terrible. Las naves corsarias embistieron con furia a la escuadra enemiga, y en un momento de horrible confusión llenó los aires el crujido de los remos despedazados, el de las quillas hundidas y la gritería infernal de los combatientes, mientras las naves piratas permanecían como encajadas entre las de la flota española.

Arabes fornidos, catalanes hercúleos, turcos velludos y andaluces atrevidos, griegos renegados y castellanos fanáticos, se entremezclaron, se mordieron, se desafiaron, se golpearon con furia satánica, sin tregua, en medio de una gritería infernal de blasfemias, de imprecaciones, aullando de dolor o de triunfo, revolcándose sobre cubierta, tropezando y entrelazándose en el cordaje, perdiendo sangre y aliento, arrojando espumarajos por la boca, pecho contra pecho, cara a cara, buscando el atormentar al enemigo antes de darle muerte.



Entre tanto los galeotes, encadenados a los bancos, sacudían furiosamente los pesados hierros y mordíanse las manos.

—

Abrumados por el número, reducidos a un puñado de desesperados, los infieles no querían rendirse.

Cinco entre todos—verdaderos gigantes barbudos, que desde el principio se habían reunido en la popa de una de las naves,—manejando con gritos salvajes grandes cimitarras, resistían hacía más de media hora el ataque de veinte enemigos; en medio de ellos inmóvil, el fantasma de la cinta roja.

Completamente envuelto en la albura de su manto, a través del velo, apenas si se veía su mirada centelleante y las puntas de sus babuchas; y mientras sus hombres, estrechados por todas partes, saltaban hacia adelante, se retraían, se plegaban hiriendo y parando los golpes con agilidad felina, él seguía los incidentes del desigual combate sin una voz, sin un gesto.

Por último sus defensores cayeron uno a uno, con el pecho traspasado, o con la cabeza despedazada.

Cuando el último, acabado por un golpe formidable de hacha, se desplomó, rugiendo, el extraño personaje lanzó un agudo grito, blandió un puñal y arrojándose sobre los cristianos, lo sepultó en el cuello de dos que se le iban encima con intenciones siniestras.

Después retrocedió de un salto y se desgarró con brusco movimiento los velos que cubrían su cabeza.

—¡Una mujer! ¡Una mujer!—gritaron todos, permaneciendo atónitos.

Entre los pliegues rojos de aquel velo que flotaba como una enseña, apareció un hermoso rostro de mujer árabe, lleno de fiereza, bello en su altiva arrogancia y furor.

La desconocida trazó en el aire con su puñal el saludo militar, y añadió dirigiéndose a los vencedores:

—La hija de Aben-Khebil os saluda.

—¡La hija del viejo de Argel!—gritaron los enemigos en un ímpetu de alegría feroz, y se arrojaron hacia ella tumultuosamente, agitando sus manazas ensangrentadas.

—

Durante los primeros años del siglo XVI, el Mediterráneo estaba dominado por naves piratas, tripuladas por berberiscos, griegos, otomanos, presidiarios europeos y cuanta canalla arrojaban de su seno las ciudades, especialmente las marítimas.

La más temible de las escuadras piratas era la que mandaba un árabe de Maghreb, que surcaba aquellas aguas hacía treinta años.

Cuando desde los barcos mercantes el ojo experto de las guardias divisaba en el horizonte las velas de sus navíos, el más avaro judío veneciano, como el piloto griego más temerario, buscaban en su seno, maldiciendo, la



bolsa de oro, disponiéndose con resignación a preparar el rescate.

Transcurrieron muchos años de audacísimas empresas, al cabo de los cuales el pirata, ya viejo, empezó a preocuparse de tomar un honesto y bien ganado reposo.

Un día, de regreso de una excursión en la que había tomado al abordaje algunas galeras venecianas, Aben-Khebil recibió a algunas millas antes de llegar al puerto, un aviso terrible que le llevó un esclavo: Alger había sido invadido por los turcos al mando de Arandj-Barbarroja, su casa devastada, sus esclavos y mujeres tomados cautivos y el tesoro saqueado. Su vida peligraba si intentaba desembarcar.

Esta noticia aterró al corsario como si le hubiese herido un rayo. Cuando se hubo calmado, preguntó ansiosamente por Selana, la hija de su favorita.

—Selana — dijo el esclavo — huyó con una negra fiel y está en salvo en la aldea de Kareb.

Allí se dirigió Aben-Khebil, recogió a la niña y no muy seguro en ese mar africano, levó anclas con destino a la Cerdeña. Fondeó en una ensenada de la isla de San Pedro y pensó que si todo lo había perdido era preciso comenzar de nuevo y sintió en sus venas otra vez el vigor y la fiebre de la primera aventura.

Celoso del único tesoro que pudo salvar en la ruina, y temiendo represalias por parte de la gente de la isla, que veía de mala gana su desembarco, quiso que Selana lo acompañase en todo viaje. Así la niña, arrancada a los ocios del harén, a la paz de los jardines, de las grandes habitaciones solitarias, vino a caer en la vorágine de esa vida de aventuras y de inquietudes.

Pasando sus días de proa a popa, aprendió el nombre de los aparejos y útiles de a bordo, el manejo de las velas, el arte de gobernar el timón y las voces de mando.

A los quince años, ágil y fuerte como un bizarro mancebo, Selana quedó por primera vez sobre el puente durante un ataque, gobernando el timón.

Una noche, caído en una sorpresa de la escuadra genovesa. Aben-Khebil logró a duras penas, después de una lucha desesperada, evadirse del círculo que le formaron las naves enemigas intentando su captura; pero herido gravemente, murió en los brazos de su hija antes de llegar a tierra.

La sangre tibia de su padre, que tiñó aquella noche el traje de la joven, fué para Selana un bautismo terrible.

Sola en el mundo, entre aquellos hombres, no se dejó abatir por el revés sufrido ni por las pérdidas experimentadas; reparó sus buques, completó a medias el equipaje y tomó audazmente el mando de las naves corsarias.

———

—Raza de perros—dijo don Pablo, advirtiendo el rumor que cerca de él atronaba el espacio.

—Se despedazan ya por el botín.

Eran arcabuceros con la frente vendada, descamisados, custodias de galeotes soeces y desastrados: se agolpaban, se rechazaban, se debatían unos contra otros por los corredores y pasajes, para abrirse camino en el grupo, todos anhelosos, con las caras descompuestas y los ojos fuera de las órbitas, fijos en algo que estaba allí en medio.

La hoja de un puñal fulguró en lo alto, sobre aquella aglomeración.

—¡Quietos, por mil legiones de diablos!—tronó el almirante.

Ninguno dió muestras de oírlo.

—¡A vuestros puestos, perros miserables!—gritó con más fuerza procurando abrirse paso.

Nadie se volvió, nadie dejó su presa.

Fuera de sí, dominado por la cólera, don Pablo cruzó con su espada las espaldas de los que a su paso se encontraban.

—¡Hola, Burlador! ¡Hola, Cid! ¡Hola, Mala Muerte! Y descargó sobre ellos vigorosos cintarazos.

Al sentirse apaleados, saltaron los nombrados, profiriendo en gritos desesperantes: los otros se volvieron sorprendidos, barboteando juramentos y espuma por la boca. Ante el aspecto amenazante del jefe se estrecharon las filas, los brazos se aquietaron, se calmó la baraúnda tras un murmullo sordo de irritación; el círculo se abrió lentamente descubriéndose entre aquellos colosos en furia, a Selana, delicada, salpicada de sangre, exhausta, casi desnuda, apenas cubierta con su túnica tenue y finísima.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó iracundo el almirante.

—¡La hija del ladrón de Argel!

—¡Dió muerte a don Diego!

—¡Mandaba a los infieles!

—Mató al timonel—exclamaron todos apresuradamente.

Un soldado exaltado, hiriéndola con un puñal, pretendió que la prisionera hablase.

—Dejadla ir—ordenó don Pablo.

—¡La mujer es mía!—rugió un marinero abalanzándose sobre ella.

—¡Dejadla ir!

El marinero movió la cabeza negativamente.

Don Pablo le cruzó la cara con un golpe de espada.

El hombre se llevó las manos a la cabeza, dió un aullido y cayó debatiéndose entre su propia sangre. El almirante se acercó a Selana que había permanecido inerte, con el pecho agitado por la angustia, y la mirada sin vida, como falta de sentido.

Vió el rostro agraciado de la joven, las sienes bañadas en sangre, y entre los restos de su túnica, el cuerpo esbelto y el seno cubierto de rasguños y heridas.

Un vago sentimiento de piedad invadió su ánimo y al mismo tiempo sintió el agujón de la concupiscencia por poseer aquel cuerpo joven, martirizado, vilipendiado y contuso.

Dió una orden:

—Llevadla sobre cubierta de la nave capitana. El que la toque será colgado del palo de mesana.

Siguió entre la chusma un momento de estupor: un hombre se adelantó para obedecer.

—¡Ah, no!—prorrumpió irónicamente un piloto, adelantándose:

—¡La mujer es nuestra!

—¡La mujer es nuestra!—vocearon los otros inflamándose de nuevo y se agruparon para rescatar a Selana.

—¡Atrás, canalla!—gritó don Pablo, irguiéndose con bizarría, la espada en alto.

—¡Atrás tú, vieja mona! ¡La mujer! La musulmana ladrona!

La turba lo acometió con violencia, cercándole por todas partes; Selana fué asaltada nuevamente de terror. El almirante se preparó a defenderla con todo su valor y sangre fría.

Sus hombres, dominados por el espíritu de rebelión lo acometieron furiosamente. En un momento se encontró sin armas y sin sombrero, sofocado, arremolinado, aturdido bajo un diluvio de amenazas y de injurias.

Cuatro tenientes que llegaron de pronto, manejando gruesas mazas de hierro, pudieron sacarlo de ese sitio, no sin gran trabajo.

Lívido, desconcertado, se repuso en un momento y luego gritó con voz terrible, entrecortada por la ira:

—¡Al mar esa mujer!

La enérgica intervención de los oficiales había dominado a los revoltosos, que desesperaban ya de obtener la rica presa. Pero las pasiones innobles, reprimidas basta entonces, debían encontrar un escape: era preciso acabar con la pobre infiel.

—¡Al mar la bruja! ¡Al agua! ¡Que se la coman los pescados!

Cinco de ellos la rodearon haciéndole grotescas reverencias, le arrancaron a pedazos los vestidos y la presentaron en su casta desnudez a los compañeros.

Selana permaneció impasible.

—¡Una cuerda!—pidieron en el acto.

La ataron pies y manos con sólidas ligaduras. Los que contemplaban ávidamente el espectáculo, comentaban a voces sus gracias y su belleza con frases crudas y ademanes groseros.

—Pronto que se hace noche—gritó don Pablo.

Mientras se apretaba a la víctima el último nudo, uno de la chusma se adelantó hacia la infortunada joven y haciéndole una zalema a la usanza turca, le dijo:

—El agua estará acaso algo fresca, gloriosa princesa. ¡Que Alá te proteja!

La víctima sollozó de rabia, centelleándole los ojos, se enderezó soberbiamente y le escupió en el rostro.

El otro quedó desconcertado, pero después le dió una bofetada.

La joven sacudió la cabeza con un movimiento de furor y le dijo con desprecio:

—Nazareno.

—¡Por todos los diablos del Averno!—exclamó el hombre encolerizado dirigiéndose a los suyos.

Prontos siempre a la pasión, los marineros se miraron indignados.

—¡Ha insultado nuestra fe!

—¡Ha blasfemado!

—¡Debe pagarnos la ofensa!

—Clavémosla sobre el puente como una serpiente.

—¡Al tormento! ¡Las varas de acero!

—A la bodega con ella. Que la coman los ratones.

A fuerza de golpes y de imponerse sobre la chusma, logró don Pablo dominar aquel tumulto.

—¡Al mar, he dicho!

—Al mar. ¡Pronto, pronto! — repitieron imperiosamente los oficiales, acogotando con empuje a los más exaltados.

... ...

Abandonada entre los brazos macizos que la mecían cadenciosamente para hacerla tomar vuelo, Selana no era ya sino una cosa tenue y ligera.

—¡Recomiéndate a las barbas del profeta!—gritó burlonamente desde su banco un viejo galeoto.

—Que Alá te conserve—entonaron los otros en coro, con burlesca solemnidad.

—Una... dos... y a las tres, el cuerpo describió una hermosa parábola y se anegó dejando tras de sí una estela de espuma; después surgió de nuevo a la superficie, por un momento se vió brillar aquella blancura entre las ondas... después desapareció para siempre.

Los españoles volvieron a sus puestos murmurando, descontentos porque aquello hubiese terminado tan pronto.

Sobre las galeras y las naves todavía en desorden, sobre las cubiertas llenas de cadáveres, sobre el mar tranquilo acariciado por las brisas, descendía suavemente la divina paz de la noche.

LA GALLINA

Con las patas juntas, salta del gallinero, apenas se le abre la puerta.

Es una gallina común, modestamente adornada y que nunca pone huevos de oro.

Deslumbrada por el sol, da algunos pasos, indecisa, en el patio.

Ve primero el montón de cenizas en que todas las mañanas tiene la costumbre de holgarse.

Allí se revuelca, se hunde, y con una viva agitación de alas, las plumas hinchadas, sacude sus pulgas de la noche.

Luego va a beber en el plato hondo, colmado por el último aguacero.

No bebe sino agua.

Bebe a traguitos y levanta el cuello, en equilibrio sobre el borde del plato.

Luego busca su alimento aquí y allá.

Las hierbas finas son para ella, y los insectos y los granos perdidos.

Pica, pica, infatigable.

De tiempo en tiempo se detiene.

Derecha, bajo su gorro frigio, el ojo vivo, el buche presuntuoso, escucha con uno u otro oído.

Y segura de que no hay nada nuevo, se pone otra vez a buscar.

Levanta alto sus patas rígidas como las de los gotosos. Separa los dedos y los posa con precaución, sin miedo.

Se diría que va descalza.

PATOS

La hembra va a la cabeza, cojeando de las dos patas, a chapotear en el barreal que ella conoce.

El pato la sigue. Él también cojea de las dos patas, los extremos de las alas cruzadas sobre su espalda.

Y pata y pato, marchan taciturnos como a una cita de negocios.

La pata se deja deslizar, la primera, en el agua enlodada en la cual flotan plumas, estiércol, una hoja de viña o paja. Casi ha desaparecido.

Espera. Está lista.

Y el pato entra a su vez. Sumerge sus ricos colores. No se ve sino su cabeza verde o el robacorazones del trasero. Los dos se encuentran bien allí. El agua se calienta. Nunca se vacía y no se renueva sino los días de tormenta.

El pato, con su pico aplastado, mordisquea y oprime la nuca de la pata. Por un instante él se agita y el agua es tan espesa que apenas se estremece. Y pronto calmada, lisa, refleja, en negro, un rincón de cielo puro.

El pato y la pata no se mueven. El sol los cocina y los adormece. Se puede pasar cerca de ellos sin verlos. No se denuncian sino por las raras burbujas de aire que revientan sobre el agua encharcada.

EL PAVO REAL

Va a casarse hoy seguramente.

Debía haber sido ayer. En traje de gala, él estaba listo. No esperaba sino su prometida. No llegó. No puede tardar. Glorioso se pasea con un aire de príncipe indio y lleva consigo sus ricos presentes. El amor aviva el brillo de sus colores y su penacho tiembla como una lira. La prometida no llega.

Sube a lo más alto del techo y mira del lado del sol. Lanza su grito diabólico:

—¡León! ¡león!

Es así como llama a su novia. No mira venir nada y nadie le responde. La volatería acostumbrada, ni siquiera levanta la cabeza. Está cansada de admirar. Desciende al patio, tan seguro de ser bello que es incapaz de rencor.

Sus bodas serán para mañana.

Y, no sabiendo qué hacer del resto de la tarde, se dirige hacia la gradería. Sube las gradas, como si fueran las gradas de un templo, con un paso oficial.

Recoge su traje de cola cargada de ojos que no han podido desprenderse de ella.

Repite una vez más la ceremonia.

JULES RENARD.



El peregrino de la ilusión

(Fragmento de la novela que, bajo el título que precede, acaba de publicar el distinguido escritor y ex sacerdote, José Pacífico Otero)

En las vecindades del Bosque de Bolonia, y con frente a una de las más aristocráticas avenidas que dan renombre a París, vivía en una "garçonnière", acompañado de Raquel Valois, mujer elegante y que pasaba para muchos como su esposa, Tito Hernández, joven de gran fortuna, y heredero por la sangre paterna de un abolengo ilustre.

Dominado por la idea del "confort" y del arte, Tito había convertido el Cotorro—con este apelativo bautizaron sus amigos su residencia—en una vivienda en la cual, desde que se penetraba en ella, se descubrían acuarelas, aguafuertes, marfiles, jarrones de la China, telas y biombos japoneses, tras de los cuales se ocultaban en transparentes vitrinas, encajes, abanicos y otras prendas primorosas.

Entre los amigos que más lo frecuentaban y que hacían del Cotorro su "rendez-vous" obligado, se destacaba Julio Sánchez y Paco Méndez, que no conocían otro París que el de las diversiones.

A Raquel, que era mundana, pero que si amaba al mundo sólo lo amaba a sus horas, le chocaba la asiduidad de estas visitas y se lamentaba de que Tito no tuviese carácter para librarse de estos amigos, organizadores infatigables de farras y bailongos, en los que corría el "champagne" e imperaban con sus carcajadas las mujeres de vida alegre.

Un día que Raquel reprochóle a Tito la facilidad con que accedía a tan repetidas solicitaciones, Méndez, que no las tenía todas consigo, se permitió censurar este gesto, abogando descaradamente por el triunfo de la bacanal.

—Yo nací católico—dijo con tono chocante,—pero si yo hubiese podido elegir religión me hubiese hecho musulmán. ¡Nada más lindo, por cierto, que un serrallo lleno de mujeres esclavas!

Paco Sánchez, que no le iba en zaga, intervino a su turno, y con gran descaro le replicó:

—Eso de serrallo me parece una pura macana. El amor debe ser absolutamente libre, y el hombre debe estar autorizado para gustar de las mujeres como gusta de las frutas cuando están maduras.

—¡Qué tigre había sido mi compañero!—agregó Tito.—¡Si se proclama como regla o pauta del instinto erótico tal principio, la moral es un frasco. Acordaos, muchachos, de que tenéis madre; de que tenéis hermanas; de que mañana, acaso tendréis esposas, y si estas ideas pasan a la práctica, no podréis impedir que cualquiera de ellas caiga impensadamente en las garras lujuriosas del primer galán. Yo no me tengo por casto—agregó.—Me agrada la mujer como lo sabéis, pero creo que el apetito sensual debe detenerse ante el pudor y ante el adulterio.

Méndez, que estaba a su lado, incorporóse y con tono irónico exclamó:

—¡Qué bueno que Tito se metiese a predicador! ¡Qué bien defendería la moral!

Tanto Sánchez como la compañera de éste y de Méndez lanzaron una carcajada y concluyeron por decir a voz en cuello:

—Bueno, basta de filosofías. Montmartre nos espera.

Un cuarto de hora más tarde, Tito y Raquel, lo mismo que Julio Sánchez y Paco Méndez, acompañados cada uno de éstos de su amiguita respectiva, Enriqueta Duclós y Carmen Dubois, subían en un automóvil y se ponían en marcha rumbo a Montmartre. Era una noche apacible, de fin de verano, y la alegría asomaba en el rostro de todos. Sólo Tito se mantenía un tanto reservado, y no faltó quien, en tono de jarana, comenzase a decir:—¡De seguro que nuestro Tito está melancólico!—La frase esta contenía un gran fondo de ironía, porque jamás este especie de "condottiere" elegante y festivo había demostrado penas ni disgustos.

A esta salida de Méndez respondió Sánchez:

—No; lo que tiene Tito es ausencia de mimos. Le hace falta que Raquel entone su epidermis con una racha de besos.

En ese mismo instante tornóse hacia él, aplicóle una palmada cariñosa sobre sus rodillas y con un tono picaresco exclamó:

—¡Ah, canalla... canalla! Deja que estemos en "Rat Mort" y ya veremos si te hacemos reír.

La noche esa, el "cabaret" de la plaza Pigalle estaba en una de sus noches llamadas de gala. Sánchez, como Méndez, habían tenido la precaución de reservar dos mesas desde el día precedente, y apenas llegaron pudieron ubicarse en el ángulo del salón que prefería Tito y Raquel.

Al bajar del automóvil y en el umbral mismo del "cabaret", encontróse con un grupo de argentinos conocido con el nombre de los "patoteros", que se retiraban a gritos. El más audaz de éstos dirigióse a Tito y le dijo:

—Che, nosotros nos vamos de aquí porque preferimos el Garrón. ¡Qué diablos!; en el Garrón se tanguea de lo lindo. ¡Qué pibas nos esperan allí para la farra!

Tito no pudo contener su sorpresa y, dejándose llevar de la frase que vino espontáneamente a sus labios, exclamó:

—¡Pero qué compadres!

La muchachada alejóse dejando tras de sí el eco de su algazara, y Tito, en compañía de Raquel y de sus amigos, subió comentando este episodio la escalera del "cabaret". Una vez que se encontraron adentro, Raquel agregó:

—No será este "cabaret" tan criollo como el Garrón, pero por lo menos estaremos aquí al abrigo de las trompadas que se propinan mutuamente vuestros compatriotas.

Desde que Tito se sentó para comer demostró con sus actos y con sus gestos que no era el hombre alegre y festivo de otras noches. El, que era locuaz, se había hecho parsimonioso. De cuando en cuando sus frases parecían incoherentes, y cuando se trataba de salir a bailar lo hacía, pero por fuerza.

Raquel misma alarmóse un tanto, y deseosa de poner fin a esta situación que los compañeros de jolgorio juzgaban como anormal, llenó de "champagne" una copa y, al extendérsela, interrogóle en esta forma:

—Vamos, Tito, ¿por qué estás hoy tan melancólico? ¿Estás enfermo, contrariado, incómodo de saberme a tu lado? ¿Te dura todavía la mala impresión que te han producido los muchachos? Si has visto aquí alguna mujer que te agrade más que yo, me lo dices y yo me voy.

—Vaya una idea la tuya—replicó Tito.—Aun cuando he tenido siempre un flaco por las mujeres, has sido tú la preferida y no sería ahora el momento para buscarte reemplazante. Por lo que se refiere a los muchachos, con decirte que ya ni me acuerdo de la escena a que aludes, te digo todo.

—Entonces, ¿estás enfermo?—le replicó Raquel.

—Sí, enfermo—dijo Tito;—pero con una enfermedad que no se cura aquí.

Raquel, que lo creía muy ajeno a una crisis de este orden, tuvo una profunda sorpresa, y deseando saber qué género de dolencia o de mal determinaba en su espíritu este abatimiento, díjole:

—¿Se puede saber, querido Tito, qué clase de pena te postra y te abate hasta este punto?

—¡Qué ocurrencia la tuya!—replicóle Tito.—En un "cabaret" no cabe sino la alegría y la carcajada. Las cuitas reclaman otro ambiente y no será aquí, entre el humo de los cigarros, la espuma de los "champagnes" y el ruido impertinente de las orquestas, que yo me lanzaré a comunicarte mis confidencias. Lo único que podré decirte es que ésta será la última de mis noches montmartrenses. El hastío ha comenzado a tomar posesión de mi espíritu.

La frase ésta resonó en los oídos de Raquel como una nota de alarma y no pensó en otra cosa que en alejarse del "cabaret" cuanto antes.

—Ni yo ni Tito—les dijo a Sánchez y a Méndez—nos encontramos bien. Lo mejor es que nos retiremos y que Tito se atienda.

Pocos minutos más tarde Raquel subía en el automóvil y en compañía de su amante salvaba los umbrales de la "garçonnière". El Tito que regresaba antes de que asomasen en el horizonte los primeros albores de la mañana, ya no era el mismo que había emprendido, locuaz y jubiloso, el camino de Montmartre. La crisis precursora de los grandes destinos lo trabajaba.

Era Raquel una mujer de porte elegante y favorecida por la naturaleza con dones y atractivos que realzaban su carácter.

El padre de Raquel había estado durante muchos años al frente del consulado de Francia en San Sebastián. Fué allí en donde conoció a la mujer que vino a ser madre de su hija, y desde que el cielo le otorgó este vástago consagróse a su educación con gran esmero. Raquel creció, pues, en un medio modesto, privado de horizonte; pero una tendencia a la libertad—tendencia que acaso sospecharon sus padres desde edad temprana—llevóle a una emancipación prematura.

Heredera de una pequeña fortuna que le dejara en testamento un tío que la amaba mucho y que se había enriquecido en las minas carboneras del Norte de Francia, cuando ella pudo contar con su mayoría de edad y con los recursos que le proporcionaba este legado, pretextando un viaje al extranjero, abandonó para siempre la casa paterna. Ella quiso reanudar—cuando se vió libre—el vínculo sentimental que por leyes de la naturaleza le unían con sus padres, pero éstos se negaron rotundamente a hacerlo. Dos años más tarde una triste nueva venía a enlutar su corazón. Con intervalo de pocos meses, su padre y su madre murieron de una gripe infecciosa, y esta circunstancia colocóla en un ambiente completo de orfandad.

Desde su llegada a París, Raquel buscó para instalarse un pequeño apartamento, que lo encontró muy coqueto en el "Boulevard Peraire". La idea de contraer enlace se despertó en ella apenas la noticia de la muerte de sus padres llególe lacerando de veras su corazón, y después de unos seis meses de encierro lanzóse a la vida mundana, confiando en que su buena estrella le deparase un marido.

Los que la conocían sabían perfectamente bien que si Raquel era fácil para la libertad, no lo era para el amor. El placer venal, mercenario, ese placer que se cotiza con altas y bajas como las acciones de Bolsa y que coloca a la mujer más abajo del nivel de dignidad que exige su sexo, no entraba en sus cálculos.

El hombre debía ser para la mujer, en su concepto, un sostén, una fuerza, una bondad, una ternura.



La partida del cristiano

Para que reine la Cruz
en la ciudad de Granada,
parto esta noche de luna
con un ensueño en el alma.
Reza por mí, dulce novia,
con tus plegarias de santa;
reza, también, porque sea
siempre católica España.
Dile a tu padre, el marqués,
que tengo lisa la lanza
para enterrarla en el pecho
del impío de Granada.
Dile a tu madre piadosa
que cayeron en mi alma
cual bendiciones del cielo
sus religiosas palabras.
¡Por don Fernando el católico
y por Isabel de España,
voy a matar la morisma
y a conquistar el Alcázar!

¡Adiós tortolilla dulce
que me llenáis de esperanzas!
He de volver a llevarte
a la ciudad subyugada,
cuando en la torres ondeen
al impulso de las auras,
los colores sempiternos
y gloriosos de la patria!

Oscar Alberto IBAR.



—Es necesario buscar en esta unión, que debe ser eterna—le decía a una de sus amigas, la graciosa Lilí, su vecina de apartamento,—no sólo lo erótico, lo carnal, eso que enrojece nuestras mejillas y desmaya nuestros instintos. El hombre, para ser nuestro, debe unirse a nuestro destino con lazos más fuertes, y en la medida de lo posible, debemos tener la garantía de que amándonos nos da la solidaridad total de sus pasiones y de sus sentimientos.

Cuando Tito conoció a Raquel, ésta venía de cumplir los veinticinco años y estaba en el período juvenil más seductor.

Difícil era a un hombre como Tito, dominado por una exuberancia sensual, substraerse a la sugestión que ejercía sobre todos esta mujer de ojos negros, de cutis terso como alabastro, de formas esculturales y turgentes. Pocos eran los que viéndola no creyesen ver a uno de esos bellos tipos femeninos que la pintura del siglo XVIII nos permite contemplar aún hoy al tener por delante una tela de Boucher o de Fragonard. Es por esto que desde el primer día en que sus pupilas chocaron con esta seductora beldad, Tito pensó en su conquista y proyectó de inmediato el hacerla suya.

Apenas las primeras parejas comenzaron a foxtrotear al son de la orquesta en el café París—es allí donde Tito encontróse con Raquel la primera vez,—creyó que para acercarse a ella una invitación a bailar era el mejor pretexto.

Esa noche lo acompañaba Méndez, y dirigiéndose a éste, le dijo:

—Voy a intentar la suerte. Vamos a ver qué resultado tiene mi audacia.

Cuando Tito resolvióse a esta aventura, Raquel acababa de pagar su cuenta, y parecía que se preparaba a partir.

—Si no te apresuras—le dijo Méndez,—corres el peligro de malograrla. Déjate de vacilaciones, y ataca.

Elena Larroque de Roffo

Alma de luz sublime, floreció por su esencia
como un rosal votivo de perenne esplendor;
el Deber fué su guía, su estandarte la Ciencia
y la Virtud el símbolo de su eterno fervor.

Corazón y cerebro, toda clarovidencia,
endulzando las horas del ajeno dolor,
deshojó en sacrificios su armoniosa existencia
hecha al cuño del sabio compañero de amor...

Y allá, cuando la hora sonó de la partida,
abriendo en torno suyo por cada alma una herida
que el soplo de los años no cicatrizará,

aún su fe parecía repetir, abnegada:
—¡Tal vez junto a Dios logre coronar mi cruzada,
velando por Aquéllos que sufren, desde allá!...

Miguel de ARZUBIAGA.

Como movido por un resorte, Tito se levantó de su asiento, cruzó el salón, y cuadrándose con gran respeto delante de Raquel, le dijo:

—¿Me permite, señorita, que la invite a bailar?

La respuesta de Raquel fué desconcertante:

—Esta noche estoy muy cansada—le contestó ella.—Si el señor no se ofende, podremos dejar el baile para otra vez.

—¿Ofenderme por qué?—le replicó Tito.—Una negativa tan gentil como la suya, lo más que podrá causarme será una pena.

—¿Una pena?—repitió ella.—¿Y por qué? La pena es provocada por una pérdida o por un dolor, y en el caso presente no veo yo qué causa puede determinar este fenómeno.

—Usted no la ve—dijo Tito,—pero yo sí.

—Vamos—agregó Raquel,—es usted muy gentil, pero no creo que hable en serio. Imagínese, hablar de pena cuando ni siquiera aún nos conocemos. No, no, esto no puede suceder sino en broma.

Mientras este diálogo tenía lugar, Tito había salvado distancias, y aun cuando se mantenía en pie, parecía que se invitaba a sí mismo para sentarse al lado de la mujer cuyo metal de voz constituía para él todo un hechizo.

Raquel, a su vez, había experimentado una cosa extraña, y como obedeciendo a un imperativo dueño absoluto de su sensibilidad, optó por quedarse.

—No bailo—le dijo resueltamente a Tito,—pero con mucho gusto conversaré con usted. ¿Le satisface mi resolución?

—Señorita—replicó él,—no sólo me satisface, sino que me cautiva.

Las primeras frases cambiadas entre Tito y Raquel se perdieron en el terreno de lo vago. Ni uno ni otro había encontrado aún el hilo conductor de la conversación, y aun cuando en ambos era latente el ritmo de la atracción y de la simpatía, ninguno se atrevía a abordar de frente el tema soberano que dominaba este encuentro.

Un suspiro de Tito—suspiro lleno de tristeza y de espontaneidad—fué, por decirlo así, la nota que rompió el silencio y facilitó el punto de partida.

—Yo no suspiraría así—le dijo a Raquel—si fuese feliz.

—¿Y qué le falta para serlo?—le preguntó Raquel.

—Una cosa, y nada más que una cosa—agregó él:—me falta el que usted me ame.

—Usted navega a toda vela, estimado señor—le replicó la interlocutora.—Para ser feliz no basta amar; hay que entenderse. ¡Y qué difícil debe ser entenderse dos seres que no se han conocido nunca, que se juntan porque la fatalidad los pone frente a frente, como en nuestro caso, y que, porque sí, porque es la moda de jurarse un amor, se unen para desunirse acaso más tarde.

—Tiene usted mucha razón en lo que dice—agregó Tito,—pero esto no es aplicable a nuestro caso.

—¿Y por qué no es aplicable a nuestro caso?—agregó Raquel.

—Sencillamente, porque si yo llegase a unirme con usted, no me separaría jamás. ¿Lo entiende bien? ¡Jamás! ¡Jamás!

Raquel movió la cabeza, miróle fijamente como queriendo escudriñar en lo profundo de sus ojos, y con una dulzura cautivante exclamó:

—¡Si fuese verdad tanta belleza!

Las casas grandes de Méjico

Ultimo recuerdo de un pueblo desconocido.—La casa de vecindad precolombina. — El peligro que venía del oeste

En la frontera septentrional de Méjico, tocando casi al estado de Tejas, hay un grupo de ruinas que, aunque apenas hayan merecido hasta ahora la atención de los arqueólogos, acaso son las más interesantes de la América precolombina, siquiera no sea más que porque representan una civilización cuyo fin permanece envuelto en el mayor de los misterios.

Estas ruinas son las conocidas con el nombre de "las Casas Grandes", nombre que muchos de nuestros lectores, recordarán fácilmente, no por las ruinas, sino por haber sido aquel sitio teatro de uno de los más sangrientos encuentros de la última revolución mejicana, la batalla de Casas Grandes, en la que el presidente Madero fué herido y su famosa legión casi desbaratada.

Las Casas Grandes ocupan las laderas de las colinas que forman los valles del río San Miguel, del San Pedro, del Piedras Verdes y del Casas Grandes, así llamado por los conquistadores españoles precisamente por la existencia de las ruinas en cuestión. La historia de su descubrimiento es por demás interesante. En aquellos días en que los dominios de España se extendían casi de Polo a Polo, cuando aventureros españoles, sedientos a la vez de gloria y de oro, llevaban más lejos cada día la bandera de su patria y de su rey, un buen padre franciscano, fray Andrés Pérez, concibió el loable propósito de ganar almas para Cristo entre los pueblos paganos que debía haber en la parte más septentrional de la Nueva España, y después de cruzar inmensas y áridas llanuras, llegó a un ancho valle, fértil y pintoresco, poblado de álamos y regado por un río a lo largo del cual se extendían, por leguas y más leguas, los restos de un pueblo desaparecido. Allí vivían las tribus nómadas de los janos, los jacomes y los sumas, y habiendo encontrado a aquellas gentes materia dispuesta para la conversión, allí fundó fray Andrés Pérez la misión de San Antonio de Casas Grandes.

Esto ocurría en 1640 y ya entonces eran las tales Casas un montón de ruinas abandonadas, sin tejado y sin historia. Ni aun las tribus que vivían en el país conservaban tradición ninguna sobre el pueblo que las construyera. Hoy, consisten dichas ruinas en un grupo principal, cerca del pueblo de Casas Grandes, y en otros grupos más pequeños y muy numerosos, que aunque por su reducida extensión parecen menos importantes acaso representan un estado algo más avanzado de la civilización de que son último remanente.

Los edificios a que estas ruinas corresponden estaban construídos enteramente de adobe, y difieren de las arquitecturas de la mayor parte de los pueblos antiguos porque realizan una idea poco frecuente en éstos: la casa de vecindad. Aquellos que miran como una creación del progreso moderno los famosos rascacielos neoyorquinos, mudarán de parecer al saber que una de las Casas Grandes es una construcción inmensa, formada por tres cuerpos superpuestos hasta una altura de ocho o diez pisos, y que en ella podían alojarse cómodamente más de dos mil personas. Es verdad que en aquel soberbio edificio no había calefacción de vapor, ni baños, ni inodoros; pero ello no debía de ser por falta de ingenio de sus constructores, puesto que lo tuvieron suficiente para formar delante de la casa un gran estanque y traer a él, por medio de un canal, el agua de la hoy llamada fuente de los Montezumas, que dista unos cinco kilómetros, mientras aprovechaban el agua del río para regar sus campos de maíz.

Detalle curioso: la planta baja de la enorme casa no tiene puertas. Es el mejor procedimiento para evitarse visitas desagradables. Cada piso, o más bien cada vivienda, tenía delante una terraza; una escala de mano permitía subir a las terrazas del primer piso, y desde ellas, por angostos escotillones se descendía a la planta baja, y con ayuda de otras escalas se subía de piso en piso. Por la noche, o en caso de guerra, quitábanse las escalas, y el pueblo entero descansaba tranquilo.

Eran estas casas obra de las mujeres, si hemos de creer a los que han rebuscado entre las tinieblas que envuelven la historia de aquel pueblo. Las mujeres fabricaban el adobe, levantaban los muros y blanqueaban el interior con una preparación de yeso. Y, cosa singular, ellas eran también las que hacían los trabajos de alfarería, una alfarería extraña y policroma, de la que aún se encuentran restos en los enterramientos descubiertos junto a las Casas Grandes, demostrando que, como tantos otros pueblos antiguos, aquél tuvo por costumbre proveer a sus muertos de alimentos para el viaje al otro mundo.

Los grupos más pequeños de ruinas no son sino reproducciones, en menor escala, del grupo principal. Dominándolos a todos ellos está el Cerro de Montezuma (en Méjico, el nombre de Motezuma anda siempre asociado con todo lo antiguo) cuya cima sirve de base a las ruinas de un edificio que la tradición supone fué un palacio real, pero que probablemente era un templo o una fortaleza. Desde este edificio a los del valle, encuéntrase en los desfiladeros de la montaña una serie de ruinas que parecen ser como de puestos militares. De su posición parece deducirse que los primitivos moradores de las Casas Grandes tenían algo que podía venir del Oeste, y de que ese algo llegó un día, terrible y devastador, son prueba las paredes derruídas, las vigas carbonizadas, los esqueletos que bajo los escombros se han hallado en actitudes violentas de defensa, de súplica o de desesperación.

En cuanto a quiénes fueron los que hicieron aquellos edificios hoy derruídos, la historia no nos dice nada. Clavijero, García Conde y otros autores afirmaron que todo ello era obra de los aztecas; pero, desgraciadamente, en la historia y en la arqueología no basta afirmar, hay que demostrar, y hasta ahora nadie ha conseguido dar una demostración de qué pueblo fué el pueblo vencido ni de qué raza fué su vencedora.

Páginas olvidadas

Nidada de altruístas

(Apólogo)

Es cosa de no creer la elevada complicación que alcanza la mentalidad de los pollitos, dentro del cascarón, a partir del décimosexto día, o sea cinco antes del momento de romper el calcáreo calabozo y darse a luz.

Pero con todo y ser tan extraordinaria esta capacidad, se queda tamañita ante el prodigio de la correlación, estupenda maravilla psicofisiológica de la que el mundo sabio no tenía hasta hace poco la mínima idea, y cuyo descubrimiento ha venido a esclarecer muchos obscuros enigmas.

Veremos si conseguimos dar de ello una somera explicación.

Parece ser que el tibio contacto de la clueca con los huevos, por una parte, y por otra el natural efluvio que de ella como de toda bestia femenina se exhala, son manantial de donde los huevos toman junto con la fuerza vital destinada a transformarlos, el misterioso poder de vinculación a que aludimos. Todos sienten en un momento mismo una sensación misma, todos aumentan con rigurosa simultaneidad su caudal de conocimientos previos de la vida, todos a una sienten, quieren y piensan, sin que por eso desaparezca en cada uno la individualidad que más tarde ha de caracterizarlos.

Ahora bien, como quiera que las ideas de la madre, simple madre térmica, influyen en gran manera sobre la orientación futura del pensamiento en la progenie, y como quiera que hay gallinas soñadoras, positivas, calculadoras, contemplativas, místicas, etc., se dan, por ende, casos de nidadas de sentimentales, de razonadoras, de analistas, y hasta de superpollos.

Ahora vamos a contar brevemente lo que aconteció según la fórmula rusa "en cierto tiempo y en cierto país" (diz que era un país latino), con una de tantas nidadas y no de las chicas, como que pasaba de la docena.

Pues es el caso que al décimosexto día de echada la clueca, o sea cuando la inteligencia de los pollitos culminaba, si no parece mal el verbo, se dieron ellos a pensar, en lo que el siguiente monólogo dirá.

Recuérdese que se trata de un monólogo múltiple, aunque parezca disparatado reunir esas dos palabras, pues concordante, concomitante, conjunta, solidaria y simultánea, aunque individualmente (¿qué tal el manejo de los adverbios?), la nidada pensaba toda así:

"Henos aquí catorce hermanos, creciendo y alimentándonos encerrados, sin ocuparnos los unos de los otros, sin prestarnos la mutua ayuda a que nos obligan raza y parentezco, viviendo como egoístas refinados, entregado cada cual a su propio cultivo y desarrollo como si esa fuera la noble misión que a todo se impone la vida. Ya es tiempo de que esto concluya. Basta ya de trabajar cada uno en provecho propio, esterilizando nuestras fuerzas en este frío individualismo, digno de estólidos sajones.

Latinos somos, y hemos de intervenir con todas las fuerzas de nuestro ardiente y fecundo altruísmo en los destinos de nuestros semejantes, aún a costa de nuestros más caros intereses. Si cada uno de nosotros se ocupa sólo de sí mismo, ¿qué resultará? Nada más que un robusto pollo de cada huevo. ¡Bonita cosa! ¡Ea! ¡A protegernos mutuamente! ¡A trabajar por nuestros hermanos!"

Y en un supremo esfuerzo estallaron las cáscaras bajo el vientre tibio del ave latina, formando confusa tortilla mal oliente, útil tan sólo como triste y decisiva experiencia, mientras desfilaban por el cerebro incurable de la madre visiones no menos confusas, no más útiles, de razas unidas, de solidaridades, de abnegaciones y altruísmos, de superpollos que no pudiendo bastarse a sí mismos desean realizar la dicha de los demás.

L. DOELLO JURADO.

Cómo acaban las favoritas

LA CALDERONA

El que allá por los años de 1625 a 1630 hubiese ido a la capital de las Españas y visto como en ella se divertían la corte y la nobleza, seguramente no hubiera podido figurarse que en aquellos días pasaba el país por una era de calamidades públicas tan horrendas como eran los terremotos de Granada, una espantosa inundación de la región del Tormes, la crecida del Guadalquivir, que duró cuarenta días, y los grandes incendios de Madrid y San Sebastián, amén de gueras sin cuento que poco a poco agotaban el dinero y la sangre de la nación.

Como si todas estas catástrofes ocurriesen en lejanos países, o fuesen cosa baladí y poco digna de fijarse en ella, en Madrid eran las diversiones de todo género poco menos que diarias. El conde duque de Olivares, interesado en apoderarse de la voluntad de Felipe IV, ingeniábase en idear fiestas públicas, bailes, representaciones teatrales y partidas de caza. Hacíase entonces teatro, no sólo de los "corrales" a este objeto destinados, sino del Palacio real, de las casas de la nobleza, de las plazas y hasta de los conventos. Los más nobles caballeros dedicáronse a componer comedias, y los cortesanos, con el rey a la cabeza, tenían a gala el tratar de mano a mano con histriones y comediantes, y el frecuentar sus aposentos en los mismos teatros.

Como era lógico, los que pretendían agradar a Felipe IV, procuraban presentarle los más famosos actores, y, muy especialmente, las cómicas más guapas; entre éstas, conoció el monarca a la famosa María Calderón.

Si ella se llamaba así, o Inés Isabel, como afirma algún historiador, parece que aún no está bien averiguado. Lo que sí se sabe como cierto y positivo, es que la "Calderona", como todo el mundo la llamaba, era una real moza, digna de inspirar una pasión al hombre menos mujeriego. Nada tiene, por tanto, de extraño que un hombre joven, de genio divertido y un tanto dado a galanteos y aventuras amatorias, como era el cuarto de los Felipes, quedase al instante prendado de ella.

En los amores entre el monarca y la "Calderona", hubo constantemente una nota disonante; la cómica no amaba al rey.

Perdidamente enamorada de su primer amante, el duque de Medina de las Torres, no quiso María Calderón escuchar los requerimientos del enamorado Felipe, y hasta propuso al duque huir con él a un lugar apartado, donde nadie les molestase; pero el duque, temiendo caer en desgracia, prefirió ceder al rey aquel bien que, según él mismo decía, "no estaba en estado de disputarle". La comedianta hubo de acomodarse con esta resolución del duque, pero no sin tacharle de ingrato y asegurarle que moriría de desesperación.

Así llegó el año 1829, en el que tuvo la "Calderona" un niño, a quien el rey hizo llamar Juan José de Austria. Desde el día de su nacimiento, hubo quien dijo que aquel hijo adulterino lo era del duque de Medina de las Torres, y no del rey, y hasta se murmuraba que su madre era la reina Doña Isabel, y el hijo de la "Calderona" el príncipe D. Baltasar Carlos, hablándose de un cambio de niños y de otros crímenes de los que tan fácilmente inventa la imaginación popular.

Y entre tanto, en la casa de la "Calderona" estaba a punto de haber cualquier día un crimen de verdad. El duque, vencido al fin de los constantes ruegos de la cómica, accedió a visitarla en secreto, y quiso la casualidad que cierto día le sorprendiese allí el rey, el cual, lleno de rabiosos celos, tiró de su daga con el propósito de quitar la vida al atrevido noble. María se interpuso, y sólo por amor a ella consintió Felipe IV en que su rival saliese, sin hacerle daño alguno. Pocas horas después, el duque recibía en su palacio una orden de destierro. Desde aquel instante no hubo para el monarca sosiego. Amaba a la "Calderona" como a ninguna otra mujer, y tenía al fruto de sus amores tan gran cariño, que lo reconoció y le concedió toda clase de honores; pero el recuerdo del duque era para él una pesadilla. Comprendía que al duque, y sólo al duque, amaba la comedianta, y no tardó en averiguar que los dos amantes se escribían con frecuencia. Entonces fué una de las veces que Felipe IV demostró ser hombre sesudo y prudente. Antes que acudir a un crimen, decidió arrojar de su corazón el amor que le atormentaba, buscando nuevas aventuras galantes, y en cuanto se creyó lo bastante endurecido para soportar tan dura prueba, ordenó a María Calderón que se encerrase en un monasterio, poniéndola así fuera de su propio alcance y del de cualquier otro hombre.

Cuando la ex cómica pasó a mejor vida, era abadesa del monasterio de Otande, en la Alcarria.

El nuncio de Su Santidad que la impusiera el velo de religiosa, ocupaba ya la silla pontificia con el nombre de Inocencio X.

Así acabó la madre de D. Juan de Austria. Su fin, fué el más apropiado a aquella época, en que el interés del pueblo madrileño estaba por igual dividido entre la iglesia y el teatro. María Calderón, con María Lavenand, María de Córdoba, la hermosa María de Heredia, María Riquelme y otras varias mujeres de buen ver, todas ellas comediantas de oficio y Marías de nombre, fueron las que pusieron de moda la misa de once, o "misa de hora", como entonces se decía, en la iglesia de Jesús. No faltó quien dijo que la tal misa no era sino pretexto buscado por las cómicas para ver a sus galanes fuera del teatro, y como consecuencia de estas murmuraciones, hubo consulta de teólogos y confesores, donde dieron su parecer Lope de Vega y Calderón. Ambos convinieron en que la misa de hora, oída con devoción, valía tanto como cualquier otra, y de tal opinión participó el fraile mercenario Gabriel Téllez, que se atrevió a decir a los teólogos, hablando de las y los que a la misa concurrían: "Dejadlos que se amen y se casen; la religión gana en ello... y vosotros también." Todo lo cual podría ser una gran verdad; pero no impedía que al entrar y salir del templo hubiese a veces sus escándalos, con el consiguiente acompañamiento de cuchilladas, cosa que en aquellos tiempos no podía faltar en andando por enmedio faldas, siquiera fuesen de futuras abadesas.



El sabor del pecado

Por SARA INSUA

En el saloncito Imperio de la marquesa de Campoazul, donde reunía aquella tarde a sus íntimos, se hablaba de la virtud, discutiéndose las causas que pueden acercar o alejar a los hombres del camino recto.

La marquesa alzó su hermosa cabeza, coronada de cabellos blancos, cuyo rostro, de perfil aguileño, dándole un gran parecido con el retrato del famoso cardenal confesor de Isabel la Católica, uno de cuyos apellidos llevaba, atestiguaba la antigüedad de su linaje. Con una expresión traviesa en sus ojos negros, de mirada taladrante, dijo lentamente su opinión.

—La virtud puede deberse muchas veces al conocimiento del sabor del pecado.

—Sí—respondió el conde de Gradín, —hay casos de virtud por repugnancia, por hastío del pecado conocido. Pero esa virtud, adquirida quizá por recurso, no tiene el mérito de la que sabe sostenerse en medio del pecado, sin llegar a conocerlo, y vive toda una vida sin haber perdido la primera pureza.

—Perdón—objetó la marquesa;—es que se puede conocer el sabor del pecado sin haber perdido la primera pureza.

Hubo un movimiento general de protesta.

—Puedo probárselo a ustedes—continuó la dama—refiriéndoles uno de esos casos: el mío.

La respuesta fué un silencio absoluto, y un gesto de aprobación e interés en todos los rostros.

—Yo—empezó la marquesa, con su voz cálida de contralto, no estropeada por la edad—fuí una chiquilla terriblemente traviesa. No se podía hablar de mí sin decir: "¡Ese diablo de Eulalia!" Sin embargo, cuando cumplí siete años y estimó mi abuela que era tiempo de prepararme para confesar—tarea de que la venerable anciana se hizo cargo,—resultó que, con ser yo tan mala, todos mis pecados eran veniales. Porque introducirme subrepticiamente en las cocinas y verter todas las vasijas de agua por el suelo, o la botella entera del vinagre sobre el asado, era una pequeña falta que merecía la pérdida del postre, pero nada más. Poner grillos en la cama de mi nodriza, que les tenía un miedo enorme, era un simple pecadillo, y cantar coplas burlescas de mi invención, alusivas a las personas de la familia o de las amistades, eran atentados a la poesía; pero también pecados veniales, que me interceptaban la entrada en los salones, pero no la del cielo. Yo, de tanto oírlo decir, me creía francamente mala, y de aquí que, según el catecismo, podían cometerse culpas mayores, que se calificaban con el nombre de pecados mortales. Exigí una explicación del pecado mortal, que mi abuela me dió vagamente, insistiendo sobre el más fácil de comprender para mi cerebro infantil: el robo. Robar era, pues, un pecado mortal, cuyo castigo era el fuego eterno del infierno, caso de morir sin confesión o sin contrición. Se perdonaba también, porque Dios acoge a todo el que está realmente arrepentido; pero exigiendo una dura penitencia.

De todas estas explicaciones, mi inteligencia de siete años sacó estas consecuencias. En primer lugar, que el pecado era una cosa agradable y divertida, puesto que a mí me divertía inundar la cocina, asustar a la nodriza y burlarme de las amigas de mi madre. Después, que la diversión del pecado era prohibida por causas lejanas y castigada. Y, por último, que siendo más castigado el pecado mortal, tenía que ser más agradable y divertido que el venial. Por otra parte, mi pequeño orgullo de "niña mala" se creía humillado acudiendo al confesonario sin un pecado "serio". Entonces por curiosidad y por vanidad, quise cometer un gran pecado... Como en materia de pecados mortales, el único que estaba al alcance de mi comprensión y de mis medios de pecar era la práctica de las costumbres de Caco, decidí apoderarme de "lo ajeno contra la voluntad de su dueño".

Todas las mañanas venía a casa una vendedora de frutas que traía dos cestas muy surtidas, de las que separaba el ama de llaves las necesarias para el consumo del día. Una de aquellas mañanas estuve al acecho de la frutera, me deslicé silenciosamente en la antecocina, y, aprovechando el ratito de conversación de vendedora y compradora, llegué sin ser notada hasta una de las cestas, me apoderé de una hermosa naranja y corrí a esconderme en lo más alejado del jardín. Los momentos anteriores y posteriores al robo fueron los primeros de emoción intensa de mi vida. Experimenté primero toda la atracción, todo el encanto del pecado; después, la satisfacción malsana de haberlo cometido. Pero mi emoción, aun siendo intensa, era confusa; yo acababa de pecar, pero no conocía el verdadero sabor de mi pecado, e instintivamente, como para completarlo, mondé la naranja con los dedos, separé los gajos brillantes y transparentes, y mis dientecillos mordieron al fin "la fruta prohibida". No hice más que morderla. Mi paladar no había recibido nunca sensación más desagradable de acidez y amargura. Entonces, por un instante, se despejó mi inteligencia; tuve plena conciencia de lo que era el pecado, porque la acidez y la amargura de la fruta habían llegado a mi alma y me revelaban el verdadero sabor, no de mi pecado, sino del pecado en general.

Mi confesión con aquel santo, el padre Maximiliano, fué pintoresca, pero emocionante, según me ha dicho él años después. Yo iba absolutamente arrepentida y firmemente resuelta a no volver a pecar. El placer del pecado no compensaba de la acidez que dejaba después. ¡Y esto lo comprendí yo a los siete años!

Crecí, y en el transcurso de mi vida ha seguido habiendo pecaditos veniales, travesuras, las más veces infantiles; pero también ha rondado el pecado "serio" a mi alrededor. Además, como dice Kempis, "No hay hombre seguro del todo de tentaciones mientras vive, porque en nosotros mismos está el germen de ellas, pues que nacimos con la inclinación al pecado". No obstante, yo he logrado, si no matar, atrofiar al menos ese germen, y si alguna vez llegó a nacer en mí la tentación, el recuerdo de mi primer pecado me ha hecho sentir "antes" la amargura y la acidez del "después", y no he pasado de la tentación,

Y ahora que alguien se atreva a negar la Providencia. Porque si la naranja llega a ser dulce...

Arbol caído

No puedo verte sin sentirme triste,
mientras paseaba esta mañana, viejo
árbol que fuiste con tu sombra, amparo
de mis cavilaciones y desvelos.
No pude contemplarte sin sentirme
lleno de angustia y de nostalgia lleno,
yo que te vi luchar contra las rachas
como un invicto paladín homérico.
Al mirarte vencido, hoy que eres sólo
guarida de alimañas y de insectos,
cómo acude a mi mente la epopeya
de tu gloriosa lucha con el tiempo.

Te azotó el huracán; era una noche
dantesca del invierno.
Enfurecidos, como nunca, andaban
los lobos aulladores por el viento.
Y quién sabe qué lucha de titanes
libraste entre las sombras, con el cierzo,
que al otro día, te encontró la aurora
como un gigante derribado y yerto.
Pero de nuevo hundiste tus raíces
en un desesperado crispamiento,
y el abatido tronco dió sus brotes
y te cubriste de follaje nuevo.

Otra vez fué en la dulce primavera:
estabas todo en flor, todo cubierto
de estrellitas de nieve; eras un trozo
de Vía Láctea desprendido al cielo.
Mas de pronto rodaron
nubes plomizas por el firmamento.
Una, la más aleve, echó pedrisco
sobre la maravilla de tus pétalos.
Pasó la nube y se te vió desnudo;
todo desnudo te quedaste, y trémulo.
Eran tus ramas descarnadas, como
brazos alzados en doliente gesto.
Pero al tornar la nueva primavera
floreciste otra vez; otra vez lleno
de estrellas perfumadas, te ofreciste
al sol fecundo o al pedrisco avieso.

Mansa conformidad, árbol, la tuya,
que de los sinsabores a despecho,
das fin a tu misión, sin que una queja
turbe la majestad de tu silencio.

Yo también quise que mi vida fuera
como un árbol prolífico; que el tiempo
no aprovechado en hacer bien, pasara
como entre tu follaje pasó el viento.
Y di mi fruto al engendrar mis hijos,
y di mis flores al decir mis versos.
Ah, pero lo que nunca, nunca tuve,
árbol caído que me das tu ejemplo,
es ese filosófico estoicismo
de resistir al mal, manso y sereno.
Alguna vez corola roja tuvo
la flor del odio en que cuajó mi verso,
alguna vez turbó mi mansedumbre
la crispación convulsa de mis nervios.
Y si mis labios, si mis labios nunca
se abrieron a la pugna de un lamento...
¡Cuántas alas fatídicas
arrojaron su sombra en mis silencios!

Alberto Larran de Vere










La novela amorosa del rey de Baviera

Páginas secretas de historia contemporánea

¿Fué suicidio, rapto de locura, o accidente casual la misteriosa muerte del rey Luis de Baviera, que tanto ha intrigado a los narradores de la historia contemporánea? Tal vez la versión que vamos a reproducir levante una punta del velo de ese arcano.

Educado en la soledad, el "rey Apolo" como le llamaban su pueblo y los artistas sus admiradores, el "rey loco" como le apellidaban sus enemigos los prusianos, el amigo y protector de Wagner, era un carácter romántico y exaltado que desde su primera juventud se encontró en pugna con su madre, mujer severa y fría, que fué haciéndose dueña del poder hasta el punto de que su hijo no era rey más que de nombre. Luis, desalentado, acabó por abandonar la lucha, y entregándose a sus aficiones pasaba la vida componiendo poesías, cantando y recorriendo a caballo las selvas y las montañas en locas correrías nocturnas, acompañado de su fiel servidor Webber.

Para hacer aquellas excursiones el rey se disfrazaba de cazador en una pequeña posada de Linderhof. El viejo posadero le conocía desde niño. Su hija, Rosa de Linderhof, tenía entonces diez y siete años; estaba en esa edad en que se es medio mujer y medio niña; su frescura y su gracia eran inmensas, negros sus ojos y sus cabellos, su rostro de un sonrosado encantador. En la helada noche del 24 de enero de 1867, el rey fué a caballo a Linderhof. Dejó fuera a Webber con los caballos y se acercó a la posada, pero viendo por las ventanas que estaba llena de aldeanos, se dirigió hacia una puerta que daba a la cocina. Desde fuera vió a Rosa y la llamó. La muchacha le entregó una carta. Era de Wagner, que pedía al rey que fuese a verle a Lucerna.

—No iréis, majestad—dijo Rosa;—los caminos están imposibles.

—¿Por qué te preocupas por mí?—dijo el rey al oírla.—Nadie lo ha hecho jamás hasta ahora.

—Es que yo os amo, señor—respondió la muchacha,—y nadie os ha amado como yo.

La joven hablaba con la sencilla inocencia de su edad, pero sus palabras emocionaron al rey, que cogiéndole las manos la miró profundamente a los ojos. Nadie le había amado antes, a no ser su pobre hermano Otton; jamás había conocido el cariño de una mujer. En su corazón hasta entonces frío nació la primavera del amor. Los dos jóvenes se alejaron entre los árboles, bajo la pálida luz de la luna de invierno. Y así empezaron los amores del rey Luis con Rosa de Linderhof, que desde entonces fué su compañera en las fantásticas cabalgatas por las selvas.

Pero el rey se había engañado; la impresión que le produjeron la belleza y la ingenuidad de Rosa fué pasajera, y mientras ella siguió amándole, él no tardó en olvidarla.

Un día fueron a visitarle a su castillo de Neuschwanstein, varios individuos de su familia y entre ellos estaba su prima la princesa Sofía, hermana de la emperatriz de Austria. La princesa era bellísima, esbelta, delicada, con los ojos azules de su familia y los cabellos de un rubio encendido. Su encuentro con Luis de Baviera fué como un trozo de novela amorosa, un caso de pasión fulminante. Los dos jóvenes se amaron, se amaron como jóvenes y como poetas. La pequeña corte reunida en el castillo tomó la cosa a risa; sólo la emperatriz de Austria era favorable a aquellos amores, en contra de los cuales estaban la reina madre y la influencia prusiana.

Todos los días se hablaba del mismo asunto en los grandes salones. Una noche, el príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, hablando de aquel idilio, dijo: "Esa boda no se celebrará jamás".

—¿Está seguro vuestra alteza? —preguntó el conde de Durkheim.

Federico Guillermo, exclamó riéndose:

—Apostaría diez florines.

El príncipe no se había fijado en que la puerta estaba abierta y en que el rey de Baviera, entrando con su novia del brazo, lo había oído todo. Luis lanzó al príncipe una mirada llena de odio, y acercándose a su madre con Sofía, la dijo:

—Madre mía, tengo el honor de participaros que he dado palabra de matrimonio a mi prima.

Pero los matrimonios entre reyes no se hacen tan fácilmente. Los dos jóvenes prometieron no separarse nunca, mas Bismark se oponía. Luis escribió de su propia mano una carta a todas las cortes de Europa, anunciando su matrimonio. Las cartas fueron interceptadas por sus ministros.

El rey les hizo dimitir, pero luego volvió a llamarlos a su residencia, y pálido, convulso, les dijo:

—Como veo que soy rey solamente de nombre, voy a abdicar. Quiero ser dueño de mí mismo.

La abdicación del rey por aquella causa habría ocasionado una revolución en el país. Además Bismark tenía necesidad de Baviera para la guerra que preparaba contra Francia. El gran político quería conservar al rey en su trono, y al mismo tiempo evitar su matrimonio con Sofía, el cual hubiera puesto a Baviera en manos de Austria. Se trató de convencer a la joven de los perjuicios que su amor traía sobre la cabeza de Luis; pero la princesa no entendía de argumentos. Entonces Bismark apeló a otro recurso. Envió a Rosa de Linderhof a Munich, al palacio de Sofía. Las dos jóvenes hablaron largo rato. ¿Qué se dijeron? Nadie lo sabe; pero desde aquel día Luis de Baviera no volvió a ver a la princesa amada.

Lleno de desesperación, Luis se entregó a las mil locuras que hicieron famoso su nombre. Construyó palacios propios de las "Mil y una noches", organizó con Wagner grandiosos espectáculos musicales, a los que asistía escondido en un palco, invisible para todos. Algunas noches, vestido de Lohengrin, con refulgente armadura de plata, cruzaba el lago de su castillo en una barca arrastrada por un cisne mecánico. En su tristeza, no quería ver ni a una sola mujer. En 1882, el rey cayó del caballo y se rompió una pierna. El accidente le obligó a renunciar a sus locas correrías. Luis se retiró al castillo de Neuschwanstein. Su popularidad había terminado, y en Berlín se adoptó la decisión de destituirle.

Una tarde se anunció a Luis que se acercaban al castillo tres carrozas con gente uniformada. El rey tuvo la intuición de que algo malo iba a suceder y mandó a Webber a preguntar qué querían de él. La respuesta fué que una comisión del gobierno, venía con el encargo de comprobar si el rey estaba loco. Tras unos momentos de vacilación, Luis dijo que podían pasar los visitantes, pero éstos no vieron al rey. Una vez dentro, leyeron a la servidumbre estupefacta una proclama, ya publicada en Munich, en la cual se declaraba a Luis loco y depuesto.

El rey mandó llamar a su antiguo amigo el conde de Durkheim y al juez del distrito. Durkhein le aconsejó pasar la frontera hasta que se pudiesen reunir sus amigos; pero Luis no quería abandonar su reino. Escribió una protesta, encargando al conde que la enviase a Munich. Pero el conde fué preso y los comisionados se apoderaron de la protesta del rey. El telégrafo estaba interrumpido. Luis supo bien pronto la verdad. Entonces envió secretamente un mensaje a Rosa de Linderhof, y se entregó sin más resistencia.

El doctor Golden, encargado de la vigilancia del rey, lo condujo al castillo de Berg, junto al lago de Stenberg. Allí la soledad del monarca era completa.

Un día, un criado deslizó una misteriosa carta en su mano. A la mañana siguiente, el rey paseaba por el parque con el doctor, seguido de dos guardias; como protestase de aquella enojosa vigilancia el anciano doctor hizo retirar a los soldados, y los dos hombres continuaron paseando solos hacia el lago. A las diez, se encontraron sus dos cuerpos flotando sobre el agua. La última tentativa del rey para reconquistar su libertad había sido vana. El reloj que conservaba en el bolsillo se había parado a las siete menos cuarto.

A las siete en punto, un bote había partido de la orilla opuesta al sitio donde estaban los cadáveres. La barca avanzó un poco, y una voz de mujer llamó repetidamente al rey. La mujer era Rosa de Linderhof.

Quince minutos habían bastado para desbaratar el plan concebido para la fuga del infortunado soberano. Se supone que el médico había entrado en sospechas y se había opuesto a la huída. El rey luchó con él, y ambos perecieron.

Rosa y Webber vivían hasta hace poco. Los ministros que destituyeron a Luis, murieron en el espacio de pocos meses. La princesa Sofía, más tarde duquesa de Alençon, pereció hace años, abrasada en el incendio del Bazar de la Caridad, en París.



PRIMAVERA

El último límite del invierno, cuando el primer temblor primaveral apenas riza el vago azul y es todavía invierno para los que no ven más allá de sus ojos, las flores del almendro apenas abiertas cantan la canción del artista joven, que teme ser adelantado. Dicen entonces las flores del almendro, dirigiéndose a la savia profunda: "¡Oh, savia nuestra, virtud nuestra del florecimiento, divino humor que por el tronco subes como por una copa; savia nuestra, más a prisa! Sube, y llénanos del todo ahora; cuando hay tantos cálices enrollados y tanta llama pequeñita; ábrenos ahora que todavía es invierno. Así después, ¡oh savia nuestra! cuando todo se llene de flores abiertas, cuando sea primavera por fin para todos, no parecerá que nosotros también hemos abierto nuestros cálices siguiendo el universal impulso que hace estallar las llamas henchidas, sino que parecerá, ¡oh savia nuestra!, que las demás, rosas, claveles, magnolias han imitado nuestra intención de florecer y el arte de nuestros pétalos que se desarrollan

CANSINOS ASSENS.



Mensajes rurales

Por JUAN MANUEL COTTA

I

¿Por qué no han de llegar nuestras observaciones a la gran capital como las palomas que buscan mejor abrigo en las altas cúpulas urbanas?

¿Por qué no hemos de decir alguna vez cómo se ven las cosas desde aquí, sea para alabarlas o darles también el mordisco de nuestro humilde parecer?

Existe un divorcio político, mental, cultural, sociológico, ideológico y, mirando hacia atrás, hasta histórico entre la vida fundamental de la campaña y la vida directriz de los grandes centros. A los de allá no les preocupa nuestra situación al respecto. Nosotros nos desenvolvemos como es posible, cuando no nos estancamos cual si nos hundiéramos hasta un remoto horizonte geológico.

Los políticos, los comerciantes y aún los intelectuales sólo bajan respectivamente a nuestros lugares en busca de algo: candidaturas o votos, para ganar posiciones, fuentes de riqueza o brazos para sus industrias, y material de estudio o aplausos para sus obras incipientes.

Después nos abandonan. Y el universo nos conoce a través de los grandes diarios por los robos y asaltos cuyas crónicas detalladas remiten los corresponsales, cuando no por la actuación social, cultural, etc.—problemática,—de sus amigos íntimos o de sus parientes queridos.

Yo no pienso realizar ninguna hazaña estupenda, pero echaré en estas cuartillas mis observaciones y algo más en forma menuda y periodística, toda vez que llegue el caso, abriendo así una nueva sección que alternaré con otras en esta importante revista.

II

Gloriolas prematuras

Si no nos hace equivocar nuestro vistazo rural, acostumbrado a divisar hasta a un chingolo en el lomo elevado de los cerros, opinamos que en muchos diarios y otras publicaciones de esa capital, la única preocupación del momento consiste en hacer dinero. Por ello, el arcaico afán de difundir la cultura, hacer justicia, impulsar el progreso, sostener una ideología o llevar una acción sociológica, política o religiosa, ha desaparecido o pasado a un plano de segundo orden. Lo que más visiblemente preocupa a esa prensa es la necesidad inmediata de captar la "novedad" o lo "novedoso", que no siempre es lo más sabio, lo más duradero ni lo más moral. Con esta sed de vulgar curiosidad, se trivializan espiritualmente los ambientes. Las personas saben muchas cosas menudas que no sirven más que para un rato de conversación. Se mantiene así un semillero deleznable de chismes, muchas ocasiones perjudiciales para la cultura social.

Un asalto, un choque, una fuga, un mal libro bien recomendado y otras cosas inconsistentes dentro del engranaje de las variadas actividades de un pueblo, son "novedades" que ofrecen asuntos "novedosos", que ni siquiera se comentan, salvo excepciones, para extraer una conclusión docente que se deslice como acción eficaz de educación sobre la masa popular. He ahí por qué se repiten los mismos casos de raptos, suicidios, robos de corte cinematográfico, etc. La noticia con los pormenores, es como una clase pedagógica incompleta donde sólo se ha vertido la exposición del asunto, faltándole el influjo directivo que, desechando lo inconveniente, orienta al auditorio hacia la aceptación o la práctica del bien.

Lo que denominamos "gloriolas prematuras", entra dentro del cuadro de lo novedoso, que interesa a la administración de los diarios más que a la opinión sana de la crítica o a la evolución mental del país.

Con una espontaneidad digna de la especie "hongos", suelen aparecer los "genios" literarios, sirgados por el consabido prólogo de nuestros primeros "astros", que así apoyan su decadencia en quienes no les superarán. Para realzar la fama de los novicios, son luego necesarios estos menesteres: linda carátula, gran vidriera y, desde un polo hasta el otro, bombo recíproco, retratos, reportajes y la firma con letra ilegible al pie de una zoncera literaria que todo el mundo considerará hermosa después del recio reclame. El editor y el librero hacen buenos pesos a raíz del "suceso". El "genieto" sólo gana su gloriola que poco a poco se le empaña o se le volatiliza hasta el olvido más bondadoso que podría irreverentemente acusarse de ingratitud.

Hay unos cuantos muchachos, así, que han dado su primer libro, y es tan pesado el lauro que les han anticipado, que se encuentran sin fuerzas para hacer cuajar la perla segunda del collar que ha de ceñirse la diva soñada de la inmortalidad. Muchos, por esto, se pierden en poses para las revistas, arreglos de la indumentaria y tantas otras defensas exteriores y propias de un mimetismo calcado en las frágiles "paradas" de un gato que pensara en la seguridad de su tapial, frente a la indiscutible envergadura del mastín—la crítica póstuma,—que no ha de dejarle hueso sano si lo encara de veras.

Yo y vosotros conocéis a los buenos, muy jóvenes algunos; muy viejos otros. Pero aún después de una honrada revisión de lo expresado antes, insistimos en repetir que la farsa abunda, que cierta prensa ha dejado de ejercer su crítica honrada, y que por eso, los "descubrimientos" que hoy realiza, la obligarán a mentir en una futura nota necrológica sin responsabilidad. Pero nada más. Porque nunca exhumará a los que levantó en vida, para evitar su ridículo y el de los que resultarían invisibles a la par de otros que pasaron desapercibidos en su existencia honrada para agitarse después de muertos por sus obras excelentes. ¡Es la vieja historia que nunca se dejará de repetir, pero que nadie se dignará aprender!

Los mediocres, pues, son los que con su mayoría gozan del bienestar terreno, porque se prestan para todo: hasta para figurar como "novedades" en las páginas mercantiles de ciertas publicaciones.

Tandil, 1925.

El soldado que llegó a rey

Cómo nació la dinastía que ha venido reinando en Suecia y Noruega

El abuelo de Oscar II, rey de Suecia y de Noruega, de los godos y de los wendos, el fundador de la dinastía Bernadotte, que venía reinando desde 1818 en esos dos países, era en su juventud un simple sargento del ejército francés. Llamábase Juan Bautista Julio Bernadotte, y había nacido en Pau el 26 de enero de 1764.

Juan Bernadotte, aunque hijo de un pacífico abogado, se sintió desde niño atraído por el brillo del uniforme y por el estruendo y los peligros del campo de batalla. Nació para soldado, y no contaba más que diez y siete años cuando sentó plaza en el regimiento de marina real. Sus primeros pasos en la carrera de las armas fueron lentos y difíciles; al cabo de ocho años, o sea en 1789, logró el grado de sargento. En cambio, sea por las circunstancias de la época o por cualquier otro motivo, desde aquel momento empezó a ascender con rapidez increíble. En 1792 era coronel; un año más tarde brigadier; en 1794 se encargó del mando de una división, y en 1797 pasó al ejército de operaciones en Italia y se apoderó de Trieste.

Después de brillantes hechos de armas, en 1799 se le nombró ministro de la guerra, y aunque perdió tan importante puesto por juzgársele demasiado demócrata, y tuvo que hacer una vida retraída, a poco recibió nuevas dignidades, siendo nombrado mariscal de Francia en 1804, y príncipe de Ponte Corvo dos años después. Durante el imperio, la carrera del antiguo general republicano no pudo ser más brillante, figurando con gloria en la batalla de Austerlitz y en el número de los vencedores del príncipe de Wurtemberg bajo los muros de Lubek.

Se ha dicho que Bernadotte era uno de los íntimos de Napoleón; pero si esto fué cierto, hay que confesar que la intimidad toma a veces aspectos muy singulares. Verdad que mientras fué compañero de armas o subordinado de Bonaparte, no le demostró Bernadotte enemistad alguna, y sin duda a los ojos del mundo debieron aparecer como muy cordiales las relaciones entre ambos, cuando se vió que el antiguo sargento contraía matrimonio con una cuñada de José Bonaparte; pero el mariscal tenía sus puntos de ambicioso, y con esto bastaba para que comprendiese y reprobase la ambición del emperador. El tiempo se encargó de demostrarlo.

Corría el año 1810, y los estados de Suecia y Noruega, unidos bajo el cetro de Carlos XIII, necesitaban un guerrero y un administrador. Al mismo tiempo se creía en la Escandinavia que nada tan necesario como el apoyo de Francia para defenderse del enemigo hereditario, Rusia. Ambas necesidades podían, al parecer, resolverse con el auxilio de un hombre, y este hombre era el príncipe de Ponte Corvo. Se le llamó a Suecia, se le proclamó príncipe real y heredero del trono, y el rey le consideró como su hijo adoptivo.

Pero los escandinavos no anduvieron tan acertados como suponían. El guerrero y el administrador los encontraron; pero el hombre que había de unirlos con Francia, no. Bernadotte, que aunque aún no era rey de derecho en Suecia, lo era de hecho, aprovechó su posición para declararse públicamente enemigo de Napoleón, y hasta concibió la idea de que algún día podría sustituirle en las Tullerías. Este pensamiento, justo es decirlo, no era exclusivamente suyo. Alejandro de Rusia le dijo a los dos años de su entrada en Suecia: "Podéis tener la seguridad de que vería con gusto los destinos de Francia en vuestras manos".

Precisamente entonces, en agosto de 1812, Suecia se aliaba con Rusia contra Napoleón. Las cosas salían precisamente al revés de como esperaba la Escandinavia.

Entre tanto, los Borbones empezaban a preocuparse de Bernadotte y le enviaban emisarios (tres nada menos, uno tras otro) para sondear sus intenciones. El príncipe afectó no cuidarse mucho de las pretensiones de los realistas, y continuó en su propósito de aspirar al trono que éstos deseaban recobrar. Para no crearse antipatías en Francia se abstuvo en lo posible de tomar una parte demasiado activa en la campaña que contra Bonaparte sostenían los ejércitos aliados, con los que Suecia se veía ligada por su nueva amistad con Rusia.

Pero los generales aliados comprendieron el porqué de aquel singular proceder, y se las arreglaron de tal manera, que Bernadotte no tuvo más remedio que pelear, y entonces, eso sí, peleó con honra para sí y para la nación que le había nombrado príncipe heredero. Primero derrotó a Oudinot en Grossbeeren; después a Ney en Dennewitz, y por fin al mismo Napoleón en Leipzig. Las felicitaciones llovieron sobre el príncipe; el zar le llamó "salvador de Francia" y mediador entre esta nación y el resto de Europa", y el héroe creyó llegado el momento de su entrada triunfal en París, sin que ocultase a nadie sus esperanzas.

Esto último fué lo que le perdió en aquella ocasión. Las demás naciones, en cuanto conocieron claramente sus propósitos, se negaron a secundarle en ellos, y el 15 de abril de 1814, cuando el emperador de Austria entró en París, Bernadotte tuvo que contentarse con figurar detrás de los jefes de la coalición, siendo acaso el peor recibido de todos ellos.

Cuatro años más tarde, al morir el rey Carlos XIII, el ex mariscal francés subió al trono de Suecia bajo el nombre de Carlos Juan XIV. Su reinado, que duró veinticinco años, fué tan próspero como pacífico; con él se consolidó la unión de Suecia y Noruega, hoy a punto de romperse, y ambos países progresaron en todos los sentidos.

El que desde simple soldado había llegado a rey, dejó en Francia una reputación menos que mediana; Suecia, en cambio, lo recordará siempre como un gran rey.

Un detalle. Según sus biógrafos, Carlos XIII de Suecia no aprendió jamás las lenguas escandinavas.



La música de Mozart

I

Música sin velos
tres veces desnuda,
agua clara y fresca,
sombra fresca y pura;
poesía perfecta
sin palabras. Música
jugosa de gracia
cual dorada fruta
honda, leve, suave,
fina, alada, pura...
Mañanita clara
que lava mis dudas;
rayito de sol
que aclara mi pluma.
Música sin velos
pura... pura... pura...

II

Mañanita clara
jugosa de trinos,
sabes a manzana,
hueles a tomillo;
danzan de alegría
mis cinco sentidos
vestidos de fiesta
y en dulce equilibrio
mi cuerpo y mi alma
se hallan unidos.
Bajo tus dulzuras
soy un pajarito:
no deseo... y gozo,
no sueño... y sonrío:
mi espíritu es carne,
mi carne es espíritu.

Mañanita hembra
con olor a nido
yo te poseí
con todo mi espíritu.

Mayorino Ferraria



Elogio del Maestro

Quisiera ser como la lluvia—decía Octavio de Romeu.—Quisiera ser bueno, aburrido, nutritivo, fecundo, deseado, molesto, generoso, incansable... como la lluvia.

Quisiera ser siempre escuchado "como quien oye llover". Pero penetrar, empapar y darme así a la fertilidad de cualquier rincón donde hubiese caído una semilla.

Quisiera poder decir: "Dios siembra. Yo lluevo."

En esto se cifra la oración de todo maestro: "¡Señor, déjame llover donde Tú has sembrado!"

Otto Weininger, el genial y roto—probablemente el único alemán después de Nietzsche que ha representado a su familia,—decía que el pecado de las estrellas es la vanidad. Por vanas se individualizan. En castigo las vemos—nunca mejor que en las noches serenas de la canícula—desprenderse del cielo y caer.

Si el pecado de las estrellas es la vanidad, veamos en la humildad la virtud característica de la lluvia. La caída no es ya aquí castigo, sino vocación. La gota de agua de la lluvia ansía desindividualizarse, sumarse, penetrar. Ser humedad en la tierra, vena en el arroyo.

No sin razón en el lenguaje de la frivolidad y del reclamo se llaman "estrellas" al tenor y a la tiple, a la bailarina y al galán de la pantalla. A quienes hacen lo que las gotas de agua de la lluvia no debe dárseles título: de ellos se habla mucho menos.

Orador: estrella. Maestro: gota de lluvia.

Pero ved. La gota de la lluvia de hoy es mañana el grano de trigo. La humildad ha sido recompensada. Quien cayó, sube. Quien se aniquilaba, se individualiza de nuevo y contornea. Quien se daba, se recobra. Quien consintió en morir, renacerá.

Gota, humedad, tallo, grano. De la forma a la forma, pasando por lo informe. De ser una a ser uno, pasando por no ser nadie.

Cae, húndete, penetra, maestro. Tú sobrevivirás.

¿Dónde van las estrellas que caen? ¿Dónde van los oradores que pasan? Tú, maestro, gota de lluvia, irás al tallo y al grano. Irás a la resurrección.

Y a su vez el trigo será harina. Y la gota de agua que ha renacido en grano, sufrirá una segunda muerte.

Pero luego la harina se volverá pan. Siempre forma. Quizá Sagrada Forma.

Y luego el pan será comido. Y perderá forma otra vez. Será asimilado, *aprovechado*. Se volverá carne y sangre.

Y por fin de la sangre nacerá una forma nueva, nacerá el pensamiento... ¿Qué es un pensamiento a los ojos de Dios? Una gota de agua que ha seguido su curso.

Humilde maestro de una aldea lejana. ¿Quién reconocería en la gloria de este pensamiento genial que ha iluminado el mundo la humilde gotita de lluvia que fuiste tú?

Cae. Húndete. Niégate. Muere. No temas.

Es un dolor. Parece que cada día hay más estrellas y menos gotas de lluvia.

No llueve. La tierra está sedienta. No puede consolarla en las noches el espectáculo de tantas y tantas estrellas fugaces.

El pueblo debiera salir con rogativas. ¡Dame agua, Inteligencia mundial; dame agua que me voy a secar!

Eugenio D'ORS.

La industria del opio

Su historia. — El opio, útil e inofensivo. — Cómo se obtiene

El opio nos ofrece el más evidente ejemplo de cómo un elemento benéfico y eficacísimo puede transformarse en una fuerza destructora de la más espantosa naturaleza. El opio, en efecto, que conduce a la tumba o a la estupidez a millares de fumadores, es rico en propiedades medicinales, aun sin tener en cuenta las de sus derivados la morfina, la apomorfina y la codeína. Más aún, está demostrado que el fumar opio, cuando se fuma con moderación y el fumador es hombre sano y robusto, no produce perturbaciones más sensibles que el uso del tabaco. Las víctimas de la famosa droga están en las clases pobres de China y de la Península Malaya, que por insuficiencia en su alimentación carecen de la robustez necesaria para resistir sus efectos.

Desde los primeros tiempos de la civilización árabe, el Oriente culto conoció la adormidera y el empleo de su jugo para ciertas prácticas medicinales. En esta forma se hizo sin duda uso del opio por vez primera. Teofrasto, que le daba el nombre de "meconio", ya escribió acerca de él, lo mismo que Dioscórides. En el siglo XII, sólo se producía el opio en el Asia Menor, desde donde era distribuído por todo el mundo. En la siguiente centuria, los chinos llevaron la adormidera a su país y empezaron a extraer el opio, pero sin darle otra aplicación que la puramente terapéutica. Más tarde, sin embargo, se extendió en aquel imperio la costumbre de fumarlo, y el opio alcanzó un valor comercial de primer orden. Se sabe, en efecto, que en 1557 existía ya en la India un monopolio del opio, en manos de la Compañía de las Indias Orientales. La industria fué creciendo en importancia de año en año; la cosecha, que en 1776 daba un millar de paquetes de la droga, en 1790 dió cinco mil paquetes. Hacia esta época, el emperador chino Kea King, comprendiendo los terribles efectos que el opio producía en su pueblo, prohibió la importación en el imperio; los chinos sorprendidos en el acto de fumarlo eran castigados con ciertos tormentos, mas no dando resultado este sistema, se sustituyó esta pena por la de destierro, y en ciertos casos por la de muerte. A pesar de todo, en 1825 introdujo Inglaterra en la China 17.000 cajas de opio, y el gobierno chino adoptó el procedimiento de cerrar sus puertas a los buques ingleses en cuyo cargamento se encontraba opio, destruyendo en poco tiempo treinta mil paquetes de la droga en cuestión. Tan enérgica medida dió origen a una de las guerras más injustas que ha presenciado el pasado siglo, guerra que terminó en 1842 con el tratado de Nankín.

Para dar idea de la importancia que en nuestros días ha alcanzado esta industria, bastará decir que sólo en Macedonia se producen cerca de 10.000 kilos de opio al año, que de Bengala, donde esta substancia es un monopolio del gobierno, salen unos cien mil paquetes, y que el que produce Egipto supone un valor de 20.000 pesos anuales. Donde la industria está más adelantada, es en Bengala, especialmente en Patna, a orillas del Ganges.

Los campos para el cultivo de la adormidera, en la India, están generalmente próximos a las aldeas, con el fin de que la mano de obra resulte más económica en la época de la recolección. La siembra tiene lugar en noviembre; florece la planta hacia fines de enero, o a lo más en los primeros días de febrero, y después de tres o cuatro semanas las cabezas de las adormideras son tan gruesas como huevos de gallina, y están en sazón para la extracción del opio. Antes, sin embargo, se recogen los pétalos caídos de las flores, que después se secan al fuego y se conservan en panes para servir como de envoltura al opio en las últimas fases de la elaboración.

A renglón seguido los cultivadores practican en las cabezas de las adormideras ligeras incisiones, que no llegan a la cavidad, con un instrumento especial llamado "nushtur". Al amanecer el día siguiente, estas incisiones aparecen cubiertas por un jugo lechoso que se recoge en una vasija especial, denominada "kurrace", donde se deja reposar durante un par de semanas, en tanto que llega el catador que contrata y pesa la droga. Cada "kurrace" puede contener hasta veinticinco kilos de aquella substancia, y en cada fábrica se suele disponer de un centenar de dichas vasijas.

El jugo citado es el opio propiamente dicho. Después de escrupulosamente examinado, se transportan las vasijas que lo contienen a una gran sala donde hay grandes cisternas de piedra, cada una de las cuales puede contener unos 50.000 kilos de opio. Allí se echa el contenido de las vasijas, las cuales son después rotas y cuidadosamente raspado el interior de sus paredes para que no se pierda ni una sola gota. En el momento de ir a pesar el opio, vuelve a sacarse de estas cisternas y, colocado en otras vasijas, es conducido a la oficina del peso. Después, tórnase al depósito, donde los operarios lo mezclan y remueven durante largo tiempo, permaneciendo largas horas con los pies desnudos dentro de aquella masa viscosa. Tras esta operación se deja reposar el opio, y luego se divide en paquetes para la exportación.

La preparación de estos paquetes es muy curiosa. El empaquetador trabaja sentado, teniendo delante un recipiente lleno de opio y unos cuantos panes de pétalos secos de adormidera. Con estos pétalos, forma una capa circular; sobre ella extiende cierta cantidad de opio, en seguida pone una segunda capa de pétalos, y así continúa por capas alternas hasta obtener una especie de torta compacta, bastante gruesa, que finalmente se espolvorea con un polvito obtenido de las hojas de la adormidera secas y molidas. Estas tortas se almacenan durante seis meses, para que se sequen y maduren y luego, empaquetadas en cajas de madera, son enviadas a Calcuta y puestas a la venta, o bien se remiten a los países donde más arraigado está el hábito de fumar opio.

P I T U S O

Eran todos ellos estudiantes de medicina. Distribuíanse en grupos a lo largo del andén durante aquella mañana de enero. Comentaban a voces. Muchos golpeaban el suelo con los pies. Miraban algunos el reloj oficial, acaso asombrados del madrugón insólito o calculando tal vez el frío que sufrirían por añadidura si el tren llegase después de la hora tan deseada.

¿Quién podía faltar al acontecimiento? Volvía a su patria, a su cátedra, tras breves días de ausencia, el maestro de todos, el doctor Nel, aquel gigante broncíneo cuyo retrato publicaban los periódicos de París entre pródigos elogios y rendimientos incondicionales a su genialidad de operador.

El deseo de los iniciadores se había cumplido, y allí estaban todos los alumnos del gran hombre. Pretendióse en un principio otro homenaje: esperar al maestro victorioso en las puertas mismas de la nación cuyo nombre acababa de enaltecer ante el mundo médico. Mas surgieron dificultades al designar la comisión receptora y desistióse del proyecto. Luego discutiéronse otros, y a la postre se acordó el que ahora estaba comenzando.

Después de todo, lo importante era patentizar la adhesión de los discípulos, que harto se destacaría junto a la frialdad de los compañeros envidiosos. Ni uno solo de estos hallábase en la estación para abrazar al doctor Nel. Parecían querer coronar así el calvario a que le habían sometido con sus dificultades, sus murmuraciones y sus recelos. El esfuerzo de aquella vida tan diáfana, tan generosa y tan tenaz les avergonzaba como una acusación o les repudría en su insignificancia. Y a pesar de eso erguíase el coloso con los laureles ceñidos por manos más comprensivas y menos ingratas que las de su país.

Cortáronse las conversaciones y quedaron, alineados los estudiantes al borde de la vía. Irrumpía ya el tren, resonaba ya su estrépito bajo la marquesina.

Allí estaba el maestro. Bajaba del coche ligero, resuelto, ágil, a pesar de su humanidad. Al ver a los estudiantes abandonó el maletín para mejor abrazarlos uno a uno. Traía en su cara la sencilla expresión de siempre. Ni en ella ni en detalle alguno del porte o del indumento había vanidad. Reía el recién llegado como un chiquillo exuberante de contento, que acaba contagiando su alegría a cuantos lo contemplan.

A la salida del edificio, frente a la ancha plaza, paróse el doctor Nel y empezó a contestar sin orden, a saltos, a sus discípulos.

—No; a mí no me acompaña nadie. ¡Gracias! Esta tarde, a las tres, en clase. Tenemos mucho que hablar Sí, satisfechísimo. Sobre todo, anteayer, por la mañana cuando operé a un zagalón rubio, hijo de un carnicero. Ya verán ustedes. Es exactamente el mismo caso de nuestro *Pituso*. ¡Oh! *Pituso* me ha proporcionado el triunfo definitivo. Bueno, ¿y cómo está el niño?

Ahora el profesor hablaba para todos, no se dirigía a nadie concretamente. Pero al observar el silencio que seguía a su pregunta miró a Roder, el interno, y lo interrogó:

—*Pituso*, ¿cómo está *Pituso*?

Roder iba a responderle de prisa, de carretilla, como quien anhela trasponer un apuro para respirar a sus anchas:

—Pues *Pituso*, maestro...

No le salía la noticia y se detuvo.

—¿Qué?—exigió el doctor con apremio.

—*Pituso*... murió anteayer por la mañana.

Hubo como un encogimiento colectivo, una pausa, más que de expectación o de pena, de temor

¿Qué iba a hacer aquel hombre?

El profesor Nel alzó la cabeza y quedóse mirando fijamente el espacio. Sus discípulos lo observaban callados. Al fin habló con voz insegura, en cuya fuente luchaban la emoción y el dominio de los nervios.

—No; no vayan ustedes esta tarde a la Facultad. No sabría decirles nada de nada.

Dos lagrimones inundaron el semblante del maestro, que ya no se cuidaba de disimular. Convulso todo él, incierto el paso, abrióse camino entre los estudiantes mientras añadía:

—De cual... quier modo, hoy ya no... se quedan ustedes sin... recibir su lección.

Abraham POLANCO.

El inventor de los guantes de box

Hay serias razones para creer que John Broughton, campeón de Inglaterra, púgil famoso, inventor del "box" con guantes y primer legislador de los "matchs", está sepultado en la Abadía de Westminster. No dentro de las naves, con los hombres de Estado, con los guerreros famosos, los poetas y los ilustres artistas, sino en el claustro. Es verdad que en el camposanto de la iglesia de Lambeth hay otra tumba que también se atribuye al célebre púgil; pero parece mucho más probable que la tumba auténtica es la de Westminster. John Broughton reposa allí, junto con la esposa, muerta cinco años antes que él; y el epitafio es doble: "Aquí yace el cuerpo de la señora Isabel Broughton, esposa del señor John Broughton, muerta el 7 de septiembre de 1784, a la edad de 59 años". Hay un breve espacio en blanco y después se lee: "Señor John Broughton. Muerto el 18 de enero de 1789, a la edad de 86 años". Entre este último nombre y la noticia del día de la muerte, hay una línea en blanco que estaba destinada a estas palabras: "Campeón de Inglaterra". Pero el deán de la Abadía se opuso. Le parecieron palabras no sagradas. Sin embargo, Broughton está sepultado en la Abadía, no como púgil, sino como "yeoman of the Guard", puesto que el duque de Cumberland le había proporcionado un puesto de alabardero de la guardia, cuando batido y casi cegado por Slack, un formidable carnicero de Norwich, tuvo que retirarse del "ring". Broughton nació en 1703 ó 1704, era barquero antes de hacerse púgil y fundador de un "ring" en Oxford Steet, que se inauguró el 10 de marzo de 1743. Eran modestos los púgiles de entonces. Nadie pagaba más de un chelín por el billete de entrada.

Cuentos de la Apacheta — EL HUANCO

Por Mario R. Peláez

Cantando, cantando subieron la Kala-apacheta el Choquetarke y su hijo el Huanco. Delante de ellos los burritos bermejos con el chuño en el lomo, resbalando se agarraban a las puntas de las rocas.

Todos los años hacían lo mismo. Cuando llegaba agosto comenzaban a silbar las piseeas en los sembrados, las hojas se quemaban y había que cosechar. Entonces se reunían todos y sacaban la papa de la tierra. Para hacer tunta la echaban a los ríos y para hacer chuño la tendían en las cumbres de los cerros. La helada la hacía negra, chiquita y dura.

El Choquetarke y el Huanco llevaban su chuño a Oruro para venderlo; así también hacían todos los años.

Sobre la cordillera la apacheta sembraba tristezas. Los burritos bermejos tanto caminar por allí sabían que era un descanso.

El Choquetarke y su hijo se sentaron a acullicar de la chuspa del viejo. La llijta sonaba entre sus dientes como si mascaran piedras.

—¿De qué color ha dicho tu madre el rebozo?

—Verde, pues. Verde no más siempre usa.

Los picos nevados de la cordillera hacían agujeros en las nubes. Abajo, el Papel-pampa, parecía un gran plano trazado con regla y compás. El viento arrastraba la camanchaca por la falda de los cerros.

—¿Cuánto nos pagarán, tata, por el chuño?

—Trece pesos, pues. Trece siempre nos pagaban.

Acabaron de masticar la coca y tiraron el desperdicio contra las rocas. Había comenzado a llover despacio, menudito.

Se levantó el Choquetarke, tomó una piedra del camino y después de besarla la puso en un enorme montón en el centro de la apacheta. Así también hacían todos los años. Era la ofrenda al Dios de las montañas para que bendijera su viaje y sus negocios y pudieran volver a sus hogares. Achachila, el dios de la montaña, era malo. ¡Cuántos que no pusieron la piedra en el montón en ofrenda al Dios, no habían regresado nunca! A unos se los llevaban los ríos, a otros los mataba un rayo, los demás, al borde de los barrancos, en las encrucijadas de las vertientes, morían con una enfermedad desconocida. Nadie se burlaba del Achachila.

—¡Choy, Huanco, poné tu piedra y vamos!

Trotando bajaba el aguacero por la cordillera. Los burritos bermejos ya estaban bajando la apacheta resbalando, resbalando.

—Vamos no más, tata, yo no voy a poner.

—¿Entonces no quieres regresar?

—Sí, tata, voy a regresar no más. Acaso hay que poner siempre.

Callados bajaron la pendiente que la lluvia había enjabonado. En los cerros las perdices silbando se hablaban de un lado a otro.

—¿Choy, Huanco, oyes? Las perdices están silbando. Andá no más a poner tu piedra, si no el Achachila te va a castigar.

—No, tata, así no más que sea...

Cuando los burritos bermejos llegaron abajo, el Papel-pampa era un espejo. Una cortina de agua tapaba los refucilos de la apacheta.

Al día siguiente tempranito salieron de Oruro donde habían vendido el chuño y habían comprado el rebozo. Los burritos bermejos alivianada la carga, mostraban el lomo desnudo al sol.

—¿Ves, tata, no me ha sucedido nada?

—Callate no más, Huanco. ¿Acaso ya hemos llegado?.

—Que me puede suceder, pues, en el camino. Tantas veces que hemos andado ya.

—Callate no más. Mejor es que estés así...

Cuando ya salían de la ciudad el Choquetarke divisó una cantidad de soldados y sin saber por qué, les tuvo miedo.

—Apurate, Huanco, los soldados están viniendo.

Sobre la línea del ferrocarril los detuvieron.

—¿Dónde van?

—A la finca, tatai—habló el viejo.

—¿Y quién es este?

—Mi hijo, tatai.

—¿Cuántos años tiene?

La respuesta quiso esconderse entre los dientes antes de salir.

—Diez y siete años, tatai.

Las caras se contrajeron en una risa de malvado.

—¡Ah! Entonces al cuartel.

En vano el Choquetarke imploró, lloró. Todo fué inútil. Se lo llevaron al Huanco. Miró las líneas del ferrocarril que como sus vidas, ya no se volverían a juntar nunca. Los burritos bermejos como un solo punto mostraban al sol sus lomos desnudos.

Atravesó solito el Papel-pampa y llegó a la Apacheta. En el montón de piedras el vacío del Huanco reía como una boca. Los burritos bermejos ya no se detuvieron. Iban alegres al corral conocido.

Cuando llegó el Choquetarke a su rancho, llorando, llorando le contó a su mujer todo.

—Así no más tenía que ser. No quiso poner su piedra en la apacheta. El Achachila lo ha castigado.

Y los dos viejos ensombrecieron su vida con el luto, por aquel hijo atrevido que no quiso dar su tributo al Achachila.

El perro y el frasquito

Acércate mi bueno y hermoso perro, mi querido falderillo, acércate y ven a oler un excelente perfume comprado en casa del mejor perfumista de la ciudad.

Y el perro se acerca, meneando la cola, lo cual es, según creo, entre esos pobres seres, el signo que corresponde a la risa y a la sonrisa del hombre, y coloca su nariz húmeda sobre el frasquito destapado, y en seguida retrocede súbitamente aterrado y empieza a ladrarme a modo de reproche.

"¡Ah, miserable perro! Si te hubiese ofrecido un montón de excremento, le habrías olfateado con delicia y puede que engullido.

Lo cual, indigno compañero de mi triste vida, hace que te parezcas al público, a quien no hay que presentar nunca perfumes delicados, que le exasperan, sino inmundicias cuidadosamente escogidas".

Carlos BAUDELAIRE.



Apoteosis

El día en que las rosas de la Ausencia
se inclinen, gemebundas, a mi paso,
habrá un desgarramiento en sus recuerdos
y un temblor en sus labios.
Y en los tenues albores que circundan
a la extinta esperanza a que me abrazo,
su imagen fugitiva será un verso
melancólicamente sonrosado...

Deslumbrante de luz y de corolas
en su joyante góndola de sándalo,
se alejará como una Cenicienta
desconsolada y muda y en el lago
ritmará la agonía de los cisnes
una marcha nupcial, bajo los astros!...

Yo la veré partir, y para siempre,
desde la orilla donde ancló su nao
y frío, como el índice de piedra
con que el Destino rubricó su fallo,
seré en la hora un signo interrogante
tendido a flor del torbellino humano,
con los ojos abiertos hacia el Cielo
y los puños cerrados!...

Miguel de ARZUBIAGA.



La heroína francesa del Hacha

Juana Hachette y su fiesta

El año 472, cuando Carlos "el Temerario" se sublevó contra Luis XI, una de las primeras poblaciones de que quiso apoderarse fué Beauvais. Los habitantes de la ciudad, fieles a su monarca, hicieron una heroica resistencia, en la que tomaron parte hasta las mujeres y los niños. Sin embargo, los insurgentes llevaban la de ganar, y uno de los oficiales de Carlos "el Temerario" había conseguido plantar el pabellón de los duques de Borgoña en la muralla, cuando una joven, Juana Laisne, armada de una pequeña hacha de cocina se lanzó sobre el estandarte, lo arrancó con sus propias manos y a renglón seguido, de un tremendo hachazo, dejó en el sitio al abanderado.

La desmoralización de las tropas asaltante al ver abatido su pabellón fué completa. Las tropas de Carlos se retiraron, renunciando a invadir la parte septentrional de Francia, y pocos días después Luis XI entraba en la ciudad en medio de las aclamaciones de sus heroicos defensores. El estandarte cogido fué llevado a la capilla de Santa Angadrema, patrona de la ciudad, por la misma Juana, a quien desde entonces conoció todo el mundo con el sobrenombre de "Hachette" o Hachita.

Luis XI supo recompensar aquella acción heroica, no con inútiles cintajos y medallas, sino declarando a la ciudad de Beauvais exenta de ciertos tributos, dotando a Juana para que pudiese casarse y concediendo a ella y a su marido el privilegio de no tener que pagar derecho de puertas, tributos ni contribución de ninguna clase, fuese cualquiera la ocupación a que se dedicasen y el punto de Francia donde se establecieran. Además ordenó el rey que todos los años se celebrase la fiesta de Santa Angadrema con una solemne procesión, en la cual las mujeres de la ciudad tenían derecho a ir delante de los hombres, inmediatamente detrás del clero.

En efecto, desde entonces celebra Beauvais esta solemnidad. En 851 la ciudad levantó una estatua a su heroína, y la plaza en que se encuentra es teatro de la parte más importante de esta fiesta. Al acercarse el solemne día la plaza se convierte en una verdadera feria; colócanse en ella asientos para el público y se levanta una tribuna para las autoridades. La tarde del día 25 llegan a la plaza algunas piezas de artillería, con las que se hacen salvas para anunciar que la "fête de l'asaut" ha comenzado. A la mañana siguiente la ciudad entera aparece engalanada con colgaduras y gallardetes; vuelven a dispararse los cañones y el pueblo se entrega a toda clase de regocijos.

Pero la verdadera solemnidad no comienza hasta las tres de la tarde, hora en que la procesión establecida por Luis XI sale de la catedral en dirección al monumento de Juana Hachette. Gran número de jóvenes vestidas de blanco figuran en la comitiva; en ella va también el relicario de Santa Angadrema, llevado a hombros por cuatro mujeres coronadas de flores, y detrás marchan cincuenta o sesenta niñas, vestidas igualmente de blanco, escoltando el estandarte borgoñón, trofeo cogido por la heroína. Hasta hace cosa de cuarenta años se sacaba en la procesión el pabellón auténtico de Carlos "el Temerario", de seda blanca sembrada de grandes florones; pero el temor de que cualquier accidente estropease la reliquia fué causa de que se hiciese una reproducción, que es la que hoy se emplea en esta solemnidad, y que por cierto está ya tan descolorida como el original.

Al llegar la procesión a la plaza todos los que en ella figuran se sitúan alrededor de la estatua, que en un momento queda cubierta de flores y coronas de laurel. Las jóvenes vestidas de blanco se acercan entre tanto a uno de los cañones, y entonces empieza la parte más característica de la ceremonia. La tradición exige que en este día se disparen cien cañonazos en honor de Juana Hachette y que los disparos sean hechos precisamente por manos femeninas. Una por una, en riguroso turno, aquellas muchachas, a quienes su blanco atavío da el aspecto de antiguas vestales, van acercándose al cañón y haciendo fuego.

La fiesta no termina con esto, sino que dura toda una semana, durante la cual se celebran conciertos al aire libre, exposiciones de ganados, carreras de bicicletas, concursos gimnásticos y otras diversiones por el estilo.

En los trenes del Canadá se alquilan diccionarios para uso de los viajeros que se entretienen en resolver juegos de ingenio durante el viaje.

* * *

En agradecimiento por la "galantería que siempre había tenido con ella", un vendedor de una tienda de Londres ha recibido, últimamente, un legado de 89 libras esterlinas de una cliente fallecida hace pocos meses, y a la que atendía en sus compras.

* * *

"Las modas modernas de los descotes, polleras cortas y géneros delgados están proporcionando a las mujeres grandes condiciones para resistirse a las enfermedades". Así afirma, por lo menos, un médico norteamericano. Los hombres, por el contrario, demuestran tendencia a abrigarse cada vez más.

* * *

Las ardillas grises se han hecho tan numerosas en Richmond Park, que anualmente se da muerte a unas 400. Fueron importadas de América y han desalojado, casi, de los parques de Londres a las británicas ardillas rojas.

* * *

Los chimpancés demuestran una admirable inteligencia. Se citan casos en que esos simios han colocado cuatro cajones vacíos, uno sobre otro, para poder de ese modo alcanzar un objeto que deseaban. En otra ocasión un chimpancé unió un palo con otro para atraer una golosina que le habían arrojado y que cayó fuera de su jaula.

* * *

De cada diez personas, nueve oyen mejor con el oído derecho que con el izquierdo.



Buenos Aires tributó un caluroso recibimiento al príncipe de Gales



El crucero británico "Curlew", a cuyo bordo hizo el príncipe de Gales la travesía desde Montevideo a Buenos Aires. La nave enfilando el canal norte, seguida de los cruceros argentinos que le dieron escolta.



Saludando la insignia del príncipe desde el crucero acorazado "San Martín", nave capitana de la división argentina, que rindió honores al ilustre viajero.



El comandante y parte de la tripulación del "San Martín", saludando el paso del "Curlew".



El heredero de la corona británica, en momentos de desembarcar en la dársena norte.



El príncipe de Gales, acompañado del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, se dirige a la casa de gobierno, poco después de pisar tierra argentina.





El crucero "Curlew", atracando a la dársena norte, visto desde un aeroplano.



El presidente de la República y el príncipe de Gales, al pasar frente al Plaza Hotel, con dirección a la casa de gobierno.



Un detalle del público estacionado en la calle Florida, a la espera del paso de la comitiva oficial.



El ilustre huésped acompañado del doctor Alvear, saluda, desde un balcón de la casa de gobierno, al numeroso público que le ovaciona desde la plaza de Mayo.



Fotografía tomada desde un aeroplano en momentos en que la comitiva oficial llegaba a la Casa Rosada — En la vista se advierte el edificio completo del palacio de gobierno, un ángulo de la plaza de Mayo y parte del Banco de la Nación.



Un aspecto de la enorme muchedumbre congregada frente a la casa de gobierno, que aclamó la presencia del príncipe en uno de los balcones del edificio.





El príncipe y la comitiva oficial, al desfilar por frente a la catedral, con dirección a su alojamiento del palacio de Ortiz Basualdo.



El príncipe, el presidente de la República y el ministro de Guerra, general Justo, en uno de los balcones de la residencia part'cular de su alteza.



El público aglomerado a bordo de los vapores surtos en el Riachuelo, presenciando el paso del yate presidencial "Adhara", a cuyo bordo realizó el príncipe una visita al Mercado Central de Frutos y al frigorífico "La Negra".



El presidente de la República y el príncipe de Gales, recibiendo la bienvenida del intendente municipal de Avellaneda, señor Alberto Barceló, durante la visita al Mercado Central de Frutos.



El distinguido huésped y la comitiva oficial, en el frigorífico "La Negra", cuyas instalaciones inspeccionara.



El príncipe y el primer magistrado, en su visita a la Escuela Industrial de la Nación, acompañados por el personal directivo del instituto.





El príncipe de Gales, durante su visita al palacio del Congreso, donde fué recibido por el vicepresidente de la República, doctor Elpidio Gonzáles, un núcleo de legisladores y varias damas de nuestra sociedad.





Grupos de damas que esperaron la visita del príncipe, en el palacio del Congreso.





Dos aspectos de la iluminación en la plaza de Mayo y sus adyacencias, en los que aparecen el edificio de la intendencia municipal, la catedral, la pirámide de Mayo el Cabildo viejo y parte del Nuevo Banco Italiano. — Al fondo: la Avenida de Mayo

Fots. Márquez y Otero



ALREDEDOR DEL MUNDO



Protegiendo a los niños. — En el campamento del Ejército de Salvación, cerca de Butter, Nueva Jersey, donde se les da a los niños en tratamiento tres comidas importantes, leche a discreción, baños y descanso, dos veces por día, con cuyo régimen aumentan de peso en forma considerable.



Una nueva generación de estrellas de la natación. — Elena Adams, de 9 años; Rita Beretrón, de 11; Elena Winters, de 12; Francisca Meauy, de 12; Mapino Bracker, de 12; Irene Wallin, de 13; Viola King, de 13 y Lira Luidstron, de 12, que tomaron parte en un concurso realizado en Long Beack.



El primer chukker, por la copa Independencia, disputada en el campo de polo del Rockaway Hunting Club, entre el Rockaway Riders y el Green River Four, resultando vencedores los primeros.



La bailarina española Trini, actualmente en Nueva York, como apareció, para recoger la llave del toril, en la corrida de toros a beneficio de la Asociación de la Prensa, realizada en Sevilla



Elena Wainwright (en el centro), y sus discípulas, en Wentworth-by-the Lea, Newcastle, donde aprenden la natación.

Ceferino Carnacini, uno de nuestros mejores paisajistas, inauguró una exposición de sus obras en elsalón Witcomb



"Bajo el algarrobo".



Ceferino Carnacini



"La nevada del 18"



"Camino a la sierra".



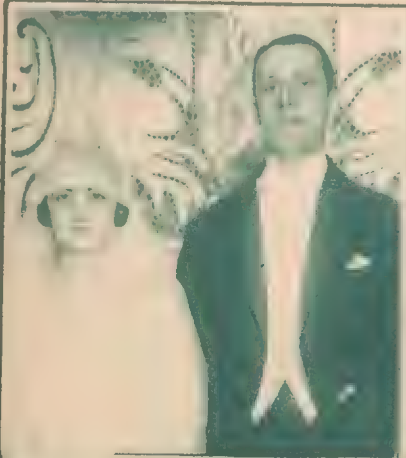
"Rancho serrano".



"Preparando la tierra".



SOCIALES


CAPITAL FEDERAL. — La señorita Celia Lucrecia Petralli y el señor Carlos Rabuffetti, después de su enlace.


La señorita Guillermina Rojas Smith y el señor Jorge Allende Iriarte, recientemente desposados.


Enlace de la señorita Cecilia Lecumberry con el señor Domingo Badillos.


Señorita Angela Mastronardi y señor Felipe Motta, últimamente desposados.


ROSARIO. — La señorita María Mazzuchelli y el ingeniero Carlos Isella, después de la bendición de su enlace.


LOMAS DE ZAMORA. — Enlace Demaestri-Caló. Los novios después de la ceremonia nupcial.


VILLA BALLESTER. — Señorita Eulalia Greco y señor Juan Erice, recientemente desposados.


TUCUMAN. — Enlace Chueca-Paz. Los contrayentes después del acto religioso.

GENTE MENUDA


Héctor Maddalena Capristo.


Williams, Ethel y Martita Giménez Posadas.


Niño de Prieto.


Luis M. García.


Sarah Carmen Gavazzo Benlloch.


Niñita de Albacette Monti.



TEATROS



Señorita Lupe Rivas Cacho, primera figura de la notable compañía de arte típico mejicano que actúa con gran éxito en el teatro Avenida.



"El figón del barrio", uno de los cuadros de "Méjico Típico".



Interesante escena de la revista "El concurso de la india mejicana".



La tiple Pilar Mata y el conjunto de segundas tiples en el cuadro "La Avaricia", de la revista titulada "Los pecados capitales", de los señores Sebastián Franco Padilla y maestro Bernardino Terés, estrenada con éxito en el teatro de la Comedia.



La tiple Clara Fernández, vistiendo el emblema de "La Ira", en la revista "Los pecados capitales".

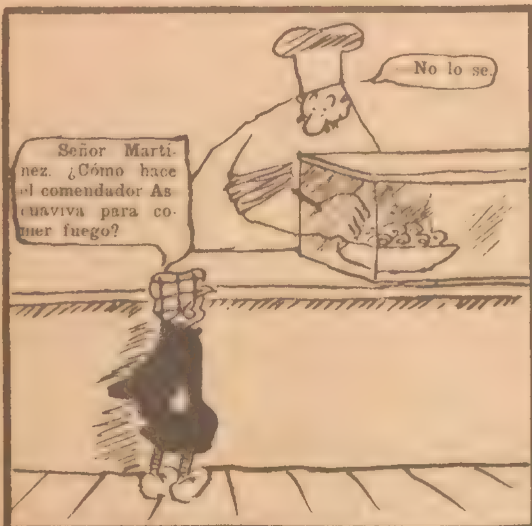
PAGINA INFANTIL

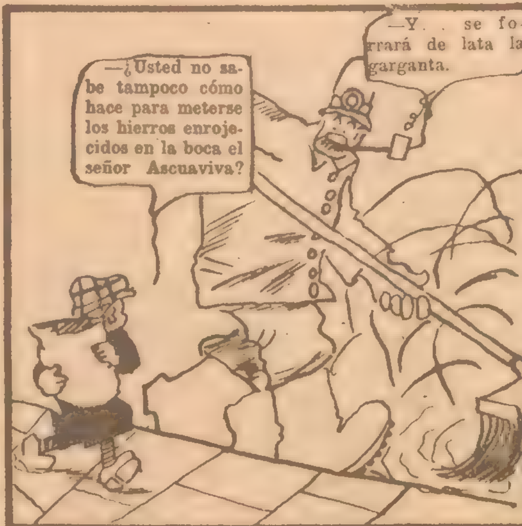
Aventuras de Pipirí







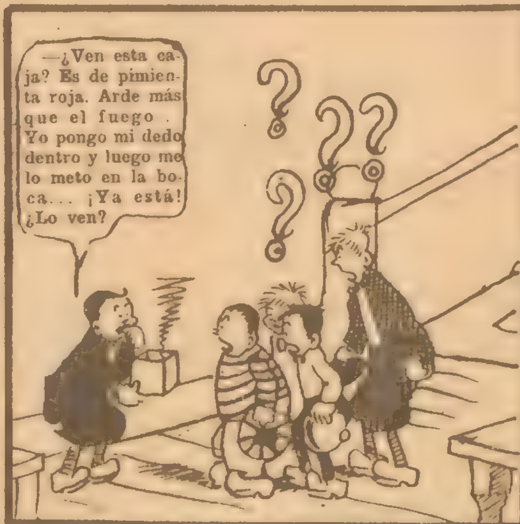






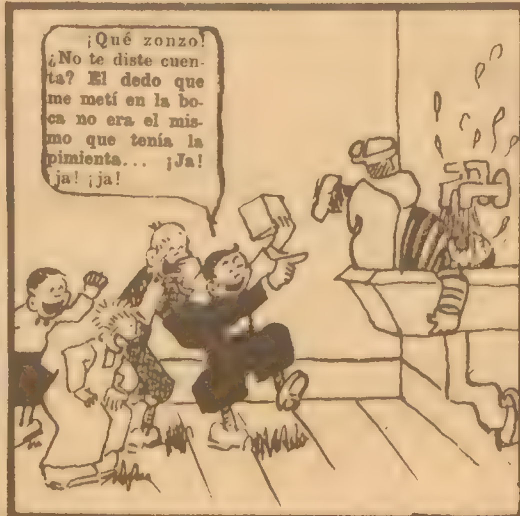














ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Marion Davies, como protagonista de la película "En tiempos de la caballería andante", que Max Glücksmann dará a conocer mañana miércoles.



Seena Owen y William Powell en una escena de "La mujer de mis sueños", película que la General dió a conocer el viernes pasado.



Bebe Daniels que, con Dorothy Mac Kaill y George Fawcet, interpreta la película "Los hijos de sus hijos" que la Paramount dió a conocer el sábado pasado



Otra escena donde aparece Marion Davies, en la película "En tiempos de la caballería andante", uno de los mayores éxitos de Estados Unidos en la última temporada, obra que se dispone a estrenar Max Glücksmann.



Escena de "En el Club de los Batalladores", cinecomedia que estrenó el domingo último la General y de la cual son intérpretes Blanche Mehaffey y Glenn Tryon.



Escena de la superproducción Fox "La marca de la vanidad" o "Los amores de Neptuno", interpretada por Betty Blythe, Billie Dove y Jack Mulhall, que será estrenada pasado mañana.



Agnes Ayres y Antonio Moreno en un pasaje del cinedrama "El radio fatal" que la Paramount dará a conocer el jueves próximo.



Demostración al doctor Scarano





Un grupo de correligionarios políticos, organizó una demostración en honor del doctor Alfredo Scarano, con motivo de su actuación como presidente del comité de la capital, de la Unión Cívica Radical, que funciona en la calle Tacuarí número 16. — A la izquierda: el doctor Alfredo Scarano. A la derecha: un aspecto del citado local durante la realización del acto. Ofreció la demostración el doctor Ballesteros.

De Rosario de Santa Fe a Asunción



Las familias de Mancini, Pappolla, Rangieri y Malioni, durante una excursión de Rosario de Santa Fe a Asunción (Paraguay), realizada a bordo del vapor "Ciudad del Rosario".

Artistas de radio



Armando La Valle.



Jerónimo Fattori.

Dos de los más populares compositores argentinos que debido a sus obras y a su ejecución musical, transmitidas por la radio, han conseguido destacarse ante el público aficionado.

BIBLIOGRAFIA



Señorita María Alicia Domínguez, colaboradora de FRAY MOCHO, y autora del volumen de versos "La rueca", recientemente aparecido.



Señor José Pacífico Otero, autor de la novela "El peregrino de la ilusión", de la cual transcribimos un capítulo en otro lugar de este número.



Señorita María Luisa Carnelli, autora del libro de poesías "Rama frágil" últimamente editado.

NECROLOGIA



Señora Rita L. de Goya, distinguida dama cuyo deceso ha sido muy lamentado.



Manolito Fernández González, recientemente fallecido.



Señor Silvano Baldoni



FOOTBALL.—Barracas Central v. Independiente.—Liberal Argentino v. Estudiantes de La Plata



Team de Barracas Central, que empató el partido jugado contra Independiente por 0 a 0 goals.



Una incidencia del match frente a la valla de Barracas Central.



Un aspecto de la tribuna oficial mientras se efectuaba el partido Barracas Central v. Independiente, en el field del primero de los nombrados.



Otro momento del juego.



Componentes del cuadro de Independiente.





Representantes de Liberal Argentino, que obtuvo el triunfo sobre Estudiantes de La Plata por un score de 2 a 0 goals



Equipo de Estudiantes de La Plata, que perdió frente a Liberal Argentino en el encuentro sostenido en la cancha de este último



Un detalle de la tribuna popular, mientras se efectuaba el match Liberal Argentino v. Estudiantes de La Plata

COOPERATIVISMO.— En honor del señor Manuel T. López



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete organizado en honor del concejal señor Manuel T. López, con motivo de retirarse de la gerencia de la Cooperativa del Hogar Obrero cargo que durante varios años, desempeñó con singular acierto. Ofreció la demostración el señor Emilio Ferrando, en nombre de los amigos y compañeros de la mencionada institución



NOTAS ROSARINAS



Vista parcial del banquete organizado por los concejales con motivo de haber terminado la labor del período ordinario de sesiones, bajo la actuación del presidente del Concejo Deliberante, doctor Juan Díaz de Andino. — El acto se realizó en el Hotel Italia



Sepelio de los restos del doctor Carlos Carlés. — La comitiva fúnebre en el cementerio del Salvador



Segunda Exposición Clásica de Avicultura. — El ingeniero agrónomo señor Arturo Pimentel, que pronunció una serie de conferencias avícolas.



El doctor Pedro Castro Biedma y sus secretarios, señores Silvio Vanzo y A. Gabutti, que constituyeron el jurado de la Exposición.



El doctor Pedro Castro Biedma pronunciando su discurso en el acto inaugural del torneo avícola.



Festival ciclista organizado por el Club Atlético Provincial. — Los niños Juan Paita, E. Biaghetti y J. Wagener, que se clasificaron primero, segundo y tercero, respectivamente, en la carrera ciclista para menores de 10 años.



José Peralta, ganador, con Aníbal Pasini, en la carrera de stayer, o sea con entrenador mecánico, que se corrió por primera vez. Los 50 kilómetros de que constaba dicha prueba, fueron cubiertos en 1 hora, 8 minutos y 3/5.





Durante la demostración ofrecida por el Círculo de la Prensa, a los corresponsales. en Rosario, de "La Nación" y "La Prensa", señores Fulle y González Rillo, respectivamente. Al acto asistió una numerosa representación del periodismo local.



Carlos Celoria, campeón de Santa Fe, y Leónidas Castillo, campeón rioplatense, que sostuvieron un match de fondo organizado por el Internacional Boxing Club. El encuentro fué declarado "draw".



La señorita Joaquina González y el señor Eneas Ronchetti, después de la bendición de su enlace, realizado en la casa de la novia.



En la escuela normal número 2. — El profesor doctor Frank L. Soler, después de pronunciar su conferencia sobre "El método quirúrgico en el estudio de las funciones digestivas", patrocinada por el Centro de Estudiantes de Medicina, rodeado por un núcleo de médicos y alumnos que asistieron a la disertación.

DE LOMAS DE ZAMORA



Fotografía tomada durante la fiesta que tuvo efecto en la residencia particular de los esposos Dubois Ramírez, con motivo del cumpleaños de su hijita Carolina.

Fots. Flores Toledo y Parisienne.

El primer viaje de un oriental por América

En la biblioteca del arzobispo siriaco de Alepo hay entre los manuscritos árabes la relación de un viaje que el cura de una iglesia caldea de Bagdad, Elías, hijo del sacerdote Juan de Mosul, emprendió en los años 1675-1683 por las colonias americanas de España. El P. Antonio Rabbath S. J., quien editó el texto árabe y lo hizo imprimir en la imprenta católica de Beirut para ofrecer una lectura agradable e interesante a los muchos siriacos que han pasado algún tiempo en el Nuevo Mundo, la tituló "El primer viaje de un oriental por América". Naturalmente no se puede probar por documentos que el cura Elías fuese efectivamente el primer oriental que recorrió los países de aquel lejano continente. Pero, es verosímil en sumo grado que lo era, porque en aquel tiempo los gastos y las dificultades de un viaje desde el Oriente a América eran tales, que semejante empresa no la pudo llevar a cabo sino quien tenía a su disposición recursos extraordinarios como el cura Elías, al que favorecieron y ayudaron la iglesia católica y la familia real de España. En todo caso es el primer oriental que nos ha dejado un recuerdo literario de su viaje por el mundo trasatlántico.

En su relato, el cura Elías no explica cuál fué el motivo porque dejó su patria y se fué a Europa y después a América. Pero, muy a menudo habla de colectas que estaba haciendo y se puede inferir de eso que el fin de su viaje fué recaudar dinero para los pobres cristianos o las iglesias del Oriente. Este sacerdote era un hombre instruido, además del árabe, su lengua materna, y del siriaco, le lengua de su iglesia, hablaba el español y lo dominaba hasta tal grado que predicaba en este idioma; parece que tenía también conocimientos del italiano y del francés.

En el año 1668 salió el cura Elías de Bagdad, peregrinó a Jerusalén y se embarcó en Alexandrette en un buque inglés con rumbo a Venecia. Después pasó 7 años en Italia, Francia y España. Como pertenecía a una iglesia oriental unida a la católica, se le dispensó acogida bonísima en los países católicos de Europa y de América. Generalmente se alojaba en los palacios de los obispos y de los nobles o en conventos. Fué recibido en audiencia por el papa Clemente IX, el rey de Francia Luis XIV y la reina-regente de España, María Ana de Austria. Un día se le invitó a decir misa en su rito oriental en presencia del pequeño rey de España Carlos II y de su madre, la reina-regente. Acabada la misa, le dijeron que pidiese un favor. Habiéndose consultado con sus amigos españoles, rogó que le fuese permitido visitar las colonias españolas en América, donde en aquel tiempo no podía ingresar nadie que no tuviese un permiso especial del rey de España. Esto se lo concedió en el acto; además le reina-regente mandó darle cartas de recomendación para las autoridades religiosas y civiles de las colonias. Así salió el cura Elías de Madrid para Cádiz, donde se estaban equipando 16 galeazas para el viaje a América. Esta flota iba cada tres años a este su destino para conducir allí a los empleados del gobierno, a los militares, a los comerciantes españoles con sus mercancías y para traer el oro y la plata de las minas del Perú a España. El cura Elías se embarcó en el buque del almirante. El 12 de febrero de 1675 la flota zarpó y se encontró ya el tercer día de su trayecto en gran peligro de naufragar en una tempestad terrible; pero después tuvo una buena travesía. Los emigrantes arribaron en el pequeño puerto de Cumaná, donde hicieron escala por dos días. De este puerto salieron con rumbo a Cartagena, donde llegaron 55 días después de haber salido del puerto de Cádiz. En Cartagena se detuvieron 40 días. Habiendo recibido la noticia de que la flota del Perú ya estaba en camino para Panamá, los buques españoles salieron para Porto Bello que, frente a Panamá, estaba situado en el otro lado del istmo. Allí quedaron esperando el cargamento de la flota del Perú, que por mulas fué transportado a Porto Bello. El oro fué reembarcado y los comerciantes españoles y los del Perú expusieron sus mercancías, y se celebró una gran feria que duró 40 días. Terminada ésta, zarpó la flota española para regresar a España. El cura Elías se fué a Panamá y se embarcó en un buque de la escuadra que había venido del Perú y se dispuso a ahora a volver allí. Pero, la travesía no fué nada agradable, y en Santa Helena se resolvieron el clérico siriaco y tres otros pasajeros a continuar el viaje por tierra. En una caravana sita en los alrededores de esta ciudad hallaron los viajeros un sinnúmero de huesos de animales fosilificados y como recuerdo se llevó el cura la muela de uno de estos gigantes antediluvianos. Los cuatro se pusieron en camino y pasaron por Quito, Guayaquil y muchas otras poblaciones. El gobernador de Cuenca, un antiguo conocido del cura, mandó organizar una corrida de toros en su honor. Pero, Elías no se detuvo por mucho tiempo en Cuenca, sino se fué a visitar las minas de oro en Zaruma. Satisfecha esta curiosidad suya se dirigió el incansable viajero a los distritos de Lambayeque, Trujillo y Cajamarca, lugares que le evocaron el recuerdo de los Incas, que habían tenido su residencia allí.

Por fin llegó Elías a Lima, donde se alojó en el palacio del inquisidor, a quien había conocido ya en España. Naturalmente, visitó también al virrey del Perú, un Grande de España, para presentarle sus cartas de recomendación. Este le agasajó con mucha amabilidad e hizo lo posible para facilitarle la realización de sus proyectos. El sirio se quedó todo un año en Lima, trabó conocimiento con los curas de las numerosas iglesias y los frailes de los conventos y recibió muchas limosnas para su colecta.

De Lima salió Elías en dirección meridional provisto de cartas de recomendación que generosamente le había extendido el virrey. Excedería los límites de este artículo seguirle en todo este viaje, que le condujo a muchos lugares y enriqueció notablemente los fondos que ya tenía reunidos. Es muy singular que este sacerdote, por su profesión un extraño a la vida industrial de su época, demostrara el mayor interés por toda empresa minera. El relato nos dice que el cura visitó las minas de mercurio en Juancavalica, y las de plata en Condonoma, Oruro y Potosí. En sus correrías vió Elías también el lago de Titicaca, y allí, lo mismo que en Abancay, donde le hospedó el colegio de los jesuitas instalado en el antiguo palacio de los Incas, estudió con empeño las reliquias históricas del tiempo en que reinaban aquellos antiguos soberanos del país. El punto más distante de Lima a que llegó este trotamundos fué Chuquisaca. Los habitantes de esta población le suplicaron que visitara y asistiera a algunas monjas que habían enfermado gravemente, y el remedio que el cura Elías les administró fué media onza de ranas desecadas y pulverizadas. Este medicamento surtió efecto y los vecinos de la ciudad, admirados de los profundos conocimientos de su huésped, le ofrecieron un sueldo anual de 500 escudos con tal que se quedara en Chuquisaca y ejerciera allí de médico. Pero él, recordando el objeto de su viaje, tuvo que rechazar la oferta, como tampoco aceptó la propuesta de un padre jesuita quien le prometió un regalo de mil mulas si se decidiera a acompañarle en un viaje de Chuquisaca a Tucumán. Elías, quien temía a los indios salvajes por cuyo territorio hubiera debido pasar en aquel largo viaje, prefirió regresar a Lima. Por eso se marchó a Uquiba, donde se embarcó en un buque que salió para Callao, el puerto de la capital. Llegó allí a tiempo para poder despedirse de su amigo el virrey del Perú, quien le había hecho tantos favores. Este funcionario, víctima de calumniosas denuncias, había sido destituído y desterrado por orden de don Juan de Austria, el hermano del rey, quien odiaba al gobernador por ser partidario de la reina-regente. Antes de salir de Lima rogó el virrey al cura Elías que asistiera y amparara a su señora, que por su delicada salud no pudo acompañar a su marido al apartado y malsano lugar de su exilio. El sacerdote accedió a esta súplica y se quedó por más de un año en Lima para ayudar y proteger a la señora de su amigo. El juez a quien se había delegado para instruir el proceso contra el gobernador no pudo menos de emitir un fallo de inculpabilidad. El acusado obtuvo permiso de volver a la capital, pero no se le rehabilitó en su dignidad anterior. Eso fué una gran decepción para Elías, a quien el antiguo gobernador había hecho grandes promesas, que en las circunstancias dadas no se pudieron cumplir. Por esa razón se resolvió a salir del Perú, tanto más cuanto que su permanencia en este país había pasado ya de seis años. En el mes de julio del año 1681 se embarcó en el Callao y se fué de nuevo a Panamá y de allí a Méjico. Desde Realejos, el puerto a donde le había conducido la nave, marchó Elías a León, donde el obispo, un antiguo conocido suyo le obsequió con grandes honores. Parece que sin embargo su estancia en aquella ciudad no fué de larga duración, porque poco después le vemos en marcha otra vez y haciendo estancias más o menos largas; en muchos lugares llegó el cura errante al fin de Méjico, donde el virrey le acogió con la mayor consideración. Durante su permanencia en aquella capital ocurrió un suceso que le impresionó mucho. Veracruz, el puerto de Méjico, fué asaltado por piratas, que saquearon la población y cautivaron a los habitantes, que no recobraron su libertad sino mediante un enorme rescate. En esta ocasión perdió Elías un objeto de grandísimo valor: un fardo de cochinilla, que tenía almacenado en Veracruz para llevárselo a su país.

Quince años habían pasado ya desde que el cura había salido de Bagdad y ya era tiempo de pensar en el regreso; pero deseoso de ver aún otros países concibió el plan de ir primero a Filipinas, luego a China y de volver allí por tierra a Bagdad, efectuando de esta manera un viaje alrededor del mundo. Lo que le hizo desistir de este proyecto fué la mala voluntad que le profesaba el gobernador de las Filipinas, quien en ocasión pasada le había pedido que le prestara una suma muy fuerte, lo que el cura no hizo ni pudo hacer a causa de la mala reputación de aquel hombre. Por eso se fué a la Habana y aprovechó el primer buque que salió de aquí para Cádiz, donde llegó ocho años después de haber emprendido su viaje al Nuevo Mundo. Esta vez se detuvo poco en España y un buque holandés le llevó a Roma, donde el papa Inocencio XI le recibió en audiencia. Elías le regaló algunos papagayos parlantes, cortesía que el pontífice le recompensó con muchos favores.

Aquí termina el relato, que contiene interesantes pormenores sobre la explotación de las minas, sobre los indígenas, como también sobre la fauna y flora del país. Aunque el autor no dice nada de su regreso a Bagdad debemos suponer que volvería a sus feligreses, que mucho le habrán admirado por su intrepidez y osadía.

Else **REITEMEYER.**

No es la verdad el fin del arte

No es la verdad el fin del arte. Debemos exigir la verdad en la ciencia, porque se proponen investigarla, pero no lo pidamos a la literatura, cuya misión consiste en crear la belleza.

La Cloe, de la novela griega, no fué jamás una verdadera pastora, y su Dafnis jamás fué un verdadero pastor: a pesar de lo cual nos agradan todavía. Al griego sutil que nos refirió su historia, no le preocupan los establos ni los carneros, atento sólo a la poesía y el amor; y como se propuso entretener gratamente a los ciudadanos con el cuento de un amor sensual y gracioso, lo anidó en los campos, a donde sus lectores no solían ir porque eran viejos bizantinos encanecidos en el fondo de su palacio entre feroces mosaicos, detrás del mostrador sobre el cual habían amasado riquezas. Para divertir a esos viejos taciturnos el cuentista les presentó dos hermosas criaturas, y para que no confundieran su Dafnis y su Cloe con los pilluelos y las muchachitas viciosas que abundan en las calles de las poblaciones, tuvo la preocupación de advertir:

"Estos de que os hablo vivieron tiempo atrás en Lesbos, y su historia fué pintada en una tabla, consagraba a las Ninfas."

Se anticipó a tomar la útil precaución que las viejas toman siempre al principio de un cuento: "En la época en que Berta hilaba", o bien "Cuando hablaban los animales"... Para interesar y emocionar con una historia, es necesario substraerse algo a la experiencia y a la costumbre.

ANATOLE FRANCE.

Al llegar el anhelado y feliz día del cumplimiento de su condena todas fueron felicitaciones para la infeliz "Gaviota", que después de quince años de cautiverio se veía al fin en libertad. Había entrado en "la galera" en plena juventud y salía con los cabellos encanecidos por el dolor y los sufrimientos.

Víctima de la fatalidad, había cometido un delito impulsada por el amor y los celos, y sobre ella cayó todo el peso de la ley. No tuvieron piedad con la desgraciada, que recibió la noticia de su libertad con una indiferencia rayana en la locura.

Las monjas le dirigieron palabras de enhorabuena; el director y los empleados, frases y consejos para que no volviera a faltar, y entregándole sus ahorros la despidieron con todo el cariño que podía inspirar una mujer como ella.

Vióse, pues, en la calle la pobre "Gaviota", y sin saber qué hacer anduvo largo tiempo. El aire de la calle acariciaba su cara, y ella seguía andando, fijándose en todo, como una tonta.

Tropezando con los transeúntes y con riesgo de morir atropellada, seguía su camino sin pensar en cosa alguna del mundo.

Al principio, cuanto contemplaba llenábale de sorpresa. Luego se fué acostumbrando, y le parecía mentira que fuese ella misma la que caminaba por aquellas calles ruidosas y soleadas, entre gentes que ni la miraban ni hacían caso.

Ni siquiera pensó en comer. El aturdimiento de su situación privábala de todo apetito. Lo que únicamente sintió al cabo de las horas fué un irresistible cansancio, y tomó asiento en uno de los bancos del paseo donde accidentalmente se hallaba.

Caía la tarde. El sol iba apagándose. Grupos de niños jugaban en torno suyo, gritando jubilosos y felices. La "Gaviota", la pobre "Gaviota", viéndolos y escuchándolos se conmovía sin saber por qué. El fracaso terrible de su vida se le revelaba tan espantosamente en aquellos momentos, que hasta lloraba, invadida por aquella pena que la dominaba.

Hubiera querido acariciarlos. Mujer, al fin, experimentaba un irresistible deseo de sentarlos a su lado y besarlos; pero la detenía el temor de que la conociesen y huyeran de su lado llenos de terror.

El mundo había muerto para ella, que era tan extraña a todo, que ni familia ni conocidos tenía.

¡Quince años suponen tanto en nuestra existencia!...

Con la llegada de la noche fueron desapareciendo aquellos niños. Volvían a sus hogares, a sus casas, a los amables y adorados refugios donde los aguardarían impacientes y amorosos, y ella, en cambio...

Volvió a caminar sin rumbo. Hecha a la vida de cautiverio, no se hallaba a gusto. Le faltaba todo, pues en el mundo ya no tenía a nadie, mientras en el penal disfrutaba de amigas, de compañeras, de personas conocidas, que acaso la estuvieran envidiando en aquellos instantes. Así es la vida. ¿Para qué sorprenderse?...

¡Qué horrible fué aquella noche! Vagando y arrojada de todas partes, deseaba que llegase el día. Había tomado una brusca determinación en vista de todo aquello que le pasaba. No había que vacilar siquiera, pues a realizarlo empujábanle todos, empezando por su propio corazón, que se ahogaba en aquella libertad, que llegaba tarde, y cuando su vida era aquel penal, en donde la despidieron horas antes.

Apenas fué ocasión se presentó en "la galera". Mostró vivísimos deseos de hablar con el director, que al saber que quería hablarle "Gaviota" se apresuró a recibirla. Oyéndola quedó asombrado.

EN LIBERTAD

Por

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

—Sí, señor director. Yo no quiero estar ahí fuera. Yo quiero que me deje morir aquí.

—Pero eso es imposible.

—No. Hágalo por caridad.

—¿Pero estás loca?

—Yo no lo sé; pero no quiero la calle. ¡Si usted supiera lo que he sufrido ayer!

—No llores y cálmate. Procura acostumbrarte, y ya verás cómo agradeces esa libertad que tanto te estorba.

—Es que ya es muy tarde. Cuando me acostumbrara llegaría la muerte. Déjeme estar en "la galera".

—Ya te he dicho que es imposible. Vete y déjame en paz.

Quedó sola la "Gaviota", y no pudiendo resistir la pena que sentía rompió a llorar sin consuelo. Tenía una idea fija. La de volver, fuese como fuese, a "la galera", donde quince años de estancia le daban derecho a acabar allí su vida...



Tú lloraste

Hice mal en hablarte de tristezas...
Mas, no me culpes... Sabe Dios que nunca
pensé que el corazón hecho pavesas
pudiese revivir su llama trunca.

Venían mis querellas de muy lejos;
eran saudades de pasadas glorias,
de vividos anhelos, y eran viejos
repiques de campanas ilusorias.

Y fueron mis palabras un sollozo,
un apurar de hiel hasta las heces,
el gemido del ábrego lloroso
ululando en los fúnebres cipreses.

Tú lloraste... ¿Por qué? ¿guardas, acaso,
una trágica historia candorosa?
¿En tu jardín de amor, artero brazo
tendió su mano a la inviolada rosa?

Tú lloraste... Lloraste de tristura
y de amor... Mas, ¿por quién? Yo diera cuánto
por saberlo, y vivir mi desventura
con los ojos extáticos de llanto!

Tú lloraste... En el fondo de ti misma,
¿no presentiste mi dolor sin nombre?
Cuando roe la lírica aneurisma
el corazón, el hombre ya no es hombre...

Es un niño, es un niño que divaga
con las tiernas pupilas en el cielo;
a su pobre organismo un mal estraga...
Mas, en su vista se sostiene un velo...

Y sueña, y cree que el amor le besa...
Luego, infeliz, sin fe, desamparado,
pródiga en sus canciones de tristeza
todo el llanto bendito que ha llorado.

Tú lloraste... ¿Por qué? ¿Fué aquel añoro
que adivino? ¿Fué lástima? ¿Fué tedio?
¿Qué mal hizo vibrar las cuerdas de oro
de tu espíritu triste sin remedio?...

Tú lloraste... Mas, oye: ya murieron
mis delirios... Y estallo en risa loca
recordando las perlas que cayeron
al estuche granate de tu boca!...

Eduardo María de OCAMPO.



Productores de algodón

La industria del algodón, que en forma tan vigorosa se inicia en el país, necesita el amparo permanente de los mismos productores, para prevenir esas frecuentes crisis que afectan a la industria agrícola en general, perjudicando al productor y a la economía nacional.

El cultivador, aisladamente, sin organización gremial, está expuesto a las contingencias que pueden crearle los intermediarios, pues ellos, al formar una barrera entre el que produce y el que consume, constituyen una caprichosa fuerza aisladora que fija caprichosamente el precio del producto.

Se previenen estos trastornos y las crisis, organizándose los productores de modo que, al andar del tiempo, estos puedan ser los gestores directos del comercio de sus productos, comerciándolos en forma industrializada. Para llegar a este ideal, los productores deben romper su aislamiento, agruparse solidariamente en defensa de sus mismos intereses y constituir sus asociaciones cooperativistas.

Los problemas económicos como técnicos de la producción, se resuelven mejor con estas instituciones. La voz de orden del Ministerio de Agricultura es que los productores constituyan cooperativas y sus funcionarios ayudarán para formar estas asociaciones, guiarán sus primeros pasos y serán sus asesores permanentes. El gobierno de la nación apoyará a las cooperativas con leyes de amparo.

No deben pues, los productores, mantenerse indiferentes a este llamamiento y meditar que, en la unión, está el triunfo de la clase productora y en el aislamiento, en cambio, la permanente zozobra y las dudas de si los esfuerzos de todo el año habrán de ser o no recompensados al final de la jornada.

France y Jaurés

En sus andanzas de político, el gran escritor trasladóse un día, en compañía de Jaurés, a una pequeña población del Mediodía de Francia, para tomar parte en una reunión pública.

El organizador del acto no conocía a ninguno de los dos; mas, a pesar de eso, no se equivocó al detenerse el tren. Cuando los viajeros descendieron, se aproximó a ellos y dijo a Jaurés:

—Si no exagero... ¿es usted el ciudadano Jaurés?

—Es la gloria—deslizó France al oído del gran tribuno.

Jaurés habló el primero. Cuando le llegó el turno a France, el presidente de la reunión, no pudiendo recordar el apellido del gran escritor, lo anunció diciendo:

—Tiene la palabra el señor Anatolio.

Jaurés se inclinó hacia France y murmuró:

—Es la popularidad.

La fatídica isla de los leprosos

Seres infortunados que bailan, cantan y aman

Después de mi visita a la leprosía de Kien Luong, en el Tonkin, me había quedado sin ánimo para volver a ver leprosos. Me acordaba de aquel centenar de miserables, saliendo de unos establos abiertos a los cuatro vientos, que se me acercaban gimiendo y haciendo "lays".

—Giet qua... Kho Cam... Tenemos mucho frío... Somos demasiado desgraciados...

Ese día había sentido vergüenza de ser un blanco; vergüenza de ser un señor importante a quien se paseaba, y a quien esos desdichados debían tomar por algún funcionario en jira.

—No son malos, los pobres diablos— me decía el viejo guardián.

Los leprosos de Kien Luong viven amontonados en un campo que el viento y las inundaciones devastan cada año. No se tenía ya el valor de reparar esas chozas, y cuando las últimas lluvias, los techos fueron arrasados y los leprosos se refugiaron en la capilla que el Padre, un fuerte barbado, ha construído sin arquitecto ni albañil; con sus manos de paisano. Pero ya no tiene, como antes, el derecho de vivir en la aldea de los leprosos.

El Padre se ha instalado, pues, en una sórdida choza de los alrededores, y va y viene mañana y tarde al campamento: con eso queda salvada la independencia religiosa.

Independencia religiosa, libertad de creencias, todo eso parece absurdo en medio de estos setecientos sacrificados a quienes el resto del mundo ha abandonado. Esos monstruos cuyos miembros azulados se van a pedazos, se ponen escapularios al cuello y cada uno de ellos hace guardia, por turno, de miedo a que les roben lo único que poseen: un palanquín rojo y dorado que les sirve para pasear la virgen los días de procesión.

No eran todos horribles los leprosos de Kien Luong; y me acuerdo de una joven casi linda, cuya enfermedad apenas se señalaba en sus mejillas violáceas. Como una vieja le dijera que me besara, todos se pusieron a reír y saltar junto a mí, mostrándome horribles muñones, manos informes cuyos dedos se habían caído todos. Era atroz ese grupo de moribundos bailando. Los impotentes, con sus pies carcomidos, se incorporaban en sus tarimas y mostraban entre las junturas de los bambúes que forman las paredes, rostros tumefactos o recubiertos de costras, que también reían espantablemente.

Ese recuerdo me perseguía. Gracias a Sor Adelina, que después de pasar doce años en la Guayana, cuida leprosos, hace veinte años en Indochina que, sonriendo me anima diciendo que estos son "gentils", otra impresión atenúa la primera.

Culao Rong, la isla del Dragón, levanta sus palmeras en medio del Mekong, delante de Mytho.

Cuando se pronuncia delante de nosotros esa espantosa palabra de *leprosos*, todo un mundo de cosas leídas nos viene a la mente. Pero la realidad es distinta. Trato de no forzar mi emoción y en la avenida de un jardín tropical, ante una fila de "bungalow" claros, veo unos seres que bailan. Esa fué mi primera visión... Al vernos, se habían precipitado. Uno de ellos cubierto con una enorme cabeza de dragón de cartón pintado, seguido de otros dos que llevaban su cola de tela roja, nos precedía. ¡Qué diferente de lo que esperaba, esa danza burlesca, en medio de veinte leprosos roídos que se reían...

El hombre, amarillo o blanco, se somete a todos los sufrimientos. No hay dolor, ni abyección a la que no se habitúe. Aún esas heridas el tiempo las cicatriza. ¡Sólo ansían vivir!

¿No es maravilloso y más grande que el mismo horror, ver esos seres cuyas carnes se caen a pedazos, esperar a pesar de todo, creer en el futuro, hacerse en su agonía una miserable felicidad? ¿Conocen demasiado a la muerte para temerla y la olvidan bailando?...

El que llevaba la cabeza de dragón, se quita la careta y el director le dice en francés: "Muy bien, Mibot".

Miro al bailarín. Tiene el rostro leonino del leproso, pero en su faz leonina, color cera, se adivina algo de un europeo.

—Es un francés—me dice el director.—Tiene cerca de diez y siete años. Se llama Emilio. Sus padres lo abandonaron en Cholon al regresar a Francia, porque tenía la lepra. Entonces tenía seis años.

Mibot, como le llaman, nos mira. ¿Qué pensará al mirar a esos franceses, a esos blancos: hombres como su padre?...

He dado una moneda a Mibot, retirando la mano, un poco ligero, a pesar mío, cuando me tendió la suya.

Estas líneas caerán sobre la mala madre y el pillastre que en 1913, abandonaron a ese niño en una esquina, como quien pierde un perro. Lo desearía... Que sepan que en una isla de Mekong, en medio de los leprosos, su hijo baila ante los visitantes para que le arrojen una moneda.

—¿No ha muerto? — Todavía no, tengan paciencia...

...Algunos tiene un rostro horriblemente hinchado como un repollo. Pies azules que se desecan, manos contraídas cuyos dedos caen.

Sobre una estera una vieja acurrucada se balancea. Espantosa, en carne viva, como si la hubiesen metido en agua hirviendo.

—Pobre — me dice la religiosa; — tendremos que adormecerla otra vez.

La embrutecen a fuerza de morfina para dejarla morir...

De noche, franqueando un pequeño canal que separa las dos secciones, leprosos y leprosas se juntan en los jardines. El director cierra los ojos, las hermanas también...

Se les oye hablar, cantar tras los bambúes. La penumbra les oculta uno al otro...

Cuando nace un niño, la madre lo cría; cuando lo despechan, si está sano, se lo quitan para mandarlo a un asilo o a su familia. Si está contaminado, se lo dejan y será un leproso más. ¿No es acaso un cementerio, esa isla que nadie aborda?

Tuve vergüenza, ante esos seres, de poner demasiado tiempo en lavarme las manos, al terminar la visita. No acababa nunca de desinfectarme con cicloruro.

—Vale más tomar precauciones—me dijo la hermana, sin burlarse.—Esto se agarra pronto.

Esas mujeres con toca que han dejado a Francia a los veinte años, sabiendo que iban a cuidar leprosos y que no volverían más...

¿Cuántos barcos han traído después a Marsella comerciantes enriquecidos? Muchos de ellos han sido condecorados; han prestado importantes servicios a las colonias, según parece.

Y mi pensamiento se dirige a esa santa, Sor Brígida, religiosa de San Pablo de Chartres, que contrajo el mal cuidando leprosos en Bangkok y que se moría, sonriente, en una choza blanca de la isla del Dragón.

Roland DONGELES.

El tinte fotográfico

La luz del sol que destruye muchas materias colorantes orgánicas, convierte también algunos compuestos inorgánicos solubles e incoloros en substancias coloreadas insolubles que pueden fijarse en el interior de los tejidos.

Varios experimentadores, y muy especialmente Persoz y Grueve, han hecho ensayos para teñir fibras y telas por medio de la luz del sol obteniendo buenos resultados, de los cuales copiamos unos cuantos a continuación.

Sesenta partes, en peso, de ácido sulfúrico, se añadieron a una solución de 120 partes de bicromato potásico en 1.000 partes de agua. En la solución resultante se empuparon telas de seda y de lana blanca, y después de secarlas en un cuarto obscuro se expusieron al sol obteniendo, con una exposición de 10 a 20 minutos, un hermoso matiz castaño claro.

El prusiato de potasa da una semitonalidad azul. Si se pone al sol tela blanca impregnada de esta sal, con un papel grueso encima en el que haya algún dibujo calado, se reproduce éste, en azul, sobre el tejido. Luego hay que aclarar bien la tela para quitar el prusiato no atacado por la luz, por haber estado cubierto con el papel.

Grueve descubrió que pueden obtenerse matices muy permanente de color cuero, azul, verde y gris, con ferrocianuro. Los cromatos dan violeta obscuro, negro y aceitunado. Para el azul, se moja el tejido en una solución compuesta de 60 partes, en peso, de ferrocianuro potásico, 80 de ácido tártico y 24 de percloruro de estaño amoniacal, con más o menos agua, según la intensidad de matiz que se desee obtener. Una corta exposición al sol desarrolla el color azul.

Para el verde se usan el ácido sulfúrico y la sal amoniacal en combinación con el ferrocianuro o el prusiato amarillo de potasa. Los matices de cuero se logran produciendo el azul, como queda explicado, y tratando el tejido con álcali cáustico, el cual convierte el compuesto azul en óxido férrico amarillo.

El gris y los tintes "modo" se consiguen tratando el color cuero, obtenido como se ha dicho, con una infusión de agallas o de palo de Campeche. Los tejidos de seda pueden teñirse en diversos tonos castaños impregnándolos en cromato de cobre y poniéndolos al sol.

Los experimentos han demostrado que es preciso cierta cantidad de humedad para producir colores vivos con poca exposición. Probablemente muchas substancias de las que se usan en fotografía, darían resultados satisfactorios para el tinte, pero son demasiado caras para emplearlas en esto.

EL HEROE

Por Adolfo VAZQUEZ GÓMEZ

El actual ministro del Interior de la República Oriental del Uruguay, don Rufino T. Domínguez, estuvo algún tiempo de plenipotenciario y enviado extraordinario de su país en los Estados Unidos del Brasil. Desempeñaba, entonces, don Elamo R. Vieira la secretaría de la legación. Y era ésta el obligado punto de apoyo de cuanto uruguayo se hallaba en difíciles condiciones económicas.

Ha sido activa la vida política del señor Domínguez. La revolución del Quebracho le contó en sus filas. También lo tuvo en ellas el movimiento de reacción a raíz de la muerte de Juan Idiarte Borda, defendiendo, en sus principios, el tan discutido gobierno de Juan Lindolfo Cuestas; y figurando, después—con el senador Mendoza—entre quienes se opusieron enérgicamente a ciertos actos de Cuestas. En Río Janeiro reemplazó a compatriota ilustre: el doctor Carlos de Castro.



Coronel Rufino T. Domínguez, actual ministro del Interior de la República del Uruguay.—(Fotografía obtenida en 1898).

Residía en Petrópolis el señor Domínguez e iba a su despacho oficial, durante el verano, cuando lo entendía conveniente o necesario. En su ausencia, se presentó—preguntando por él—un ciudadano. Lamentó no encontrar a su "antiguo compañero". Aseveró que habían sido citados juntos en varias órdenes del día. ¡Qué horas de lucha y de riesgos!, agregaba el hombre. ¡Ah, si Rufino lo viera! ¡Qué abrazo! ¡Cómo se alegraría!

El visitante dejó comprender que su situación financiera lo tenía reducido a incidencias angustiosas. Pero todo se arreglaría cuando hablase con el "viejo camarada". Estaba seguro. Mientras, el personal de la legación se apresuró, particularmente, a prestarle su ayuda. Y sucedíanse las visitas y las descripciones de episodios vibrantes e interesantísimos, en los que siempre aparecían, fraternal y valerosamente unidos, el narrador y el señor ministro. Por fin, éste se enteró.

No recordaba el señor Domínguez al flamante hermano de armas en pasadas épocas. Quiso proporcionarse y proporcionar el placer de la sorpresa. Y dió las instrucciones oportunas para que se introdujese, en cuanto fuera, al audaz combatiente de otrora; pero sin decir al huésped quién era—de los allí presentes—el ministro, ni aún que estaba entre ellos.

Llegó el hombre de las cruentas batallas y de los famosos entreveros. Enumeró una vez más, las proezas de él y de su amigo Rufino, quien—dicho sea de paso—estaba persuadido de no haberle visto jamás. El señor Domínguez—cuya estatura física no es muy elevada—le observó que conocida la talla casi gigantesca del otro ex guerrero, a la sazón ministro, resultaba casi milagroso que no hubiera caído de un balazo.

—Sí, es verdad—exclamó el héroe de la legación.—Así se lo advertí en repetidas ocasiones.

Y, apenas acababa de pronunciar las precedentes palabras, cuando entró—sin anuncio previo—un alto personaje brasileño de la relación familiar del señor Domínguez. Le abrazó. Le llamó por su nombre al abrazarlo. El intrépido guerrillero de las cotidianas historias miraba asombrado, perplejo. Trémulo, vacilante, apercibióse de la desairada circunstancia en que se encontraba, y, de pronto, huyó: como él afirmaba que huyeran los adversarios escapados vivos de sus manos.

. . . .

Sintióse el ruido que produce el cuerpo humano al caer desde la altura de un primer piso, e hirió los oídos el consiguiente grito en que prorrumpió la víctima. Salieron al vestíbulo—y descendieron ansiosamente—el señor ministro y sus acompañantes. Asistieron a un cuadro de dolor. El pánico cegara al invicto cuentista y abriendo—no se explicó de qué manera—la puerta del ascensor, pasó al lado opuesto en la creencia de que el elevador se hallaba en aquel, cuando encontrábase en uno de los pisos superiores. Lo acogieron el vacío y la planta baja del edificio. Una pierna rota le retenía tumbado en el suelo.

Entonces el actual ministro del Interior de la República O. del Uruguay se acercó al "viejo camarada" y exclamó entre conmovido y burlón:

—No se apure, amigo. *Los compañeros de armas no se olvidan así como así.* Queda usted bajo mi salvaguardia.

Y don Rufino T. Domínguez tuvo, en aquella hora, un gesto noble, bienhechor, que excedía a todos los de su existencia de político. Fué un gesto de hombre de corazón, un gesto delicado: sencillo y profundo a la par. Se hizo cargo del paciente, y, cuando éste recobró la salud, le evitó que—para aliviar males pecuniarios—tornase a la condición de evocador de propias hazañas en epopeyas tan marciales como imaginarias .

Buenos Aires, agosto de 1925.

LA LOTERIA DE LAS PERLAS

La industria más arriesgada del mundo

El fondo del estrecho de Manaar, entre Ceylán y la India, ha proporcionado a la ambiciosa humanidad más perlas que todo el resto de los mares reunidos; sus productos han sido explotados durante miles de años, sin que lleven señales de agotamiento. Pero se equivocan los que suponen que en aquella región no hay más que echarse al agua para encontrar las preciadas joyas. Lejos de eso, no hay en el mundo industria más arriesgada, ni menos lucrativa, ni que más se asemeje a un juego de azar, que la pesca de las perlas en Ceylán. Cada ostra perlera es un billete de lotería; puede contener una perla digna de ser colocada en la corona de un rey, o sólo una diminuta esferilla brillante, cuyo valor no pasa de algunas rupias. A veces, sólo una ostra entre ciento, encierra una perla, y se calcula que de cada cien perlas, sólo una, cuando más, es de gran valor.

Y esta lotería resulta cara como ninguna. El gobierno de Ceylán, por intervenir en la pesca, se cobra un impuesto consistente en dos ostras de cada tres que se cogen; hasta hace pocos años aún era más exigente: de cada cuatro ostras se quedaba con tres. De todos modos, el pescador sólo tiene derecho a un tercio del producto de su trabajo, y de sus ganancias tiene todavía que pagar al dueño del barco que le conduce, a los marineros y a un número bastante crecido de ayudantes.

———

Acerca del molusco objeto de esta industria, se tienen generalmente las más equivocadas ideas. Ante todo, la ostra perlera no tiene con las ostras de nuestros mares sino un parentesco muy lejano; representa una especie muy diferente y no es comestible.

El naturalista Hornell, actualmente al servicio del gobierno de Ceylán, que conoce la vida y costumbres de las ostras perleras como si se hubiera criado entre ellas, ha destruido la leyenda de la formación de la perla. Hasta ahora se creía que ésta se formaba por capas sucesivas de nácar, depositadas sobre un grano de arena o cualquiera otra partícula extraña que se hubiese introducido en la ostra; pero no es así. La perla se forma como una consecuencia de la presencia de los cadáveres de ciertos gusanillos casi microscópicos, parásitos de la ostra. Mientras estos gusanitos están vivos, no originan formación de perlas.

Otro error muy popularizado es que la ostra es un ser poco menos que inerte, que se está allí donde ha nacido. El profesor Hornell ha demostrado que estos moluscos son, por el contrario, excelentes andarines, que van y vienen a donde les da la gana y pueden recorrer muchos kilómetros en pocas semanas. De aquí que no haya siempre abundancia en un mismo banco de ostras.

Como en esta industria no convendría fiarlo todo a la ventura, para que los pescadores no trabajen inútilmente se hace dos veces al año el cálculo de las ostras que hay en los bancos, y el de las perlas que aproximadamente contienen. Un buzo pagado por el gobierno recoge 20.000 ostras, y se tasa el precio de sus perlas. Si éste es de diez a doce rupias por cada 1.000 ostras, el banco se considera digno de ser explotado, y el gobierno lo hace público por medio de avisos publicados en todos los periódicos de la India, en tres idiomas: inglés, cingalés y tamil.

En un solo año el cálculo hecho por los naturalistas empleados por el gobierno arrojó un total de 83.000.000 de bivalvas en todos los bancos de Ceylán. Sólo uno de estos, contenía 40.220.000 ostras. El anuncio de tanta abundancia atrajo un número de pescadores tal como no se había visto hace muchos años.

———

Contra lo que suele decirse en muchos libros de viajes, las pescadores de perlas no son, por regla general, naturales de Ceylán, sino indios de Madras y del Travancore, negros de Aden y árabes del Golfo Pérsico. Los pocos pescadores nacidos en Ceylán, proceden de una colonia de árabes que se estableció en la isla hace sesenta años. En la estación de la pesca, que empieza a mediados de febrero, durante la calma del monzón septentrional, esta multitud cosmopolita se reúne en Marichchikadi, hoy día el centro de pesca más importante. Durante los días que preceden a la apertura de la pesca, aquellos hombres pasean por calles y plazas, sin más traje que un ligero taparrabos, rodeados de chiquillos y siendo la admiración de la gente del pueblo. Algunos de ellos son famosos por el buen resultado de todas sus empresas, y se les mira con cierto respeto. Algunos años, entre los pescadores reunidos en Marichchikadi, sus ayudantes y sus marineros, suman un total de ocho o nueve mil hombres.

Los barcos empleados para la pesca son de vela, y los hay de todos tamaños. En unos sólo caben siete pescadoresy la tripulación, mientras otros son lo bastante capaces para treinta pescadores, con sus treinta "manduks" o ayudantes, los marineros y varios criados. Los marineros no se ocupan para nada de lo que hacen los pescadores, ni les prestan otros auxilios que el de manejar la embarcación. El ayudarle a bajar al agua y el cuidar de las ostras que van sacando, son obligaciones del "manduk".

Los barcos salen al mar al despuntar el alba. Apenas están a seis u ocho millas de la costa, los pescadores comienzan su trabajo. A excepción de los naturales del Malabar, que se tiran al mar de cabeza, todos los demás se dejan caer de pies, metiendo uno de estos en una argolla de cuerda sujeta a una enorme piedra, de veinte o treinta kilos de peso. Para bajar, se tapan las narices con una mano, excepto los árabes, que emplean un taponcillo de concha de tortuga. El "manduk" o ayudante tiene en su mano dos largas cuerdas, una atada a la piedra que sirve de lastre, y la otra a un cestillo que el pescador baja consigo. En cuanto el buzo llega al fondo, su "manduk" sube la piedra y la prepara para un nuevo descenso. El buzo, entre tanto, llena de ostras su cesto, y en cuanto lo ha llenado o nota que le falta el aliento, hace una señal con la cuerda del mismo cesto, y agarrándose a ella es subido a bordo.

Se suele exagerar mucho el tiempo que estos hombres pueden pasar bajo el agua. Los indios no resisten generalmente más de cuarenta y cinco segundos, mientras los árabes pueden permanecer en el fondo un minuto, y hasta ochenta segundos. Por regla general, en media hora se hacen siete u ocho viajes, y después se descansa durante un breve rato.

A las dos de la tarde, un buque del gobierno dispara un cañonazo. Es la señal del regreso a la playa. A medida que llegan las barcas, vigorosos "coolies" transportan el cargamento de ostras al "kottu", o parque del gobierno. En cada barco ha ido un policía indígena, para cuidar de que no se abra ninguna concha. Estas deben llegar intactas al "kottu". Las de cada navecilla se distribuyen en tres montones iguales, dos de ellos para el gobierno, y el tercero para los pescadores que las recogieron.

Estos últimos hacen luego de su parte una distribución análoga.

Con un tercio de ella pagan al patrón del barco, a los marineros y a los "manduks", y los dos tercios restantes, o sea menos de la cuarta parte de lo recogido, se los reservan para sí, repartiéndoselos equitativamente. Algunas de estas conchas les sirven de moneda en sus alojamientos y en los cafés y tiendas de refrescos, y las restantes las venden a los comerciantes que vienen con este objeto de todas partes de la India. Desde tiempo inmemorial, es costumbre que todas estas transacciones se hagan sin abrir las bivalvas; por consiguiente, para el pescador, como para el gobierno, el negocio es casi siempre seguro. El comerciante es el verdadero jugador en la lotería de las perlas.

La génesis del pantalón

Calzas, gregüescos, trusas y calzones

El pantalón, símbolo de la virilidad en el indumento de las naciones civilizadas y parte la más principal de la vestidura masculina, es mucho más antiguo de lo que parece. Usábanlo ya los antiguos persas y también los habitantes de la Frigia, y más adelante lo llevaron los soldados de Julio César, que acaso lo copiaron de los francos, cuyo país, por ser en él prenda nacional el calzón largo hasta los tobillos, recibió de los romanos el nombre de "Gallia braccata".

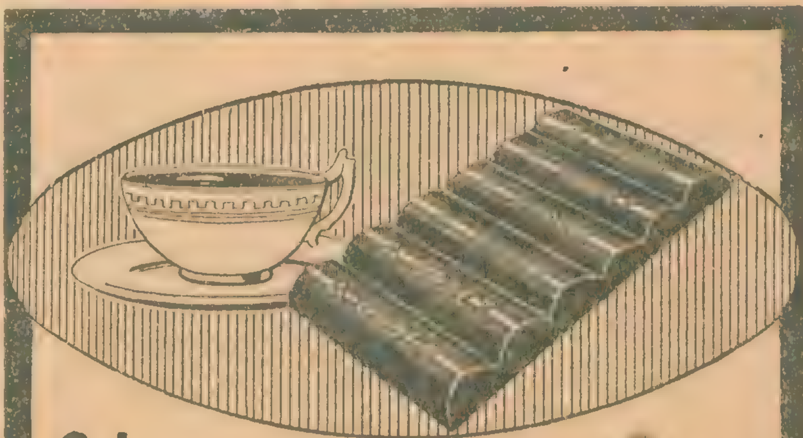
Nada tienen que ver, sin embargo, con aquellos pantalones los que hoy usamos nosotros. Entre aquéllos y éstos hay analogías, pero no parentesco. El origen de nuestro pantalón es, como vamos a ver, muy otro. El hombre, después de las invasiones godas, cubríase con ropajes largos, recuerdo de la túnica romana, y quedándole las piernas al aire, las envolvía en unas a modo de medias altas, que los guerreros se ceñían por medio de correas, sin duda para que no se les cayesen con el movimiento y trajín de los combates. A medida que el vestido del cuerpo fué acortándose, el de las piernas tuvo que alargarse, y por fin pasó de las caderas y llegó hasta la cintura. De este modo nacieron las "calzas", que fueron parte integrante del traje durante cinco siglos. En el XIV y el XV eran en un todo semejantes a las mallas que hoy usan los gimnastas, cubriendo desde la cintura hasta la planta del pie. Llevábanse con zapatos encima, o bien solas, y en este caso tenían una suela de cuero.

Durante aquella época las mujeres usaban también calzas, debajo de la falda, por supuesto; mas para su comodidad hubieron de partirlas, haciendo de una sola prenda dos "medias", origen de las que todavía llevan este nombre.

Calzas masculinas habíalas de muchas clases: "italianas", con listas de dos colores; "polacas", con rayas horizontales; "acuchilladas", que eran las que tenían cortes o cuchillos en las caderas y en las rodillas, etc. La introducción de las calzas acuchilladas tuvo por causa lo penoso que era el juego de la pierna con una prenda tan ajustada y la exposición que había de romperla si no se le daba más holgura o desahogo.

No era este el único inconveniente que tenían las calzas. Lo ajustado de la prenda en toda su extensión hubo de llamar la atención de los moralistas de la época, y aunque ésta lo era de sensualidad y libertinaje, se reconoció la necesidad de disimular la indecorosa estrechez de las calzas por su parte más alta. Lo primero que se hizo fué abrir las calzas por delante, para dejarlas más flojas, y poner sobre ellas una especie de pantaloncetes muy cortos y holgados, por el estilo de los que hoy se usan para el baño. Esta prenda fué la verdadera progenitora de nuestros modernos pantalones. Iba sujeta a la cintura por herretes, y como también era abierta por delante, resultaba que por la abertura se veía la camisa, lo que no era muy limpio que digamos. No quedando todavía muy bien parada la decencia, para acabar de remediar el defecto se inventó la "bragueta"; especie de caja hemisférica, bastante voluminosa y que se colocaba tapando la dichosa abertura. El remedio fué, como puede comprenderse, peor que la enfermedad. La innovación, sin favorecer en nada al decoro, era de lo más ridículo que puede imaginarse; y eso que los sastres se esforzaron en amenguar la fealdad de la tal cajita cubriéndola de bordados, diminutos cuchillos y demás adornos al gusto de la época.

Comenzaba el siglo XVI cuando apareció una nueva prenda que sustituyó más ventajosamente al feísimo pantaloncillo de que antes hablábamos. Ignórase de dónde vino y quién se encargó de traerla; pero hay motivos para creer que los italianos fueron los implantadores de la moda y que la copiaron de los griegos. Eran esta prenda los "gregüescos", cuyo nombre evidentemente viene del italiano "grechesco", "cosa de griegos".



Los gregüescos no eran más que unos pantaloncillos muy cortos, como los que se venían usando, pero inflados y acuchillados, dejando ver por los cuchillos un forro de otro color. En Alemania es donde se llevaban más elegantes y de más variadas formas; de allí vino la moda a España con Carlos V. Lo malo era que con la nueva prenda no desapareció la feísima bragueta; antes bien, se la hizo más recargada de adornos y más ostensible, hasta el punto de dejarla visible entre los faldones del jubón cuando éstos cubrían los gregüescos.

Claro está que semejante aditamento, tan poco estético y tan poco en conformidad con la seriedad de aquellos tiempos de luchas religiosas, no podía durar mucho. Para hacerlo desaparecer, en la segunda mitad del siglo XVI se cerraron por completo los gregüescos, convirtiéndolos en un bullón único, que recibió el nombre de "trusa".

Estas trusas solían ser acuchilladas y de distinto color que las calzas. Las había infladas hasta la exageración. Los ingleses, sobre todo, usábanlas de dimensiones enormes, y rellenas de salvado para que no se deformasen, llegando a tal extremo, que las autoridades de Londres se vieron en la necesidad de poner coto al abuso, fijando el máximum de tela que podía emplearse en una trusa.

De este modo se acabó con muchos escándalos ocasionados por los pilletes callejeros. Cuando éstos veían un transeúnte con la trusa demasiado inflada, muy calladamente se acercaban a él y le daban por detrás un ligero pinchazo, con lo cual el hombre quedaba convertido en fuente de salvado, sin darse cuenta de ello hasta que la risa y chacota del público le hacían fijarse en el desaguisado y encontrarse con la trusa floja y arrugada como odre vacío.

De la trusa, alargándola un poco y desinflándola un tanto, se pasó al calzón corto y bombacho, que sin duda era mucho más cómodo, y también más varonil; y entonces las calzas dejaron de cubrir los muslos y quedaron reducidas a "medias calzas", o simplemente "medias". Los cuadros de Velázquez dan perfecta idea de lo bonitos y elegantes que eran aquellos calzones, con frecuencia ricamente ornamentados en las costuras y adornados con un gran lazo en la boca.

Esta prenda duró hasta que los caballeros trocaron el jubón y el coleto por la chupa y la casaca. Con éstas no casaba bien el calzón bombacho, y hubo que buscar manera de sustituirlo. Los franceses, maestros en todo tiempo en esto de modas, introdujeron primero una especie de dobles enagüillas muy adornadas en la cintura y en los bordes con cintas y lazos. Después, en tiempo de Luis XIV, los caballeros usaron unos calzones muy inflados por abajo, que recordaban la antigua trusa y armaban muy bien debajo de la casaca.

Todo esto desapareció rápidamente, y lo mismo españoles que franceses, ingleses como alemanes, adoptaron el calzón corto sencillo, ajustado y ceñido en la rodilla con una hebilla o un botón. Este es el calzón que acompaña aún a la casaca en muchos uniformes civiles.

La revolución francesa señaló el término de la vida pública del calzón corto. Al volver a Francia la aristocracia desterrada, encontró a sus compatriotas vestidos con pantalones, que al igual de nuestros calzoncillos se abotonaban o se ataban con cintas sobre el tobillo; y estos mismos pantalones, extendiéndose por todo el resto de Europa durante los primeros años del siglo XIX, modificáronse luego de varios modos hasta convertirse en el pantalón actual, en tanto que las medias, hijas de las antiguas calzas, reducíanse más aún y quedaban convertidas en calcetinas.

Los cigarros de Edison

Cuando Edison fué a visitar la Exposición de París del año 1889, invitó un día a comer al conocido corresponsal Robert H. Sherard, y durante la comida, el gran inventor habló de los muchos engaños en que incurre la gente en cuanto a la bondad de vinos y cigarros.

Al tratar del asunto, escribe míster Sherard, en su libro "Veinte años en París", que Edison dijo: "Los hombres aprecian las cosas por lo que cuestan. Hay muy pocos que sean entendidos de verdad. Yo tengo siempre en mi casa para bromearme unos cuantos cigarros de muy mal tabaco, pero muy bien empaquetados y presentados, algunos de los cuales encierran pelos y hasta algodón en rama. Pues bien, cuando doy alguno a un fumador de los entendidos, a un "connaisseur", como ellos se titulan, y le digo que aquellos cigarros me cuestan a medio peso, se deshacen en alabanzas al tabaco".

El desesperado

Por

GABRIEL TIMMORY

El novelista Francisco Arnaud estaba trabajando en su despacho, cuando el criado le entró una tarjeta que decía: "Ives de Tolbiac. Escritor."

—Me ha dicho que es urgente—dijo el sirviente.

Arnaud no había oído nunca el nombre de Ives de Tolbiac; pero, extrañado, dió orden de que pasase el visitante.

El cual era un hombre pálido, miserablemente vestido. Todo en él revelaba la mayor miseria.

—¿Qué desea usted?

El señor de Tolbiac pasó febrilmente su mano por los ojos, lanzó un suspiro y dijo:

—Si me he permitido venir a molestarle es porque conozco la bondad de su corazón, y porque me obliga a ello la crítica situación en que me encuentro.

Arnaud previó la historia dolorosa, con su sablazo correspondiente, e hizo ademán de despedir a su visitante.

—Perdone, querido señor, pero una ocupación urgente me impide...

—Es preciso que me escuche usted —le atajó el joven enérgicamente—. Pertenezco a una noble familia de la Champaña, arruinada por la revolución. Me destinaban al Ejército; pero yo me sentía atraído por la literatura. Me parecía que un Ives de Tolbiac podía reanudar la carrera gloriosa de un Alfredo de Vigny o de un Musset. Mi padre, sin embargo, que profesaba contra las profesiones liberales los prejuicios de la vieja nobleza, no admitió mi rebeldía y me expulsó de casa, jurando no volver a verme. Lo conozco; cumplirá su palabra. Hace dos años que estoy en París; pero en todas partes rechazan mis versos. Sólo he logrado colocar algunos artículos a precios inverosímiles, y mis escasos recursos están agotados. Estoy vencido. Desde ayer sólo he comido un panecillo, y esta noche no tengo dónde acostarme. ¿Qué hacer, señor?

Arnaud echó mano al bolsillo. Tolbiac, al ver el ademán, se rebeló.

—¿Qué va usted a hacer? ¿Pretenderá usted ofrecerme un duro?

—¡No he querido ofenderle! — dijo Arnaud, excusándose.

—¡Un duro a mí... a Ives de Tolbiac! ¡Como a un mendigo cualquiera!

Arnaud siguió excusándose.

—¡Así recibe un gentilhombre a un colega desdichado! ¡Se presenta uno pidiendo un consejo, un apoyo... y le arrojan a uno una limosna! ¡Pero, no!... ¡Basta de humillaciones! ¡Basta de vergüenzas!

Sacó de su bolsillo un revólver. Arnaud se estremeció. ¿Sería capaz aquel loco de agredirle? Hizo un movimiento para tocar el timbre, y Tolbiac, al advertirlo, se encogió de hombros y dijo con gran ironía:

—¡Tranquilícese usted, querido maestro! No voy contra usted. No soy ni un ladrón ni un asesino. Sólo habrá una víctima: ¡Yo!

Francisco Arnaud se asustó.

—¿Va usted a matarse?

—¡Aquí mismo!

—¡Pero eso es una insensatez!

—¿Por qué? Mi vida habrá sido obscura; pero al saltarme aquí la tapa de los sesos no dejará de dar algún ruido.

Arnaud intentó disuadirle de la descabellada idea. Le pintó un porvenir de gloria e intentó convencerle de que un socorro inmediato no era ninguna ofensa.

—¡Por última vez, le digo que yo no mendigo!

Mientras hablaba, no cesaba de jugar con su revólver. Arnaud no separaba su vista del arma.

—Veo que le interesa a usted mi revólver—le dijo Tolbiac sardónicamente.

Y añadió:

—No tema usted, no fallará. Es un arma de gran precisión... Un Richardson de ocho milímetros... pólvora sin humo. Todo lo necesario para acabar pronto. Me costó cincuenta francos en la época en que podía disponer de una cantidad tan considerable. Es un gusto por el cual no tendré que arrepentirme.

Al oír a Tolbiac elogiar en tales términos el arma con que había de darse muerte, se le ocurrió una idea salvadora.

—Aguarde y no se moleste por la proposición que voy a hacerle. Usted no quiere aceptar un socorro mío. Perfectamente. Aplaudo su susceptibilidad. Pero nada le impide venderme lo que le pertenece. Pues, bien... ¿me vende usted ese revólver? Le doy los cincuenta francos que le costó, y con ellos puede defenderse hasta que pueda hacerse algo por usted.

—Sea—respondió sombríamente Tolbiac, después de un rato de reflexión. —Aprovecharé esta válvula de salvación; pero nunca creí que fuera tan cobarde, créame usted. ¡Me desprecio!

Dió su revólver a Arnaud, se guardó los cincuenta francos y se marchó orgullosamente.

—¡Uf!—exclamó el novelista con un respiro de satisfacción el verle salir. Y llamó al criado para prohibirle que volviese a recibir a aquel sujeto.

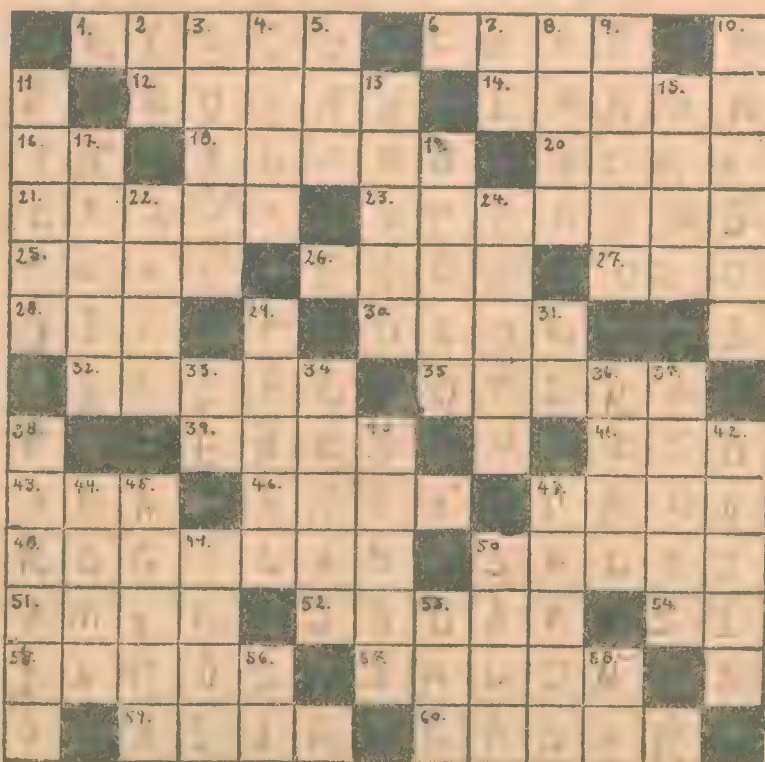
Media hora más tarde Tolbiac entró apresuradamente en una tienda de armas de la calle de Pigalle.

—¡Querido señor Gible! — dijo al dueño—. Hoy va a estar usted satisfecho de mí. He vendido tres.

—¡Bravo!—exclamó el señor Gible. —¡Cuando pienso que con ese aspecto se contentaba usted con ganar setenta y cinco francos al mes haciendo papeles de traidor en los teatros de último orden!... ¡Ya verá usted cómo a mi lado gana mucho más!

—En efecto — respondió modestamente el joven Tolbiac—. Voy camino de crearme en su casa una hermosa situación de desesperado.

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1—Peñasco alto y escarpado.
6—Mamífero doméstico (en francés).
12—Cierto pelaje en los caballos.
14—No dar el tiro en el blanco.
16—Partícula inseparable.
18—Elogio.
20—Es necesario para la respiración.
21—Batracio en la primera edad.
23—Los que no tienen fin.
25—Contrario de lleva.
26—Tríptico.
27—Plantígrado mamífero.
28—Atender los ruegos o súplicas de uno.
30—Impresión que los efluvios de los cuerpos producen en el olfato.
32—Muchacho que ha llegado a la adolescencia.
35—Obra teatral.
39—Consonantes.
41—Repetición de un sonido.
43—Altar.
46—Final de un rezo.
47—Culebra africana de un metro de longitud aproximadamente.
48—Obsequias.
50—Lo contrario de entras.
51—Pasión que atrae un sexo hacia el otro.
52—Echar suelas a los zapatos.
54—Afirmación.
55—Antecedentes necesarios para llegar al conocimiento exacto de una cosa.
57—Habitación de grandes dimensiones.
59—Tomar, agarrar.
60—Sazonar un manjar.

VERTICALES

2—Moverse de un lado hacia otro.
3—Liso y blando al tacto.
4—Parte más baja en el interior de un buque.
5—Nombre de cierto indio sudamericano.
7—Interjección.
8—Preparar la tierra para la siembra.
9—Que contiene en sí tres cosas distintas, o participa de ellas.
10—Reos.
11—Despeñadero muy profundo.
13—Persona de vientre abultado.
15—Juguete de niño.
17—En la cara.
19—Personaje de una ópera célebre.
22—Escasa, singular en un caso o especie.
24—Célebre fabulista.
29—Pedazo de lienzo en que se envuelve a los niños de pecho.
31—Nota musical.
33—Consonante.
34—Argumentos o títulos que preceden a ciertas composiciones literarias, para explicar en breves términos el asunto de ellas.
36—Lo que existe.
37—Áspero y picante al gusto o al olfato.
38—Remiso, flojo y descuidado en sus acciones y movimientos.
40—En la cabeza.
42—Sitio de vegetación aislado en los desiertos.
44—El que anda en bote.
45—El que extrae todo el líquido de una capacidad cualquiera.
47—Alumbra.
49—Ruedan.
50—Dependencia de una casa habitación.
53—Artículo plural.
56—Afirmación.
58—Iniciales de una parte de América.

Solución del problema anterior

A	I	R	E		A	N	A		O	R	I	N
T	R	A	M	A	R		B	A	R	A	T	O
A	R	M	A		A	R	A		A	R	A	R
R	I	O		A	B	E	T	O		O	L	A
	T		A		E	M	E		R		I	
C	A	O	B	A		O		A	O	V	A	R
I		R	E	V	E	L	A	N	T	E		I
A	T	A	J	O		C		A	O	R	T	A
	A		A		M	A	S		R		A	
O	R	A		N	A	D	A	R		O	J	O
L	I	M	A		S	O	L		A	C	A	L
A	M	O	R	I	O		T	E	J	A	D	O
S	A	R	A		N	A	O		A	S	A	R

Filosofía de la pipa

Un filósofo coleccionador de pipas, M. de Watteville, ha deducido algunos interesantes axiomas del examen comparativo de algunas de aquéllas.

La pipa es característica de la raza, cuya actividad es proporcional a la longitud del tubo de la pipa. Si éste es corto, la raza es laboriosa; y si, por el contrario, es largo, revela un espíritu de ociosidad y apatía.

Si en conjunto la pipa es pequeña, denota un carácter económico; y si ocurre lo contrario, revélase una raza pródiga y desordenada.

José Camilo CROTTO.

C A L I G U L A

Sus hermanas y sus mujeres. — El porqué de sus locuras

Al morir Tiberio, el senado romano se vió en gran apuro para nombrar un sucesor.

Los soldados sentían verdadero cariño y veneración por la nobleza romana, y estos sentimientos se hallaban concentrados en aquella época en la familia de Augusto. Era, pues, necesario elegir emperador a uno de sus miembros, de los tres únicos que quedaban: Cayo Calígula, hijo de Germánico, Tiberio, hijo de Drauso, y Claudio, hermano de Germánico.

Este era considerado imbécil y era el hazmerreír de los libertos y las mujeres, una especie de clown, que era imposible elevar a la suprema magistratura. Tiberio era demasiado joven para cargar con tal responsabilidad, pues sólo contaba entonces diez y siete años. El senado, pues, se vió en la necesidad de elegir a Calígula, que a la sazón contaba veintisiete años.

La muerte de Tiberio había de demostrar por primera vez a los romanos, que si era difícil encontrar un buen emperador, era más aún encontrar una buena emperatriz.

Durante el largo reinado de Augusto, Livia había desempeñado las uniones de su difícil función con verdadero acierto. Tiberio, sucesor de Augusto, después de divorciarse con Julia, no volvió a casarse.

Al advenimiento de Calígula, el problema se presentaba por vez primera, pues no podía esperarse de un hombre de veintisiete años lo que de Tiberio, y además la "lex de maritandis ordinibus" le obligaba a ello, como a todos los senadores, y la cabeza del Estado necesitaba una esposa que se ocupara de los asuntos sociales. Era indispensable que esta mujer fuese de noble alcurnia, descendiente de una de las antiguas familias romanas que de día en día se iban haciendo menos numerosas; había de ser, además de virtuosa, lo que también era difícil de encontrar: lista, querida de los esclavos; de las familias nobles y del pueblo, y que supiese hacer un buen papel en las recepciones, banquetes y diversiones de palacio.

Si la tarea era difícil, casi imposible resultaba que pudiese amoldar y acostumbrar a estas necesidades a una dama romana, un hombre de veintisiete años tan poco a propósito como Calígula.

Cuatro años antes de su elección se había casado con Julia Claudilla, perteneciente a una de las más nobles familias romanas, y que quizás al lado de otro Augusto hubiese podido ser una segunda Livia; pero Calígula estaba muy lejos de ser un segundo Augusto.

No era un loco desenfrenado, como lo pintan los historiadores antiguos, pero era, sí, un extravagante desequilibrado, muy dado a las grandezas y a los excesos, defectos que aumentaron considerablemente al verse en el trono, adonde jamás pensó en llegar y para lo que no estaba preparado.

Tan inesperada ascensión después de las persecuciones que había sufrido su familia, perturbaron sus facultades mentales, que ya no estaban muy seguras y en su delirio pensó en Egipto y sus costumbres.

Desde su más tierna infancia, Calígula había mostrado gran predilección por todo lo egipcio; los productos, los usos, los hombres de aquel país le causaban profunda admiración. Se sabe que todos sus criados eran egipcios y que Helicón, su liberto favorito, que tanta influencia ejercía sobre él, era de Alejandría.

Este sentimiento de admiración por el país de los Faraones se acentuó de tal manera cuando se vió emperador, que quiso hacer de Roma un Egipto e introducir en su imperio las ceremonias, costumbres y suntuosidades de la corte de los Tolomeos; es más, quiso hacerse adorar en vida, como un ser divino, como lo hacían con sus soberanos los habitantes de las orillas del Nilo.

No se puede negar que Calígula era un lunático, pero su locura sería más comprensible, si se tuviese en cuenta que casi todos sus desatinos eran producto de sus tendencias e ideas egipcias. Así, por ejemplo, le vemos al poco tiempo de su elección introducir entre los cultos oficiales de Roma, el culto a Isis e incluir en el calendario un festival público en honor del dios egipcio. Más tarde le vemos prohibiendo el festival en conmemoración de la batalla de Actium, que hacía más de medio siglo venía celebrándose en Roma sin interrupción. Esta decisión parece absurda, a primera vista, pero en este acto no veamos un capricho loco sino el deseo de iniciar la rehabilitación histórica de su bisabuelo Marco Antonio, que quiso hacer de Alejandría el centro político universal.

Así como la dinastía de los Tolomeos había sido rodeada de una religiosa veneración, Calígula, inspirado por las concepciones egipcias, quiso rodearse de esa veneración, incluyendo en ella a su familia, a aquella familia tan perseguida, difamada y diezmada bajo el poder de Tiberio por la envidia de las familias aristocráticas del imperio. Calígula no sólo se apresuró a colocar piadosamente en la tumba de Augusto los restos de su madre Agripina y de su hermano, sino que prohibió que se citara a Agripa como miembro de su familia, pues su humilde origen manchaba la pureza de su sangre semidivina. Hizo que a su abuela Antonia se le diese el título de Augusta y que se le concediesen todos los privilegios de las vestales, privilegios que hizo extensivos a sus tres hermanas Agripina, Drusila y Livila. Les asignó un puesto igual al suyo en los juegos del circo e hizo que sus nombres se incluyesen en los votos que los magistrados hacían todos los años por la prosperidad del príncipe y su familia. A pesar del carácter violento, impulsivo e irreflexivo del Emperador, nadie protestó de sus hechos. Las diversiones, los banquetes, los bailes a nadie disgustaron. Después de la etapa económica y seria de Tiberio, los placeres, el lujo y los festivales que trajo Calígula, agradaron al pueblo y durante los primeros meses de su reinado se hizo querido y popular. El emperador fué rodeado de admiración, se le concedieron ilimitados poderes y fué objeto de una veneración casi divina. Pero el lunático de Calígula no era hombre que se contentaba con esto; y a poco se le ocurrió una idea que debió parecer a los romanos una horrible impiedad. Había quedado viudo poco después de ser elegido emperador y anunció al Senado que iba a casarse con su hermana Drusila.

Los historiadores achacan a un perverso delirio de sensualidad esta resolución, pero si bien era el acto de un loco, había en él más de política y de orgullo que de perversidad. Calígula quería introducir en Roma la costumbre de los Faraones egipcios, de casarse los emperadores y príncipes hermanos con hermanas. Esta horrible aberración era un privilegio de las dinastías reales que las acercaba a los dioses. Por estas uniones la familia conservaba la divina pureza de su sangre. Como Júpiter y Juno, como los Tolomeos y Faraones quería que su dinastía fuese divina, cuyos miembros, dioses y semidioses se unirían entre ellos para no macular su purísima sangre. Una pareja fraternal y divina iba a reinar en el imperio romano, como Arsinde y Tolomeo reinaron en la tierra regada por el Nilo.

Nombró a Drusila no solamente heredera de todos sus bienes, sino del imperio, idea loca bajo el punto de vista romano que no admitía mujeres a la cabeza del Estado, pero Calígula pensaba y obraba como un rey egipcio. Esto le enemistó con su abuela y con sus otras hermanas, la discordia reinó en la familia imperial, y las catástrofes se siguieron sin cesar. Drusila a quien su hermano trataba con cariño murió de repente sin que se supiera de qué enfermedad. A su muerte su marido y hermano la declaró diosa, edificó un templo a ella consagrado y nombró un cuerpo de diez sacerdotisas para su culto; declaró festivo el día del cumpleaños de su hermana y quiso que la estatua de Venus reprodujera las facciones de Drusila.

A medida que la adoración de Calígula por su difunta hermana crecía, la discordia y el odio entre él y los otros miembros de su familia aumentaba. Livila fué desterrada en el año 38, y un año después, lo fué Agripina, casi al mismo tiempo que moría la venerable Antonia.

Se decía que la habían obligado a suicidarse y que las dos hermanas habían conspirado contra la vida del emperador. La vida en el palacio del César se hacía imposible.

Calígula quedaba solo en Roma para representar a la familia imperial pues no se tomaba en consideración a Claudio a quien todos tenían por imbécil.

El loco emperador se casó con Livia Orestila, luego con Solia Paulina, y después con Milonia Cesoria; las tres fueron repudiadas.

Todo esto aconteció en el espacio de tres años, y el pueblo romano esperó en vano ver en el palacio imperial una mujer parecida a Livia y poco a poco se fué disgustando con el loco César.

Las extravagancias, los derroches, los ruidosos placeres y las crueldades de Calígula aumentaron el descontento. Un día, el imperio despertó lleno de terror. La familia imperial, adorada de las legiones, de las provincias, de los bárbaros, la familia que todos consideraban la piedra angular del Estado, no existía, que en el inmenso palacio imperial no había mujeres, no había niños, no había esperanzas, no había sino un loco de treinta y un años que se divorciaba cada seis meses, que derrochaba el dinero en bacanales, que llevaba el imperio a la ruina, que no pensaba sino en hacerse adorar como un dios.

Los romanos ya estaban cansados de tanta locura, conspiraron y Calígula fué asesinado.

Anécdotas de Lucien Guitry

Cierto autor impertinente envió a Lucien Guitry una obra para que la leyese, cuando el célebre actor dirigía el teatro de la Renaissance. Haciendo gala de ingenio y picardía, el autor acompañaba el envío con la siguiente cartita:

"Apuesto un luis a que no lee usted esta obra."

Guitry devolvió al autor el manuscrito, sin haberlo abierto, con un luis y estas palabras:

"Ha ganado usted."

Poniendo en escena un drama, Guitry dijo a un actor que hiciese una entrada "con majestad". El actor se adelantó hacia la candilejas solemnemente, con las piernas muy abiertas.

—Le he dicho que entre con majestad—dijo Guitry,—no que entre a caballo. Váyase y vuelva a pie.

Lucien Guitry estuvo algún tiempo disgustado con su hijo Sacha. La celebridad de éste como autor y actor facilitó la reconciliación, y Lucien interpretó el "Pasteur" de su hijo con gran éxito.

Poco tiempo después Sacha escribió una comedia, que interpretaba igualmente Lucien, y cuyo título parecía un homenaje filial: "Mi padre tenía razón".

Guitry recibía a mucha gente en su cuarto. Un día fué invitado a comer por un admirador, cuya presencia molestaba al gran cómico. Tan pronto había salido de su cuarto dicho personaje, Guitry llamó a su representante:

—Escríbele a ese cretino, a ese idiota, a ese imbécil, diciéndole que no puedo ir a comer con él porque...

En ese momento Guitry vió entrar por el espejo al admirador que entraba nuevamente en el cuarto, y sin perder la serenidad, terminó:

—Porque tengo que ir a comer con este señor.

COLABORACION ESPONTANEA

Serenidad

A Aníbal Marcelino Giménez.

En esta noche grave de opulencia infinita
mi labio inicia un verso doloroso y sensual,
pero el madrigal mío que hacia el placer invita,
deshiélase en su propia rudeza nocturnal.

Y tórnase mi empeño, leve, pesado y cruento
cual si esta grande, enorme tenaz desolación
buscar quisiese apoyo en las alas del viento
invisible como una muda compensación.

Me tornas melancólico, presa de un mal profundo,
abres mis cicatrices, y el mágico crisol
de yo no sé qué efecto, me arrojas por el mundo
sin arrullos de luna, ni caricias de sol...

Me hace mal, madre noche, tu silencio absoluto,
tu silencio tan trágico como tu cara, y es
por eso que este manto que nos cubre de luto
quizá, a mi alma un día, la lleve en su bauprés...

En tu sopor amargo se anida la asechanza
como un cruel desengaño de tu exilio cruento,
como un cruel desengaño que no tuvo en su an-
[danza
ni siquiera la queja de un profundo lamento...

Me hace mal, noche triste, tu silencio profundo,
abres mis cicatrices y al mágico crisol
de yo no sé qué efecto, me arrojas por el mundo
sin arrullos de luna, ni caricias de sol...

Galo Arg. **ZARAGOZA.**

En un pueblo de la Pampa

(Domingo)

El sábado por la noche
se notan caras alegres,
La víspera de un domingo
entusiasma al pueblo siempre.

No hay programas definidos....
se afeitan mozos y viejos,
conversando jovialmente
con el versado barbero.

El domingo surge siempre
bajo un sol radiante y bueno,
por más que hayan sido crudas
las noches del largo invierno.

Mañanitas sedativas
de languidez y pereza.
Sólo madrugan las beatas
que pasan rumbo a la iglesia.

Por la tarde ambulan grupos
luciendo sus trajes nuevos;
perezosos, indecisos,
reflejando un hondo tedio.

El crepúsculo silente
trae tristezas al alma...
Recuerdos que no se borran,
viejas angustias que estallan...

Y en la noche, taciturnos,
junto al billar, los muchachos
sueñan con grandes ciudades
mientras escogen los tacos.

Gregorio STEIMBERG.

EL POETA

PARÁBOLA

El día en que, gracias a un periódico de la capital, se enteró el pueblo de que "aquel sandio, aquel gandul"—conforme le llamaban todos—y que tantos años hacía que faltaba del lugar, era "un poeta, un gran poeta", el que allá abajo se habían celebrado en su honor grandes festejos, sus antiguos convecinos sintiéronse poseídos de una satisfacción desconocida y tuvieron una idea — la primera que hubieran tenido hasta entonces, — "hacer algo por un hijo que tan alto había colocado el nombre del lugar que le vió nacer".

Y después de madura deliberación, acordó el ayuntamiento que lo más honorífico—y lo menos costoso,—era dar su nombre a la calle Mayor del lugar.

"¡La calle Mayor!" ¿Qué significa esto? ¡Nada! ¡Todas las poblaciones, aun las más insignificantes, tienen su calle Mayor! ¡Lo que no todas tienen es la calle de un gran poeta nacido allá, entre aquellas paredes!"

Y llegó el día señalado para la solemnidad. Se enramaron calles y plazas y con gran ceremonial se descubrió la baldosilla clavada en la esquina ostentando el nombre del Poeta. Salieron a relucir todas las bandas y cruces que había en el lugar, vieron la luz del sol algunas casacas viejas que nunca tenían ocasión de verla, y se estrenaron otras que jamás se hubiesen estrenado. Y para que a todos alcanzara su parte en la fiesta, por la noche hubo bailes públicos, se dispararon cohetes y se encendieron bengalas.

Mientras tanto el ayuntamiento se congregaba en sesión solemne, en la que el alcalde, en un discurso elocuentísimo, elogió "los méritos, las virtudes, los talentos del hijo predilecto a quien se honraba", terminando con un formidable "¡gloria al Poeta!" que hizo latir todos los corazones, palmotear todas las manos y humedecerse todos los ojos.

Concluída la ceremonia, uno de los ediles—hombre de bien a carta cabal, modelo de ingenuidad y sencillez—acercóse al alcalde y preguntóle al oído:

—¿Me haría usted el obsequio de decirme ahora qué es un poeta?

—¿Un poeta?—contestó el alcalde carraspeando y mirándole de arriba abajo con aire ofendido—. ¿Un poeta?... Un poeta es... es... es... ¡Hombre!, quien se lo explicará a usted mejor que yo es el secretario, que para eso cobra un buen sueldo, para asesorarnos...

Y se consultó al secretario, el cual contestó que sus atribuciones estaban bien determinadas y aquello no era de su incumbencia.

La pregunta fué circulando de un oído a otro, sin que nadie supiera contestarla categóricamente. ¡Pues claro! En el lugar había habido siempre panadero, herrero, albéitar, boticario, droguero... Todo el mundo los conocía, todo el mundo sabía qué hacían.... ¡Pero poeta! Si jamás lo había habido en el pueblo, ¿cómo saberlo?

En fin, ante tamaño conflicto, reunióse el ayuntamiento en sesión secreta, en la cual se presentó una proposición para preguntar a la capital "qué era un poeta". Pero considerando que esto podía resultar poco honroso para los convecinos de un hombre tan ilustre, y que tal vez pudiese dar lugar a chanzas de mal gusto, la proposición fué rechazada por unanimidad.

Y por unanimidad se acordó aguardar pacientemente una ocasión tan oportuna como halagüeña para saber qué es un poeta.

Y esta es la hora en que nadie lo sabe todavía. Lo cual no impide que todos miren con orgullo la baldosa de la esquina, que dice: "Calle del Poeta", y que con no menor orgullo la muestren a todos los forasteros que pasan por el pueblo.

Apeles MESTRES.

Milagro

Hoy, hallé en mi camino un clavel amustiado,
las manos de la novia lo han hospitalizado.

Se lo ofrecí, diciéndole:—Cuídale en su agonía
como si fuese el símbolo de la existencia mía.

Lo tomó entre sus manos: sedativas de penas;
las manos milagrosas de las mujeres buenas.

Y me dijo, tremante, la mujer que me quiere:
—Tu enfermito está grave... tu enfermito se
[muere...

¡Oh, quién sabe!... ¡quién sabe!... suceden tan
[tas cosas...

Las manos de las novias, ¡son manos milagrosas!...

...Sonrió, con la sonrisa del que no espera nada
La flor se estremecía como electrocutada...

...De pronto, ¡fué el milagro! Feliz milagro
[aquel:

"Yo vi" que entre sus manos refloreció el clavel.

Recobró su perfume, recobró su color,
se estremeció en el cáliz, ¡el alma de la flor!...

...Mi novia me miraba... Miradas asombrosas...
Y yo besé en silencio sus manos milagrosas...

Eduardo **O. ZAPIOLA.**

Pedro Bermúdez

(Del "Cantar de Myo Cid")

Guarda Pedro Bermúdez un silencio profundo,
y acaricia su barba con sereno reposo.
Largas cavilaciones teje meditabundo
sin despegar los labios. Su hablar es tartajoso...

Si habla, cuatro palabras decir juntas no puede
(¡Su lanza es una luz, luchando en el algara!)
El habla... con su brazo, y ante ninguno cede,
que su lengua es confusa, pero Tizona es clara!

Bien sabe nuestro Cid que no conoce el miedo,
que calla, pero lucha sin par en las batallas,
y le dice, sabiendo como habla su denuedo:
"¡Habla tú, Pedro Mudo, varón que tanto ca-
[llas!..."

José A. MICHELI.

Maternidad

Todas las mañanas una pobre perra
llegaba a las puertas de mi humilde casa,
y llegaba siempre con los ojos tristes,
la cola escondida, las orejas gachas.
Buscaba el puchero que todos los días
le daban las manos que la acariciaban
y se iba contenta llevando en la boca
los huesos y todas las sobras de casa.

Después de una lluvia terrible de invierno
temblando de frío y toda mojada
sobre los umbrales acurrucadita,
con tres cachorritos, la hallé una mañana.
Abríles la puerta y entran brincando.
Con toda la cría prendida a sus mamas
lamía mis manos como agradecida
de haberles abierto la puerta de casa.

Y pienso, al mirarla, que en el mismo barrio
vive una señora de lujo ataviada,
y las malas lenguas dicen muchas cosas
porque vive sola y nunca trabaja.
Y dicen que a veces está muy enferma
y a los pocos días ya no tiene nada...
que hace muchos años que no cría chicos
ni protege al pobre que a su puerta llama.

Víctor J. MUSCHIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

La industria de la seda

Su antigüedad.— Cuándo apareció en España.— Las sedas españolas en la Edad Media.— Cómo se hace la seda

Hace cincuenta siglos, la emperatriz Se-ling-che, mujer del emperador de China Huang-te, empleaba sus ratos de ocio en criar gusanos de seda, destinando grandes premios a los cultivadores de moreras. Por aquellos remotos tiempos la industria de la seda era la más importante de la China, única que abastecía al mundo entonces conocido del mencionado precioso producto.

Hasta principios de la Era cristiana, o sea tres mil años después de nacer la industria sericícola, fué la seda materia carísima; como que se adquiría pagando su peso en oro. El emperador Marco Aurelio no quiso usar nunca, ni que usara su mujer, prenda alguna de seda, estimándolo un lujo superior aun al mismo soberano.

En España, según dice San Isidoro, al empezar la dominación goda ya se encontraba arraigada la referida industria, cultivándose la morera con gran esmero, no siendo menor el que se dedicaba a la cría del interesante "bombicis" o gusano de seda. Durante la época musulmana, la sericultura y la industria sericícola estuvieron extraordinariamente protegidas, y lo mismo ocurrió en los siglos XVI y XVII. Granada producía una enorme cantidad de seda, dedicándose sólo en Andalucía a la fabricación de esa clase de tejidos, más de un millón de personas.

Según Fiter, durante el reinado de don Juan II funcionaban en Sevilla 16.000 telares de seda; Toledo elaboraba a mediados del siglo XVI cantidad equivalente a 230.000 kilogramos anuales; Córdoba, Málaga, Almería, Valencia y Barcelona, fueron importantes mercados, donde acudían en el siglo XVII todos los comerciantes de Europa a proveerse de seda, no obstante adelantada la industria sericícola en Italia, Flandes, Francia y aún en la misma Inglaterra.

En la actualidad, con haber sido España la primera productora de seda en el continente por diversas razones, que no son del caso, ocupa lugar secundario, aunque honroso, pues sin apasionamientos puede asegurarse que los tejidos de las fábricas levantinas, si no compiten en apariencia artística con los extranjeros, en cambio no ceden en bondad de elaboración.

Es ésta una cosa verdaderamente complicada y larga de explicar; tan larga, que para dar una idea completa de cómo se fabrica la seda se necesitaría por lo menos media docena de artículos de no pequeñas dimensiones. Y no siendo ello posible, tratemos de sintetizar la cuestión en poco más de media docena de líneas.

Poner a disposición de femeninas manos, sobre pulido mostrador, una sola vara del precioso y preciado tejido, supone muchos cuidados, muchos trabajos, maquinarias en extremo complicadas y costosas, operaciones delicadísimas y largas, pesados cálculos; un penoso esfuerzo, en fin, de inteligencia y de trabajo.

La primera de las operaciones consiste en separar los sutiles hilos de seda que forman el capullo construido por el industrioso gusanillo, para obtener lo que se llama "seda cruda" o en rama, y la "seda cocida o hilada". Esto se consigue sumergiendo los capullos en agua caliente, o sometiéndolos a la acción del vapor, que, disolviendo la capa gomosa que cubre a la seda, desprende el hilo plegado y permite devanarle sin resistencia.

Hecho el hilado en los tornos correspondientes, se pasa al "torcido", operación que tiene por objeto disponer los hilos de seda cruda de modo que puedan resistir la cochura y desgomado a que se los somete para despojarlos de la substancia glutinosa que une los filamentos. El "torcido", en el que entra también el "doblado" o refuerzo de los hilos, origina cuatro laboriosas operaciones confiadas a aparatos denominados "torno circular" u "óvalo", según el sistema de torcido que se emplee.

Después del torcido vienen las operaciones de desgomar, teñir y acondicionar o desecar la seda, quedando ya ésta en disposición de pasar a los telares o de ir al comercio en madejas y carretes.

La industria de los tejidos de seda está más sometida que otra cualquiera a extrañas cuanto frecuentes rarezas del mercado. Influyen en efecto en éste, no sólo las naturales oscilaciones de la producción del gusano de seda, sino los caprichos del amable sexo, que hace de la seda su tela predilecta. Unos años impone la diosa moda el uso de los "moirés", otros el de los brochados, ya el de las sedas lisas, ya el de las floreadas o rayadas, el de las sargas o de otra de las mil apariencias del tejido. Y ese constante mudar del gusto dicta tiránica leyes a la fabricación, "desde el uno al otro Polo", que dijo el poeta, y pone en movimiento verdaderos ejércitos de artistas que estudien nuevos dibujos y combinaciones, de químicos que busquen nuevos colores y de operarios que ejecuten lo que unos y otros idearon.

La operación de tejer las diversas clases de géneros de seda no difiere en principio de la del tejido del algodón, hilo y otras telas. Realizada en pesadísimo telares de mano antiguamente, se efectúa hoy con auxilio de admirables máquinas, con gran economía de trabajo y de mano de obra.

La fabricación de la seda, como originaria de Oriente, tiene una leyenda poética.

Fué un secreto durante muchos siglos, explotado sólo por los chinos; pero, cierto día, ocurriósele a una princesa fugitiva irse a la India llevando ocultas en su seno hojas de morera con semilla de "Bombix". Los gusanillos nacieron al dulce calor de su improvisada prisión, y así pudo enseñar la andariega señora a los indios los comienzos de la industria sericícola. Desde la India pasa a España, Persia y Turquía, desde donde debió ser importada a Europa en los comienzos del siglo IV o V, según se cree por la mayoría de los historiadores.

Algunos de éstos, sin embargo, aseguran que vino directamente de China, siendo revelada por unos frailes misioneros que trajeron algunos capullos ocultos en el interior de sus cayados, previamente ahuecados con este fin.

Curiosidades de los mosquitos

En los países tropicales, donde puede decirse que no hay invierno, se ven mosquitos en todas las épocas del año; pero en nuestras latitudes no ocurre lo mismo.

¿A dónde se van tan molestos insectos durante el invierno? En las regiones árticas se presentan en la cortísima estación del verano, un verano semejante a un crudo invierno de Europa.

Esta cuestión no podía pasar inadvertida para los hombres de ciencia, y por lo mismo algunos la han estudiado.

Según M. Theobald, los mosquitos de ciertas familias pasan el invierno en las bodegas, en los graneros o en los depósitos de leña.

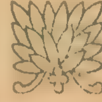
La especie "culex", hace lo propio en la estación fría. En las regiones árticas también invernan, pues de otro modo sus larvas, no pudiendo resistir las temperaturas muy bajas, se estropearían, y la especie desaparecería. En Siberia se han visto mosquitos antes de haber empezado el deshielo.

Hay, sin embargo, una especie que no inverna: un "bifurcatus", que vive en Europa, desde la Laponia hasta Italia, del cual se han encontrado larvas en Inglaterra, tanto en invierno como en primavera; pero esto no es prueba convincente de que esta clase de mosquitos no invernen en la Laponia o en cualquier otra región.

Por lo que se refiere a la alimentación de los mosquitos en general, es curioso el hecho de que son más vegetarianos de lo que se cree, aun cuando hay especies que no pueden reproducirse sino después de haber comido materias animales, es decir, sangre. Pero la mayoría de las especies europeas y americanas y algunas de las regiones árticas pueden vivir perfectamente sin chupar sangre, y si se deciden a picar, sólo lo hacen las hembras. Por qué ocurre esto no se sabe; es un problema muy interesante que tienen que resolver los biólogos. La sangre humana no les es indispensable, pues en muchas ocasiones les presta iguales servicios la de los animales.

Hay mosquitos que pican a los invertebrados, a los gusanos, a las mariposas, a las aves y a los mamíferos; pero como antes hemos dicho, sólo hacen esto las hembras; los machos son estrictamente vegetarianos.





PAPEL Y TINTA

La locura de mis ojos, por Rafael Jigena Sánchez.

Tiene este librito de poemas juveniles que ha dado a luz el señor Jigena Sánchez, algunos pasajes originales e interesantes, que son augurios de mejores rimas; lástima que este escritor, como muchos, llevado por el afán de hacerse demasiado raros en sus cantos, abuse un poco de las metáforas, apartándose aquellas de lo lógico; sin embargo, el señor Jigena Sánchez que versifica con suma habilidad, esparce en la urdimbre de sus composiciones una suave emoción que nace del fondo de su ser.

Tiene bellas condiciones para poder en un segundo libro, más terminado, cobrar un puesto en definitiva en la lírica de su país.

En este volumen hay poemas breves y emotivos, donde la belleza fluye de ellos, espontánea, así como en ''Luciérnagas'', donde el poeta dice:

''Llueven las luciérnagas
en la noche vasta:
gotitas de luz
con alas.
Cuando estoy muy triste
le doy a mi alma,
un baño de luz
para renovarla.
Me fuí por la noche...
vuelvo con el alba,
trayendo la ropa
y el alma mojada.

Indudablemente, dentro de un verso nuevo como el presente, se ve el trazo firme y la emoción del poeta. Si todo el libro estuviera ornado con poemas como el citado, no dejaría nada que desear. Sin embargo el señor Jigena Sánchez ha de obtener su personalidad.

Olas..., poesías de Roberto Ibáñez

De Montevideo, donde hay un gran despertar literario, llégame este libro juvenil y sencillo.

Canta el autor con cierta tristeza manifestada en versos clásicos y sonoros, aunque a veces exentos de la verdadera pulidez académica, debido a la precipitación.

Este libro es el exponente de que el señor Ibáñez, acusa un hondo sentir que, con el tiempo que perfecciona, logrará con un trato cercano a su alma, darnos cosas muy bellas en sus canciones.

En su obra hay trabajos donde su sensibilidad manifestada con soltura y elegancia, dan relieve a la joven personalidad de su autor, así como: ''Alas'', ''Sueño'' y ''Poema del ensueño'', trabajos más meditados y sentidos.

No obstante, en los tiempos presentes, la formano es un lunar que pueda herir el ideal o la visión del poeta. Este libro tiene emoción y el pensamiento se desenvuelve preciso, por lo que se hace interesante.

Glosario lírico, poesías de Alfredo D. Ferreira, Buenos Aires.

Alfredo D. Ferreira es un joven soñador. Su alma ávida de amor, tiene la inquietud de la onda, de ahí por qué sus versos, clásicos y armoniosos, se manifiestan sencillos, dulces e inquietos.

No abusa el poeta de palabras raras, ni es metafórico en los finales de sus poemas; lo primero, por cierto, sería de lamentar porque la erudición aminora el sentimiento, pero, si algunas metáforas robustecieran sus cantos, les darían mayor valor.

Sin embargo, esta obra tiene sinceridad y emoción. El poeta deja su alma enlazada en las estrofas; su pensamiento y su amor se adunan en un solo tono, así como el cielo y mar.

Ferreira es poeta, y sus versos tienen el valor de estar forjados en la quietud de sus horas, pues este escritor como muchos se entrega a sus pláticas con las nueve musas, en los instantes que el trabajo oficinesco lo abandona.

''Glosario lírico'' es un libro lleno de esperanzas, amores y sentimiento; libro que acusa en su autor un hondo sentir, y ésto, ya es una riqueza, pues el sentimiento es el alma del verso.

El poeta, juven aún, nos dará en adelante rimas bellas que robustecerán su joven personalidad.

Transcribimos una cuarteta de su obra:

"Poeta es el que sabe condensar la grandeza
de un trozo de infinito dentro el azul de un [verso.
Poeta el que tiene la obsesión de Belleza,
un alma con dos alas y un ideal sin reverso."

F. B. V.

Los Misterios del Mar Indiano, novela de aventuras científico-fantásticas, por Luigi Motta; versión castellana de R. Blanco Belmonte.

Luigi Motta es hoy indudablemente un maestro de la novela de viajes y de aventuras, y sus obras, traducidas a todos los idiomas, alcanzan casi a más de cincuenta.

Fué Mota de una precocidad maravillosa, habiendo empezado su carrera literaria a los diez y seis años, es decir, a la edad en que los otros sólo piensan en los placeres de la vida despreocupada. Hoy nuestro autor trabaja con mayor asiduidad aún. Nació en Bussolengo, país casi desconocido de la provincia de Verona, al cual ha dado renombre con su obra inagotable, llena de poesía y dotada de una prodigiosa fantasía.

Luigi Motta vivió romántica juventud del modo más aventurero y digno del género que tan magistralmente cultiva. Siguió la carrera náutica, y navegó algunos años como agregado naval.

Admirador entusiasta del mar y poeta por temperamento y por vocación, sabe describir auroras y puestas de sol en forma intensísima, llena de alado sentimiento pictórico y con una paleta de colores tan brillantes y poéticos que deslumbran al lector. Pocas plumas como la suya saben alcanzar tanta fuerza descriptiva cuando se trata de pampas oceánicas, de perezosas bonanzas o de furibundas tempestades.

El estilo de su obra es elegante, lleno de poesía, fuerte y pintoresco; la exuberancia de colorido, es pues, una de las magníficas cualidades del escritor italiano.

Renovando la novela de aventuras y de viajes, no se ha limitado Motta a despertar el solo interés de la acción, sino también el de la ciencia y el arte, uniendo el elemento real con la fantasía en maravilloso connubio psicológico y científico. Las pinturas de los caracteres de sus personajes está trazada con mano certera y la trama está desarrollada con toques seguros de maestro, y por ello no son exclusivamente algunas de sus figuras las que se agitan en sus novelas, sino un mundo verdadero y propio. En ''Los misterios del mar indiano'', la potencialidad del asunto se revela en la disposición de los personajes que se agitan separadamente en dos grupos diversos en las dos partes de la obra, para hallarse luego todos reunidos en la tercera que forma a manera de epílogo.

En las novelas de Motta el amor está lleno de poesía y sus heroínas son mujeres fuertes, apasionadas, de noble corazón y de elevado pensamiento. Tiene además otra virtud: son profundamente morales y altamente instructivas. La ciencia ocupa una larga parte en las concepciones de Luigi Motta y así también el sentimiento de lo pintoresco, de la verdad y de la humanidad.

Nada deja que desear la traducción de ''Los misterios del mar indiano'', que está hecha por el celebrado escritor y poeta Blanco Belmonte.

Hemos recibido

La rueca, poesías por María Alicia Domínguez.—Edición Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1925.

Los poemas del mar y de la estrella, por Atilio García Mellid.—Edición Araujo Hermanos. Buenos Aires, 1925.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"BEATRICE CENCI", DE FOLCO TESTENA, EN EL LICEO

El teatro histórico ha ejercido siempre gran atracción sobre los autores dramáticos de cultura mental. Ofrece el género la ventaja de manejar personajes cuya psicología es ya conocida por el público, que es precisamente la mayor dificultad que tiene el teatro para los que se empeñan en definir caracteres y trazar bosquejos de almas. Los héroes de la historia, con la sola enunciación de su nombre despiertan en el ánimo del espectador la reconstrucción automática, no sólo del mismo personaje que se nombra, sino también el ambiente de su época y las características generales del ambiente en que actuó. Claro está que la mayor parte de las veces, las figuras que llegan hasta nosotros a través de los extensos estudios biográficos de los historiadores, no trasuntan fielmente la realidad. Se crea un tipo, visto con los ojos del odio, del interés o del patriotismo, visto en otras oportunidades por quien no lo ha visto, y así pasa de generación en generación conservando con rigurosa fidelidad caracteres que o no los ha tenido nunca o fueron circunstanciales y transitorios. Pero la historia es la historia, y, en definitiva, sus personajes, como los de la vida en que cada cual actúa, no son lo que son sino lo que a los demás les parece. Anatole France ha escrito sobre esto con profunda ironía en el prólogo de su genial creación "La isla de los pingüinos".

La ventaja anotada, también importa serios inconvenientes para el éxito de las obras históricas. Ellos dimanan de los obstáculos inherentes a la presentación de cuadros sintéticos que encierren lo más significativo de la vida de los grandes hombres y a la indispensable vivacidad y teatralidad que tiene que darse a la acción escénica. Por otra parte, cuando se trata de épocas remotas o, simplemente, de costumbres muy distintas de las actuales, esa diferencia de ambiente origina tropiezos casi insalvables, pues es necesario optar entre la verdad histórica y la conveniencia artística.

Así, en este doble juego de favor y contra, ha tenido que escribir Folco Testena su obra. No puede decirse de ella que sea un gran acierto, pero es justo reconocer que constituye una labor interesante y meritoria. Las trágicas y alucinantes figuras de Francisco y Beatriz Cenci, atormentadas y atormentadoras, han sido llevadas a la escena con gran vigor dramático, pero se nota en esta producción de Folco Testena su empeño por dar contornos claros a la psicología de los protagonistas y su preocupación excesiva por el espectador, en el sentido de que éste comprendiera fácilmente el alma cruel de sus héroes y se pusiera a tono con sus procedimientos para que llegase bien preparado al desenlace de la tragedia.

En un trabajo de esta índole tiene que haber fallas y, aunque de menor cuantía, "Beatrice Cenci" las tiene. No obstante, hemos de insistir en que su autor puede estar satisfecho de la labor realizada y lo prueba la entusiasta acogida que le ha dispensado el público y los clamorosos aplausos con que insistentemente reclamó su presencia en el palco escénico.

Angelina Pagano encarnó el papel de la protagonista con mucho cariño y gran acierto, obteniendo un legítimo y personal éxito. También merece elogio la destacada actuación de Fregues, Lliri y Bataglia. De los demás nada malo se puede decir.

La presentación de la obra, apropiada y lujosa.

"LOS CAMINOS DEL MUNDO" DE F. DEFILIPPIS NOVOA, EN EL ATENEO

Es indudable la evolución que se viene operando en nuestro teatro, por la labor de algunos autores que se proponen abandonar las normas tradicionales de la comedia casera o del drama rural, para emprender nuevos rumbos, inspirándose en las corrientes del teatro moderno extranjero, muchas de cuyas obras están representándose entre nosotros con éxito, por las mismas compañías locales que alternan así en sus programas obras de diverso origen, tendencia y valor.

Dentro del fenómeno que apuntamos cabe registrar la pieza del epígrafe, último estreno de la compañía de Camila Quiroga.

Se nota, desde luego, en esta obra, que ha sido concebida con el propósito de presentar en ella un alto problema espiritual y que tal vez por no confiar por completo en la eficacia de la acción y del verbo de los personajes, se ha creído necesario por el autor hacer intervenir la palabra expresiva de un agente extraño a los mismos protagonistas, encarnación medio real medio simbólica, a quien se confía la enunciación de los conceptos determinantes de la profunda transformación que se opera en la psicología de uno de los protagonistas. Este recurso, muy frecuentemente utilizado en el teatro ruso moderno, creemos que sólo debe emplearse con mucho tacto y moderación, porque de lo contrario resta interés a la trama y no entroncándolo a la acción queda despegado de ella como un artificio demasiado visible, perdiendo toda su virtualidad.

Escrita con ese propósito la obra de que nos ocupamos, merece elogio por su orientación, por el detenido estudio de los personajes y por el esmero puesto en los diálogos. Sin embargo, es necesario reconocer que el desarrollo de la trama resulta un tanto confuso y arbitrario y que sin la intervención del personaje simbólico del predicador, no se justificarían muchas situaciones y hasta se perdería casi en su totalidad el sentido de la obra.

La interpretación fué ajustada, siendo loable la actuación de la señora Quiroga, la Arneodo y el primer actor señor G. Blanco.

"ME GUSTAN TODAS", DE CAYOL, ORIAC Y DE BASSI, EN EL MAIPO

La orgía bataclanesca sigue en auge. Más de media temporada llevamos y lejos de amenguar el interés por esta clase de espectáculos, parece que arreciara porque un público cada día más entusiasta acude a las salas de revista y las empresas estrenan nuevas obras sin escatimar los gastos para lograr una fastuosa presentación.

"Me gustan todas" es la mejor revista estrenada este año en el Maipo y acaso la más interesante de toda la temporada. Sus números originales y divertidos, la selección musical cuidadosamente realizada, la propiedad y buen gusto de los decorados, la elegancia y lujo de los vestidos y la graciosa morbidez de lo que no lo está, componen un conjunto verdaderamente noble y artístico que encanta desde la alzada del telón hasta la brillante apoteosis en la que estalla sincero y unánime el aplauso.

El esfuerzo que supone la presentación de una obra de estas condiciones, ha sido coronado por el éxito. No hay que reprochar en esta revista la nota grosera que desgraciadamente es tan frecuente en nuestro teatro y se nota también que no se ha confiado todo el éxito a la guardarropía efectista y de relumbrón. Hay allí actores y actrices, bailarines de verdad, y, en fin, es esta una revista de valores positivos, tanto en el fondo como en la forma.

Las chicas del Maipo se lucen ampliamente. Gloria Guzmán, Carmencita Lamas, Iris Marga, Las ocho Girls, el actor Boytler, Simari, todos contribuyen eficazmente al optimo efecto que produce en el espectador esta bella revista.

LA MUCHACHA DE SALDIAS

Se perfila como un suceso de centenares de representaciones, la última pieza de José Antonio Saldías, "La muchacha de Montmartre", que congrega auditorios numerosísimos hasta en la primera sección, por lo común despoblada en todos los teatros de género chico.

La producción novelesca del conocido autor, presentada escenográficamente como pocas veces hemos visto en el Nacional, gusta decididamente al público, por el romanticismo que en ella campea y la gracia bien distribuída en sus escenas. Es uno de los mejores aciertos del coautor de "El distinguido ciudadano" y justo es reconocer que se interpreta esmeradamente por los cómicos que capitanea Carcavallo.

GUSTÓ "A FUERZA DE CORAZÓN"

En el Apolo, la compañía que dirige Vacarezza estrenó esta pieza de ambiente campero de la que es autor don Manuel Portell.

El público, ya un poco olvidado de las primitivas manifestaciones de nuestra escena, revivió ante la obrita del señor Portell viejas emociones que suscitaron tanta pieza gauchesca que pasó por nuestro teatro 20 años atrás. Es el mejor elogio que puede hacerse de este dramita criollo, bien observado en su ambiente, escrito con soltura y no exento de interés en sus escenas más importantes. El desenlace conforma al público y pone una nota sentimental bien traída. Posiblemente, "A fuerza de corazón" no será de largo cartel, pero es una obrita honesta, culta, simpática. Fué discretamente interpretada y el autor llamado a escena.

ZARZUELA ESPAÑOLA

La compañía lírica española que actúa en el Argentino, repuso con gran éxito la inspirada zarzuela del maestro Guerrero "Los Gavilanes", en la que se hacen aplaudir largamente las primeras tiples Aída Arce y Clotilde Rovira y el tenor Casenave. Este conjunto borda primorosamente la hermosa producción del eminente maestro español.

MUIÑO - ALIPPI

En el Buenos Aires sigue dándose con regular éxito la "Cosa rara" de Darthés, titulada "Mentiroso". Después de eso, dado el esfuerzo que el público tiene que realizar para poder llegar hasta la médula de la obra, se hacía necesario proporcionarle un rato de suave y sosegado esparcimiento y a tal fin se está ensayando una revista de gran espectáculo titulada "Señora revista", la que constituirá el primer estreno. De él nos ocuparemos oportunamente.

EN EL MARCONI ARRECIA EL DOLOR

Inexorable, impertérrito y siempre armado de todas armas, continúa José Gómez desarrollando su temporada del Marconi, trágica y desastrosa para el sistema nervioso del público, poco habituado a vibrar con la intensidad que le exige el citado actor.

Salvo error u omisión, a la fecha los "Espectros" habrán cedido un rincón del cartel a "Pietro Caruso", la conocida obra de Bracco, otra de las interpretaciones dramáticas de la cuerda de Gómez.

Siempre como primera reprise para substituir al intenso drama ibseniano, se ensaya "El refugio", de Nicodemi, traducción de Escobar.

LA COMPAÑIA DE LA OLONA

La interesante actriz que dirige el elenco de drama y comedia español actualmente en el Mayo, dió a conocer la obra de costumbres gallegas, "Marola", estreno que fué aureolado por el patrocinio de las sociedades gallegas existentes en la capital. Hubo aplausos para la obra del señor Ramón Suárez, buen pintor del ambiente regional español y discretísimo hilvanador de escenas bien conectadas. La pieza gustó y fué aplaudida.

Esta compañía actuará en el Mayo hasta el 10 de septiembre, interrumpiendo cuarenta días su labor para reaparecer el 26 de octubre, después de cumplir un compromiso con otra empresa.

EL CIELO DE MÉJICO

En el Avenida, donde las huestes de la graciosísima tiple mejicana Lupe Rivas Cacho, han revelado con las revistas "Méjico típico" y "El concurso de la india mejicana", interesantes aspectos de la tierra de Amado Nervo, han debido poner en escena en estos últimos días "El cielo de Méjico", otra revista de los mismos autores de las producciones nombradas. En rigor, este estreno era necesario para completar la visión. Después de mostrar la tierra, era preciso también exhibir el cielo, que ha de ser tan hermoso como los productos del suelo mejicano, los cuales, si fueran todos como la Lupe Cacho, que es un cacho de gracia, sería como para tomar el primer vapor...

"MAS TERCO QUE MULA"

Al salir esta edición, debe figurar en el cartel del Nuevo, la flamante pieza cómica de los populares autores, Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, cuyos ensayos hacen suponer que su estreno ha debido ser un éxito de hilaridad.

Esperamos comentarla "in extenso" en nuestro próximo número.

DIVORCIO TEATRAL

Después de largos años de actuación, se separan Muiño y Alippi. El año próximo Muiño quedará solo en el Buenos Aires, para dar nombre al conjunto. Alippi pasará a dirigir revistas en el San Martín. "Tout passe, tout case, tout lasse."

EL CARTEL DE RATTI

Pasó las 100 representaciones consecutivas "Tirate a muerto", la graciosa pochade de Ossorio y Bertonasco y prosigue con buen tren "Susana la casta", adaptación de A. Fernández Arias. Como en este teatro no se descuida la presentación de novedades, para mantener siempre de pie el interés del público, se está preparando el estreno de "Aladino", pieza francesa traducida por Julio F. Escobar.

EL RETORNO AL PAGO

Lamas, el gracioso y veterano actor Lamas, que tanto ha divertido al público de la Comedia y que casi inmortalizó al padre canuto de "Las corsarias", en ese mismo teatro, ha vuelto a aparecer en su escenario, renovando los aplausos que su actuación ha merecido siempre. Lamas era ya en la Comedia una institución. Por eso, su regreso representa un acontecimiento grato para todos. Se presentó con "Los puritanos" de Carlos Arniches, y no hay que decir que obtuvo un éxito clamoroso en el que se rendía homenaje a la labor presente y a la historia del popular actor.

El chispeante sainete del mismo autor, "Qué hombre tan simpático" y la revista "Los pecados capitales", continúan con buen éxito.

ULTIMAS REPRESENTACIONES

Está en las últimas, en las últimas representaciones, la compañía de revistas que actúa en el Ideal. Ocupan el cartel "El plato del día" y "Zas-Tras", dos piezas agradables y que han tenido buen éxito. La última, ha sido repuesta y remozada, quedando muy primorosamente aliñada. Estas últimas funciones son presenciadas por mucho público que testimonia su aplauso a esta compañía, que ha sabido conquistarlo con una labor correcta y agradable. Como tenemos anunciado, durará hasta fin de mes la actuación de la compañía y será reemplazada por otra de sainetes, de la que ya nos ocuparemos.

LA OPERETA ITALIANA

La compañía italiana de operetas a cuyo frente figura la simpática Inés Lidelba, sigue representando con éxito las más destacadas operetas de su repertorio. El último éxito lo ha constituído el estreno de "Il cuartetto vagabondo", en el que da a su papel de Maristé gran lucimiento, cosechando justamente grandes aplausos.

EL GRITO INMINENTE

Será dado en el Smart, por la compañía de Blanquita Podestá, que acaba de obtener un nuevo éxito con su interpretación de la vieja e inmortal "Tosca", tipo de medida para las condiciones de la primera actriz más criolla del mundo. Del grito aludido, que sonará en el silencio, es responsable don Luis Rodríguez Acasuso, quien ha dado motivo a varios largos sucesos en el Smart.

"Un grito en el silencio", será el primer estreno y se nos informa que con él no pondrá el grito en el cielo el público ni la crítica, sino que reafirmará la habilidad de dramaturgo de su autor. Lo esperamos así.

CUENTOS EN LA ESCENA

Acaba de estrenarse en el Nacional, "Cuentos de pulpería", de Claudio Martínez Payva, sobre los cuales abriremos juicio en otra edición.

GRAND SPLENDID

El primer estreno de sensación que se prepara en esta regia sala, lo constituirá la superproducción "En tiempos de la caballería andante", adaptación de la novela de Charles Major, donde se describe la época de Luis XII y se trae a colación los amores del famoso rey de Francia con la princesa Mary, hermana de Enrique VII. Fiel reproducción de aquella época galante, es protagonista femenina Marion Davies y su estreno ha de registrar un éxito.

CAPITOL

La gran orquesta sinfónica de este cine ameniza las funciones, que se caracterizan por la excelencia de las cintas que proyecta la pantalla, todas de grandes marcas y de argumentos notables. Para pronto, se darán películas en carácter de novedad.

CASINO

Con pocas alteraciones en el programa, sigue atrayendo mucho público esta sala, lo cual significa que los artistas no han agotado su éxito.

CORREO TEATRAL

Elsa. — Continuamos las investigaciones prometidas, pero no queremos complicar a la policía de la capital, para no ocasionarle trastornos. Entienda bien que a quién no queremos molestar es a la policía. La chica del corazón continúa envuelta en el más absoluto misterio, pero sus lindos ojos, brillantes y juveniles como ascuas, seguramente lo perforarán y nosotros guiados por esas dos estrellas maravillosas reproduciremos el milagro bíblico de los pastores de Judea.

A. S. I. — En esta misma sección encontrará la respuesta a su consulta.

Martineta. — Le agradecemos su ofrecimiento, pero queremos advertirle que nosotros somos bastante ingenuos como para darnos cuenta de esas cosas.

Marta. — No hay inconveniente. Envíelo.

Para la gente de campo

FÓRMULA PARA COMBATIR LAS COCHINILLAS DE LOS CITRUS

Este sencillo insecticida actúa sobre los cóccidos de dos maneras: mecánicamente, porque a medida que el engrudo se va secando, bajo la acción del sol, se levanta por sí solo en forma de delgadas láminas gelatinosas, llevando consigo las cochinillas que van adheridas a su masa; y químicamente, porque el kerosene, que va mezclado con el engrudo, actúa sobre el sistema respiratorio de los insectos los cuales no tardan en perecer.

La fórmula

Harina.	6 kilos
Kerosene	3 litros
Jabón amarillo. . . .	1 kilo
Agua.	100 litros

Modo de prepararla

I. — Póngase a calentar 40 ó 50 litros de agua en una vasija de 80 a 90 litros de capacidad; una vez que el agua haya dado el primer hervor y disuelto en ella un kilo de jabón amarillo, agréguesele, sin dejar de agitar, 6 kilos de semitín o harina completamente desleídos en el doble de su peso de agua fría.

II. — Tan pronto como el engrudo se encuentre cocido se le retira del fuego y se le hace pasar a otra vasija de mayor capacidad, colándolo por un tamiz, cuyas mallas sean de uno a dos milímetros.

III. — Agréguese al engrudo tamizado, en caliente o frío, 8 litros de kerosene, como asimismo la cantidad necesaria de agua fría, para llegar al volumen de 100 litros.

IV. — Remuévase con un palo todo el líquido, a fin de que el kerosene quede íntimamente mezclado con el engrudo; terminada la preparación, se puede aplicar, caliente o frío, por medio de un pulverizador, a las plantas que se desee curar.

Advertencias

1. — No se deben pulverizar las plantas inmediatamente después de una lluvia, ni en las primeras horas de la mañana, cuando el rocío es muy abundante.

2. — Es menester emplearlo el mismo día de la preparación.

3. — La aplicación se efectuará en días de pleno sol.

4. — Los aparatos pulverizadores utilizados para proyectar el líquido serán de bastante presión.

5. — Esta fórmula se aplica en cualquier época del año, a excepción de aquella en que la planta se halle en flor o al principio de la formación de los frutos.

6. — Cuando la primera pulverización no hubiere dado resultados satisfactorios, puede efectuarse una segunda pulverización, quince días después de la primera.

VERRUGAS DE LA VID

La roña, tuberculosis o verrugas de la vid, es una enfermedad que se halla difundida en varias regiones vitícolas de la República: en San Juan, Mendoza, Catamarca, San Luis, y en fin, puede decirse que existe en todas las zonas donde se cultiva esta ampelídea.

Los daños que ocasiona la roña son muy grandes, habiendo secado importantes cultivos. En el distrito Quines de San Luis, se han perdido extensas plantaciones. En los viñedos de otras zonas la producción ha disminuído notablemente. El desconocimiento que tienen los viñateros del carácter de la enfermedad, así como de las causas que favorecen su desarrollo han contribuído a su propagación.

Variedades que ataca

Las verrugas atacan a todas las variedades de vid; pero no en todas producen los mismos efectos. Las variedades francesas, algunas italianas y también el moscatel, en ciertas regiones son muy atacadas. En cambio, las variedades llamadas criollas, aunque se encuentren fuertemente invadidas, en igualdad de condiciones, tienen más resistencia.

Los perjuicios que ocasiona esta enfermedad son también diferentes según sea la edad y cuidados de los viñedos. En los cultivos nuevos se observa menos que en los viñedos viejos. En los zonas y propiedades donde los cuidados culturales dejan mucho que desear, la enfermedad se ha propagado más, ocasionando daños de mucha consideración.

Caracteres de los órganos enfermos

La roña se localiza en el cuello de las plantas; pero si la invasión es muy intensa, se observa en las raíces, tallo y sarmientos. Al principio aparece en forma de pequeños tubérculos aislados que aumentan poco a poco de volumen hasta juntarse unos con otros. Con frecuencia envuelven toda la circunferencia del tronco, originando un tejido de forma irregular; otras veces se disponen en serie en un costado, de abajo hacia arriba. En la parte superior de las plantas es común que se localice en los nudos de los sarmientos, en las heridas del tallo y de las grandes ramificaciones.

Los tubérculos al iniciarse son constituídos por un tejido tierno, esponjoso, más o menos verde. A medida que la enfermedad progresa, las excrescencias adquieren forma irregular, se agrietan, toman color obscuro, se leñifican. Su superficie se cubre de suber. Contemporáneamente la enfermedad progresa en los tejidos internos; en esa parte las excrescencias tienen consistencia esponjosa, y pueden separarse con facilidad de los órganos atacados.

Las plantas enfermas presentan una vegetación mezquina, de color amarillento. Las hojas son chicas, ligeramente plegadas. Los sarmientos son cortos, delgados, incompletamente leñificados. La fructificación es escasa, los racimos son chicos e igualmente los granos. Cuando la invasión es fuerte, las plantas perecen al cabo de poco tiempo.

Causas que la producen

A varias causas, aisladas o conjuntas, se atribuyó esta enfermedad. Se creyó que fuera debida entre otras a las heridas ocasionadas por los instrumentos de labor, a la acción de las heladas y fríos intensos que disgregan los tejidos; a un desequilibrio producido por un exceso de absorbimiento, y en fin, al exceso de humedad en el suelo.

Las investigaciones del doctor Cuboni han comprobado que se trata de una enfermedad de origen bacteriano, denominándosele "Bacillus ampelopsorae". Otros investigadores la atribuyen al "Crowngall" o agalla de corona que es producida por el "Bacterium tumefaciens". Naturalmente, su desarrollo es favorecido por causas predisponentes, muy especialmente por un debilitamiento de las plantas, como consecuencia a su vez, de la demasiada humedad en la tierra.

Causas que favorecen la enfermedad

El exceso de riegos favorece el desarrollo de la enfermedad. En todos los viñedos donde se ha abusado del agua, han aparecido las verrugas.

En San Juan se observa con más frecuencia en los sitios bajos; en los viñedos plantados en tierras arcillosas, que tienen desagües insuficientes, en los mal nivelados que conservan demasiada humedad y también en aquellos terrenos que tienen en el subsuelo a poca profundidad, capas de greda o de tosca que dificultan el escurrimiento de las aguas de riego. Ello explica por qué la roña no se observa en algunos departamentos y distritos que tienen subsuelo permeable.

Las fuertes heladas, las heridas producidas en el tronco con las herramientas, con el desbrote mal hecho en el pie de las plantas y la falta de labores en el terreno, predisponen la formación de las verrugas. A esto hay que agregar el riego que se hace por el pie de las cepas en lugar de hacerlo por el centro de los camellones.

Medios preventivos y curativos

Para evitar el desarrollo de la roña, es necesario sanear los terrenos que conservan largo tiempo la humedad, mediante una buena red de desagües de modo que faciliten el escurrimiento del exceso de agua. En los viñedos plantado en sitios barrialosos, salitrosos o en tierras muy arcillosas, conviene recurrir al zanjeo y drenaje, pudiendo emplear sarmientos, ramas o piedras; las fosas después se terminan de llenar con tierra; si resultan económicos, pueden emplearse tubos de tierra cocida. Tales tierras se pueden enmendar con el encalado.

Conviene tener cuidado de no herir el tronco y raíces con los instrumentos de labor, muy especialmente en las amelgadas.

En invierno puede descalzarse el pie de las plantas enfermas, suprimir las excrescencias con cuchillo bien cortante y embadurnar las partes infectadas con una solución de sulfato de hierro del veinte al treinta por ciento; el empleo del alquitrán da también buenos resultados.

Las plantas secas o muy enfermas y las verrugas cortadas, deben quemarse. En los sitios donde han estado plantas enfermas, se abrirán hoyos y desinfectarán antes con cal viva y recién después de un cierto tiempo, se colocarán nuevas plantas.

LA MANUFACTURA DEL QUESO CHEDDAR

Deseo dar al lector de este artículo, en un espacio reducido, las principales reglas que deben seguirse para la fabricación del queso "Cheddar", haciendo resaltar primeramente la necesidad de absoluta limpieza.

La limpieza es el factor principal en la fabricación de un buen queso; los establos de las vacas deben ser bien resguardados de modo que el polvo y suciedades no puedan caer en la leche y para evitar cualquier olor deben conservarse completamente limpios. La cremería debe tener un gran abastecimiento de agua caliente, por ser indispensable escaldar bien todo lo que en ella se emplea. El agua que se da a las vacas debe ser perfectamente limpia pues si fuera sucia o estancada volvería al queso esponjoso. El alimento que reciben las vacas influye mucho sobre el gusto y consistencia del queso.

Pasto con un poco de torta oleaginosa es el mejor alimento.

Siendo este queso, de leche entera, la leche no debe ser demasiado gorda pero los glóbulos de grasa de un tamaño uniforme. El alimento que se da a las vacas depende del clima, en las regiones frías necesitarán mucho más cuidado y torta oleaginosa que en las templadas.

Las líneas siguientes tratan sobre el método que recomiendo para producir un queso bueno y uniforme.

Se cuela la leche de la tarde en el tanque y se guarda a una temperatura de 66° F. a 70° F. (18,88 a 21,11° C.) Debe variarse la temperatura según el clima y condiciones de conservación de la leche. A la mañana se saca la crema y se calienta a 90° F. (32,22° C.), luego se cuela y se vuelve a poner en el tanque. Si la leche no está madura, déjela hasta que tenga la acidez necesaria.

En mi opinión el mejor método para conseguir la acidez exacta, es guardar la leche a una cierta temperatura 90 a 95° F. (32,22 a 35° C.) hasta que se desarrolle la acidez requerida. Para determinar el estado de maduración o cantidad de acidez desarrollada, tome 4 onzas (113,400 gramos) de leche a una temperatura igual a la que se quiere madurar, y añada 1 dracma (1,772 gramos) de cuajo, si la leche se coagula en 20 a 22 segundos significa que está lista para cuajar.

En la certidumbre de tener la acidez requerida y que la temperatura de la leche es 82° F. a 85° F. (27,77 a 29,44° C.) (esto depende de la estación del año) añada 4 a 4 ½ onzas (113,400 a 127,575 gramos) de líquido cuajo por 100 galones (454,596 litros) de leche. Después de mezclar bien la leche y el cuajo, deje la cuajada en reposo hasta que esté lo suficientemente firme para cortarla. Nunca debe cortarse la cuajada hasta que no esté bien firme, pues si se corta antes, se obtendrá un suero blanco debido a la pérdida de grasa, y si se deja endurecer demasiado el resultado será también un suero blanco por causa del magullamiento.

El único método bueno para cortar la cuajada es empleando los cortadores "Americanos", pues con ellos se corta en los dos sentidos.

Despegue con las manos la masa que esté pegada a los costados interiores del tanque, corte otra vez en los dos sentidos y deje reposar por unos 15 minutos.

Cuando se corta correctamente, el suero se escurre después de haberse dejado reposar la cuajada. Remueva y rompa con el rastrillo durante 15 a 20 minutos hasta que la cuajada esté bien deshecha y completamente mezclada con el suero. Debe tenerse mucho cuidado al escaldar. La temperatura debe aumentarse gradualmente a razón de 1° cada 3 ó 4 minutos, tardando no menos de 45 minutos para obtener la temperatura final de escalde. La temperatura de escaldar varía entre 96° y 102° F. (35,55 a 38,88° C.) o aún más alta. Si la acidez se desarrolla prontamente se necesitará un escalde mayor pudiéndose hace un poco más rápido. Si la leche proviene de un terreno abundante recomiendo una temperatura mayor.

Deje la cuajada "pitch" cuando esté elástica y firme y las partículas no se peguen a la mano cuando se arrolla. La acidez debería ser 0,16 a 0,17 %. El suero se separa cuando demuestra una acidez de 0,18 a 0,19 %. Se corta la cuajada en bloques de 9" que se dan vuelta y apilan de dos en fondo cubriéndolos con una tela. Esto se repite cada 15 minutos hasta que la cuajada esté lista para molerla. Cuando lista, deberá ser dura y flexible y debe poderse separar en tiras largas. La acidez del suero proveniente de la cuajada será ahora de 0,8 a 0,9 %. La sal es empleada a razón de 2 % ó 10 onzas (283,50 gramos) por cada tres libras de cuajada, antes de ponerse remueva bien la cuajada con las manos durante 15 minutos. Es muy importante que al prensar el queso, la prensa no esté expuesta a corrientes de aire, pues esto ocasionará rajaduras en el queso. Si está en un lugar demasiado caliente habrá pérdida de grasas.

La presión debe aumentarse gradualmente, y en dos horas debe haber alcanzado 10 cwt. (508,023 kilos), esta presión deberá dejarse durante la noche. Si se prensa muy fuertemente al principio la grasa será eliminada con el suero, y se perderá toda la substancia del queso. A la mañana siguiente debe retirarse el queso de la prensa y después de sacarle la tela, se lava con agua a una temperatura de 120° F. (48,88° C.) durante dos minutos. Una vez hecho esto se pone una nueva tela y se coloca en la prensa. La presión debe aumentarse de 10 a 15 cwt. (508,023 a 762,03 kilos) en tres horas y se deja hasta la mañana siguiente. Al otro día se unta con grasa el queso y se cubre una de sus caras, luego se vuelve a poner en la prensa con una tela limpia que debe ser suave; la presión de la prensa debe ser de 1 ¼ ton. (1,250 kilos). Al día siguiente dé vuelta el queso y engrase la otra cara, se pone una tela limpia y se deja en la prensa hasta la noche. Al anochecer los quesos son vendados, pesados y puestos en el sótano o cuarto de maduración. La temperatura de este cuarto deberá ser de 63° F. a 67° F. (17,22 a 19,44° C.), siendo muy importante que esta temperatura sea exacta, pues de lo contrario el queso se echará a perder. Si la temperatura es baja, se obtendrá un queso saponáceo, y si es elevada, perderá grasa y se resecará. Mantenga el cuarto en la obscuridad y cuide de que no haya corrientes de aire.

Siguiendo el lector estas indicaciones y con un poco de cuidado, obtendrá los mejores resultados. En conclusión, acuérdese que el buen queso "Cheddar" depende de la limpieza y buena calidad de leche, no puede hacerse bien con leches inferiores, y si se desea conservar un buen mercado, debe producirse un queso uniforme.

Si alguno de los lectores no comprendiera las indicaciones de este artículo, tendría gran placer en darle cualquier información dentro de mis alcances.

Juan E. B. RADCLIFFE.
(Experto contratado por el ministerio de Agricultura).

Barómetro original

Una revista británica indicó recientemente la forma de construírse un barómetro barato y eficaz. No hace falta para ello sino dos frascos: uno de gollete ancho, como de pickles y dulce, y uno de cuello un poco más largo, puede ser de un frasco de agua florida o de salsa inglesa, de forma que permita introducirlo boca abajo en el otro recipiente. Estos dos frascos constituyen el aparato, que se completa echando agua en el recipiente más ancho; de modo que, una vez colocado el otro, el cuello del frasco de arriba quede sumergido en una extensión de un centímetro y medio, aproximadamente. Con esto tendremos listo el barómetro, que debe ser colocado en un sitio apartado de la cocina o de las estufas: el alféizar de una ventana, por ejemplo.

Cuando se quiera saber qué tiempo hará, bastará observar la altura del agua en el interior del cuello del frasco colocado boca abajo. Si ha de llover, habrá muy poca agua en esa parte, y desde luego, menos del centímetro y medio del primitivo nivel. Si ha de hacer tiempo seco, el agua subirá, en cambio, por el cuello del frasco, a veces en una proporción relativamente considerable. Si el tiempo ha de ser variable, el nivel del agua en el interior del cuello del frasco alcanzará un nivel intermedio entre el más alto y el más bajo. Hay que recordar que este barómetro casero indica el tiempo "que hará", no el que haga; de suerte que si en plena lluvia marca buen tiempo, no se le destruya por eso de un martillazo. Lo que en ese caso indicará, es que la lluvia será de poca duración.

INFORMACIONES UTILES

SIEMBRA DEL ALPISTE

El alpiste es un cereal de primavera y por lo tanto debe sembrarse tan temprano como lo consientan las heladas tardías. Se siembra a razón de 25 a 30 kilos por hectárea, de preferencia en líneas y en tierras preparadas en la misma forma que para el trigo.

PODA DEL CALICANTO

La floración del calicanto es invernal y para que ella se produzca ventajosamente, es necesario podar anualmente en la primavera, con objeto de hacer desarrollar las ramas que darán las flores en el invierno siguiente. La poda debe aplicarse según las condiciones de vegetación de cada sujeto, a fin de no cortar demasiado con perjuicio de su buen desarrollo.

CULTIVO DEL GIRASOL

El girasol es planta de los países templados y templados cálidos; teme las heladas tardías, la humedad en exceso y los vientos fuertes, que lo perjudican mucho en la época de madurez. Es bastante resistente a la sequía. El terreno más adecuado es el suelto o permeable, y fértil; los suelos húmedos y pobres no convienen para el girasol. Se prepara el terreno como para el cultivo del maíz. La siembra se efectúa en primavera, cuando no hay que temer a las heladas, en líneas alejadas de 50 a 80 centímetros, empleando 15 a 20 kilos por hectárea. Cuando las plantitas tienen 10 a 15 centímetros se alejarán de 50 a 60 ctms., unas con otras; más tarde, cuando las plantas tienen 30 a 40 ctms., se aporcan. Al fin del verano se recogen las cabezas florales. El rendimiento varía de 1.000 a 3.000 kilos de granos por hectárea, que rinde 18 % de aceite comestible. El girasol tiene buen mercado en plaza, también se usa como alimento para las gallinas. Se cotiza alrededor de $ 12.— los 100 kilos.



LA GRATA SATISFACCIÓN

que nos produce el obtener un buen regalo, puede Vd. alcanzarla, fácilmente, si es consumidora del exquisito

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

pues existen valiosas alhajas finas, de oro y brillantes, y espléndidos objetos de arte y fantasía, que puede usted conseguir por medio de los cupones que contienen las cajas de aquel acreditado producto de belleza facial, insuperable por sus propiedades para aclarar y suavizar el cutis, y mantenerlo constantemente fresco, transparente y delicado.

Complete Vd. dignamente los elementos de su tocador, con estos exquisitos productos:

POLVO CIELITO MÍO

AGUA de COLONIA ANTINEA

LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su alta clase y original y delicado perfume.

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439

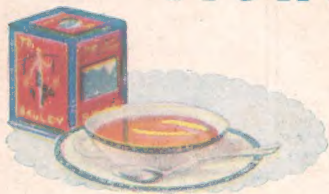
Perfumería Mendel

En ROSARIO, Santa Fe: calle Entre Ríos, 864

NOTA. — Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.

Dulces pero picantes,
llenas de manteca pero quebradizas



TE BÁGLEY

Extraordinariamente aromático y lleno de fuerza. Preparado con el limbo o ribete de las hojas más frescas, libre en absoluto de palitos y tallitos.

Tres calidades: N.º 1. ETIQUETA ROJA. — N.º 2. ETIQUETA AZUL y paquetes de 10 centavos. — N.º 3. ETIQUETA VERDE.

Los envases de TE BÁGLEY contienen cupones canjeables por valiosos regalos. Pídale a su proveedor el folleto ilustrado de regalos TE BÁGLEY.

Así son las riquísimas galletitas GINGER NUTS, la reciente creación de Bágley, elaboradas a base de *jengibre* del cual obtienen su delicioso sabor dulce picante.

Jengibre es la famosa planta originaria de la India, cuyo aromático rizoma (tallo o raíz) de gusto picante agradable, rico en fécula, es muy alimentoso y estimulante y se utiliza como condimento valioso. El mejor jengibre y el más estimulante es el de Jamaica. Y es el que usa Bágley en la elaboración de sus galletitas GINGER NUTS.

Estas galletitas que para el gusto argentino representan una novedad, en Europa son muy apreciadas y populares, y se sirven a cualquier hora del día. Bágley las elabora tan buenas y tan ricas como las mejores importadas y las ofrece a mitad de precio.

Pídalas a su proveedor

Sorprenda con ellas a sus amistades a la hora del te.

Galletitas
GINGER NUTS
(al Jengibre)
de BÁGLEY



Precios en la Capital:

Envases de 1/3 kilo	*$ 1.60*
„ „ 1/2 „	*„ 2.--*
„ „ 1 „	*„ 2.50*

GRATIS A fin de dar a conocer esta exquisita reciente creación de Bágley, remitimos a quien lo solicite, previo envío del cupón adjunto y una estampilla de 5 centavos para franqueo, un paquete conteniendo seis galletitas GINGER NUTS.

Los que quieran asegurarse la entrega del paquete-muestra, deberán enviar 10 ctvs. más en estampillas para contribuir a su certificación.



Señores M. S. BÁGLEY & Co. Ltda. - Casilla Correo 210, Buenos Aires

Sírvanse enviarme el paquete de galletitas GINGER NUTS que obsequian

Adjunto una estampilla de 5 ctvs. para franqueo.

Nombre ....

Domicilio ....

Ciudad ....

F. C. .... F. M.